

MARIEL RUGGIERI

Paulina

TATUADA
EN MI *Alma*

De la
autora de
CUIDARTE
EL ALMA

1 *Colección+*
∞

ISBN 13-978-1507797150

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Si necesita contactarla, puede hacerlo a través del siguiente mail: sds2609@gmail.com

Diseño de cubierta: Katherin Rivera y H.Kramer

Fotografía de portada: Fitpics.org

Fotografía de contraportada: Cassybensonson

Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri

Montevideo, Uruguay

Año 2015

©Todos los derechos reservados

TATUADA EN MI ALMA

Mariel Ruggieri

*“ Infinita tú, que mi cielo eres,
la felicidad vienes tú y la enciendes.
Infinita tú, con esa mirada
que inspiras mi historia tatuándome el alma...”*

Chayanne

—¿Y bien? ¿Te gusta o no? —me pregunta el viejo al ver que no digo nada.

Lo hago a propósito, por supuesto. No quiero que me vea demasiado entusiasmado porque después de todo, la idea de que me vaya a vivir solo no es mía, sino suya.

—Está bastante bien —le respondo encogiéndome de hombros.

Pero para él se ve que no es suficiente, porque frunce el ceño y arremete otra vez.

—Bastante bien... Ignacio, ¿vos sabés cuántos pibes de tu edad darían lo que fuese por tener un monoambiente como éste? —inquiére, pero al parecer es una pregunta retórica o no le interesa que aventure una cifra, porque no espera mi respuesta y me da su propia estadística al respecto.

—¡Miles! Yo mismo quisiera tener tu edad y ser hijo mío para gozar de este privilegio...

No puedo contenerme más y largo la carcajada.

—Papá... Está bien. Y de verdad aprecio el gesto de que me lo hayas alquilado, aunque tus motivaciones no sean las correctas.

—Mis motivaciones tienen que ver con tu independencia. ¿Tiene algo de malo eso? A mí me hubiese encantado...

—Sí, ya sé. Te hubiese encantado tener mi edad y ser hijo tuyo, o que el abuelo hubiese tenido la gentileza de procurarte tu propio espacio aunque eso hubiese significado alejarte de él... —replico sin pensar, pero él ignora mi reclamo y se concentra en lo que quiere lograr: que yo acepte de buen grado su propuesta, y encima que aplauda como una foca.

—No me digas que no es genial tener un lugar para estudiar y para traer a tus ligues...

Basta. Hasta ahora venía bien pero acaba de desbarrancar, así que se lo digo sin eufemismos:

—No me interesa tener ligues. Hay una sola persona que me importa y vos me querés separar de ella —le recrimino, y su mirada se hace tan dura que casi me arrepiento del exabrupto.

—Terminala...

—Apenas empecé, papá. No sé por qué te molesta tanto que...

—¡No quiero oír ni una palabra más del asunto, ya te lo dije! —exclama a todas luces fastidiado. —No vuelvas a mencionar esa locura...

Pero yo ya no puedo parar.

—¿Es una locura estar enamorado? ¿Vos no lo estás de Gaby? —lo arrincono, pero él es un hombre de muchos recursos.

—Esto es completamente distinto. Gaby no es mi hermana, ni es menor de edad...

—¡Paulina tampoco es mi hermana! Pero parece que vos no querés entenderlo.

—Mirá vos... Ahora me vas a decir que tampoco tiene quince años, sino que luce como tal porque se hizo una cirugía estética. Dejate de joder, Ignacio.

Es inútil. No avanzamos. Es la misma discusión que hace un mes, y exactamente en los mismos términos. ¿Cómo decirle, cómo explicarle lo mujer que es Paulina? ¿Cómo confesarle que alejándome de casa no va a lograr evitar lo que tanto teme, porque eso ya ha pasado?

Si supiera que ella y yo... Carajo, me mataría. Seguro que me mataría.

Me parece que elijo callarme porque en el fondo sé que lo que hicimos, que lo que estamos haciendo, no está del todo bien. Pero al pensar en lo que siento por ella desde siempre, descarto esa idea.

Mi amor por Paulina está más allá de todo razonamiento, de toda justificación. Simplemente sucedió.

—Papá, por favor... Tratá de hacerte a la idea de que...

—¡Basta! No quiero que digas ni una palabra más. Tenés diecinueve años, y es hora de que comiences a independizarte. Además, este departamento está a un paso de la Facu y te vas a ahorrar un montón de tiempo en traslados...

Suspiro resignado, y asiento... ¿qué otra cosa puedo hacer? Me quiere sacar de en medio para que olvide de ella, porque no sabe que Paulina Lens se me ha metido tan adentro que ya nunca más podrá salir.

Hice todo lo que pude para evitarlo. Me resistí, Dios sabe que lo hice, pero no se puede ahogar algo tan fuerte que te nace del corazón, y se te escapa por cada poro de la piel. ¿Luchar contra este sentimiento inmenso que me desborda el alma desde que la descubrí mujer? ¿Contra el deseo que me traspasa el cuerpo y que sólo ella puede saciar? ¿Contra la ternura que siempre me provocó? Lo intenté, pero fue imposible.

El día que la conocí algo se movilizó muy dentro de mí, y jamás pude arrancarme a Paulina de la cabeza, y más adelante del corazón.

Todavía recuerdo aquella noche...

“Es una mocosa impertinente, o al menos eso me parece. Me la presenta la abuela, pero ella apenas me mira. Parece que está impaciente por salir a corretear por

ahí. La saludo con cortesía porque todos me están mirando, pero me llevo una sorpresa cuando en lugar de corresponderme de la forma habitual, se lleva la mano a la sien, y hace un gesto raro que parece más un saludo militar. Frunzo el ceño y estoy tentado en hacerle también una venia, pero me contengo. Después de todo es sólo una nena...

La madre parece bastante simpática. Andrés la toma de la cintura, pero a mí no se me mueve un pelo. Hace un año que dejó de interesarme cualquier cosa que haga mi padre, y que tenga un ligue no cambia nada. Bien por él... Se olvidó rápido de mi madre, eso está claro, pero la verdad es que no me afecta en absoluto. No espero nada de Andrés desde hace tiempo, y tampoco me sorprende cualquier cosa que haga, incluso que haya tenido la poca delicadeza de traer a su amante o lo que sea, a la fiesta de aniversario de mis abuelos.

Caramba, parece que siguen las sorpresas. La hija de la tal Gabriela es sorda... Es sorda en serio, no finge estarlo, como hago yo cuando Andrés me habla. La abuela la invita a acompañarla a ver los postres, y ella se vuelve y hace unos movimientos con las manos. Parece estar pidiéndole permiso a la madre, pero bien podría estar diciendo “esta vieja es una *rompehuevos*” que yo ni me enteraría. Yo no, pero la abuela sí... Esta chica esta no debe tener ni idea de que tanto mis abuelos como Andrés pueden entender esas señales, ya que él fue sordo durante

todo el secundario, y luego lo operaron y mejoró.

Sería muy gracioso que la mocosa estuviese insultando por señas. Pero parece que no, porque la madre asiente con la cabeza y ella se va de la mano de mi abuela muy contenta.

Y antes de que la atención de Andrés y su ligue se centren en mí, me escabullo y luego observo a la distancia que ellos hacen lo mismo.

Es que esta fiesta es una verdadera tortura, y si no fuese porque mi abuela Esmeralda amenazó con morir del disgusto si yo no venía, me hubiese quedado en casa. No quiero que muera; en el último año ya he perdido demasiado...

Me voy apartando de la multitud que llena el salón, lo más discretamente que puedo, y de pronto me encuentro en un rincón mirando unos cuadros horribles. Tango... Odio el tango. Y estos cuadros tienen todas imágenes de bailarines en distintas figuras tangueras. Qué mal gusto por Dios.

Muy propio de Andrés, claro, salvo en la elección de su acompañante de esta noche, porque la verdad es que es muy bonita.

Debe tener treinta y pico; demasiado joven para él, y encima tiene una hija, así que no va a durar. La miro de reojo, porque en este instante la descubro parada junto a mí mirando los feos cuadros con relativa atención. Parece que quisiera entablar una conversación conmigo y no

supiera cómo.

Estoy tentado de decirle que no es necesario que me hable, ni que intente congraciarse sólo porque se acuesta con mi padre, cuando siento que alguien se para entre nosotros.

Miro hacia abajo y veo a la mocosa impertinente. Bueno, me persigue la desgracia, está visto. Madre e hija parecen confabuladas para molestarme con su presencia. No es necesario que digan nada para hacerlo; basta que estén ahí, fingiendo admirar estas porquerías que Andrés hizo poner en la pared.

Bien, si no se van ellas, me iré yo. Y mientras me preparo para emprender la retirada, la mocosa me toca el brazo. Cuando vuelvo la cabeza, veo que sostiene en alto su teléfono y al parecer quiere mostrarme algo.

Me inclino para mirar, porque ante todo soy un caballero, pero lo cierto es que me importa muy poco lo que quiera enseñarme.

“Hola. Este es mi iPhone ¿quierés jugar? Si querés, te lo presto”.

Tardo un segundo en darme cuenta de que eso que leí está dirigido a mí. ¿Me pregunta si quiero jugar? No puedo creerlo... Por alguna razón a esta nena se le cruzó por su hueca cabecita que yo puedo querer su teléfono, y consideró el prestármelo. ¿Qué le pasa? ¿Cree que tengo diez años como ella?

Se me ocurren mil cosas para responderle, y todas

cargadas de ironía, pero me contengo porque recuerdo que es sorda y le diga lo que le diga no va a escucharme, así que niego con la cabeza.

Y ahí veo que se enoja, pero se enoja en serio. ¿Qué hice de malo? ¿Sólo porque no quiero su teléfono se pone así? Me lanza dardos envenenados con los ojos, y de inmediato se pone a escribir con una velocidad de vértigo. Ni yo puedo escribir tan rápido y de pronto caigo en la cuenta de que tal vez sea la única forma que tiene de comunicarse con el común de la gente, y por eso está más entrenada que nadie.

Me muestra el teléfono otra vez. La cosa sigue siendo conmigo, parece.

“Sos muy antipático ¿sabés? Me voy a jugar sola.”

Casi no me da el tiempo de leerlo porque me lo saca de la vista, y se va.

¡Qué mal carácter, por Dios! Ojalá que la madre sea igual, porque así Andrés va a saber lo que es bueno.

La mocosa es un ingrediente más para que esta fiesta sea el completo desastre que anticipaba. No puedo creer que se haya puesto así sólo porque no quise jugar con su *iPhone*...

—¿Se enojó? —le pregunto a la madre que permanece aquí y parece algo avergonzada, con razón. Si yo tuviese una hija tan loca, también lo estaría.

Me dice que sí se enojó, pero que se le pasará en

seguida, que estaba aburrída y no sé qué tonta excusa más. Y yo me consagro de pelotudo, cuando intento justificar mi negativa diciéndole que no tengo ganas de jugar en este momento. Lo único que me falta... Sentirme culpable por no querer jugar con una nena de diez años y su teléfono. ¿Es que nadie se dio cuenta que acabo de cumplir quince?

Pero ella minimiza la situación, y me empiezo a sentir más cómodo. Creo que mi disgusto tiene que ver con que no pude replicarle nada a su hija porque no suelo quedarme sin palabras, ¿pero qué podía hacer? No escucha, no sé el lenguaje de señas, no tengo idea de si lee los labios, y no iba a ponerme a escribir en mi propio teléfono una excusa estúpida.

Soy consciente de que tengo que olvidarme de este asunto, pero no sé qué demonio me obliga a preguntarle:

—¿Ella no sabe hablar?

No tengo ninguna intención de socializar con esta mujer, pero la mocosa me dejó bastante caliente y quiero saber. No acostumbro a sentirme culpable; yo soy el que suele echarles la culpa a los demás.

—Sí, sabe. Pero alguien le dijo que habla “feo” y desde ese momento lo evita todo lo que puede —me dice... ¿cómo era su nombre? Ah, sí. Se llama Gabriela.

Y lo que me dice Gabriela, no me lo esperaba. *Bullyng* estudiantil con la nena sorda; un verdadero asco. Estas cosas me sacan de quicio, y el encontrarme solidarizándome con ella, también.

Cuando intervengo no lo hago pensando en absoluto en mi vida personal, lo juro. Mi comentario es más bien para decir algo, nada más.

—Tremendo problema ese. La gente que dice cosas que no debe... Hay cosas que no deberían decirse, me parece.

Pero resulta que Gabriela toma eso como una especie de confesión de mi parte, y me hace una pregunta que no me esperaba:

—¿Por eso es que no le hablás a tu papá?

No salgo de mi asombro cuando me doy cuenta de que Andrés le habló de mí, y de nuestros problemas. Y la conversación que sigue a esa pregunta es demasiado íntima como para desarrollarla con una extraña, pero por alguna razón ni ella ni yo podemos parar.

—¿Te dijo que no le hablaba?

—Sí, pero no supo decirme por qué.

—Él no lo sabe porque yo tampoco lo sé. ¿No te dijo que voy a un loquero para intentar descubrirlo?

—No, no me lo dijo. Pero sí me dijo que vos crees que él tiene la culpa de... — Y ahí se tranca, y se pone colorada. Parece que sí tiene filtro después de todo. Pero yo no, y termino la frase por ella.

—¿De la muerte de mi madre? La verdad es que no; no le echo la culpa... Fue un accidente —le explico sin saber por qué.

Hay algo en esta mujer que me impulsa a hacerlo.

Por alguna razón la siento cercana, y eso que acabo de conocerla.

Y a ella parece pasarle otro tanto, porque vuelve a la carga.

—Pero vos creés que él deseaba que... Perdón. Te pido perdón... No tengo ningún derecho de ponerte incómodo hablando de esto —se disculpa de pronto.

Claro, es muy fácil destapar la Caja de Pandora y luego dejarlo así, pero parece tan arrepentida de haberlo hecho que me da un poco de pena.

—Está bien... —le digo encogiéndome de hombros. La incomodidad ante una conversación es el menor de mis problemas. El mayor es otra cosa mucho peor, y no quiero hablarlo con ella.

Por un rato seguimos mirando los cuadros, pero estoy seguro que ambos estamos pensando en otra cosa. ¡Carajo! No quiero hablar de mi madre y de mi hermana con esta mujer, pero no puedo contenerme. Lucho unos instantes, y finalmente dejo de lado todos mis reparos y le digo:

—No sé por qué creo eso, pero es cierto. No me acuerdo de algunas cosas de ese día... y de los días anteriores. La cosa es que de alguna manera siento que Andrés deseaba que ellas murieran...

La miro a los ojos y veo que se le llenaron de lágrimas. Espero que no se ponga a llorar porque eso sí que no lo soportaría. Tengo que terminar esto acá, porque

se está pasando de todo límite.

—Nacho...

—Y no sé por qué te estoy diciendo esto. Ni siquiera te conozco... —le digo sin mirarla. Necesito poner distancia entre nosotros ya, pero ella tiene otra idea, es evidente.

—Capaz que porque sabés que ambos lo queremos. Cada uno a su manera...

Ahora sí que esto se tiene que terminar. Me quiero ir de esta fiesta de mierda, olvidarme de esta conversación, olvidarme de Andrés. Pero no quisiera que Gabriela pensara que me voy por culpa de ella, o de su relación con él.

—Mirá, a mí no me molesta que él salga con alguien. Ya pasó un año del accidente... Es más, me conviene que él quiera a alguien y deje de preocuparse por mí, porque hay cosas que tengo que solucionar solo y Andrés quiere respuestas que no le puedo dar —le digo para que sienta que tiene piedra libre para seguir acostándose con él, que no me voy a oponer. Y de paso le mando un mensaje a Andrés, para que deje de presionarme, porque eso es lo que hace cada vez que se le presenta la oportunidad. Por suerte eso no pasa con frecuencia desde que vivo con los abuelos.

Gabriela parece estar a punto de decirme algo, pero afortunadamente en ese momento se enciende la pantalla gigante, y eso marca el fin de la escabrosa conversación.

Huyo, literalmente huyo. Me encierro en el despacho de Andrés, me refugio en él. Tener una conversación tan movilizante con una extraña fue algo que no me esperaba. Que su hija se convierta en mi enemiga sólo porque no quise jugar con su *IPhone*, menos.

Pero en el fondo de mi corazón, algo me dice que tanto Gabriela como la mocosa de pocas pulgas, llegaron a mi vida para quedarse un buen rato.

No tardo en comprobarlo, porque Andrés no tiene mejor idea que invitar a su ligue a quedarse a "dormir" en casa. En su casa, quiero decir, en la que tendré que quedarme los próximos días porque mis abuelos se van de "luna de miel". De nada valieron mis súplicas para que me dejaran con Olga, la mujer que hace las tareas; la abuela Esmeralda se clavó en sus trece y no tuve más remedio que aceptar quedarme en lo de Andrés.

De pronto me doy cuenta de que las invitadas pueden serme muy útiles, pues me van a evitar estar a solas con él.

"Sí, está bien... Está súper bien. Andrés va a estar bastante entretenido, y me va a dejar en paz", pienso antes de rendirme al sueño.

Y a la mañana siguiente, mientras desayunamos los cuatro, intento por todos los medios que se queden. Hasta le ofrezco un cepillo de dientes a Paulina, y casi me atraganto con una medialuna cuando ella me habla.

Sí, me habla. ¿No era que no hablaba? ¿No era

que...? No salgo de mi asombro. Y me doy cuenta de que tanto Gabriela como Andrés están igual de impresionados ante ese “gracias” mal pronunciado y completamente inesperado.

Pero nadie dice nada, así que me siento obligado a incentivarla yo. ¿No se dan cuenta de que es una buena oportunidad para hacerlo? Por Dios, qué poca iniciativa tienen.

—Tendrías que... hablar. Más seguido, me parece... Se entiende muy bien lo que decís —murmuro torpemente, y aunque no le quito la vista al café siento su mirada clavada en mí.

—Bueno —me dice. ¡Vaya! ¡Otra vez habló! La verdad que estoy... No sé cómo explicarlo... No es conmovido; después de todo acabo de conocerla. Es como una especie de orgullo, porque Paulina no le habló a la madre y no le habló a Andrés. Ella me habló a mí.

Es decir, si yo no le hubiese ofrecido el cepillo de dientes, tal vez nunca... Me paro de golpe y me voy a buscarlo. Se lo dejo junto a la taza, y me voy a mi habitación en seguida. Y mientras lo hago sonrío, porque la mocosa que con ese vestido y así de muda parecía una muñeca, ya no lo es tanto porque habló.

Y me habló a mí”.

Al final, el haberme mudado al monoambiente no me alejó de Paulina, sino todo lo contrario.

Ahora tenemos un lugar dónde vernos, y una cama dónde amarnos. Definitivamente papá tenía razón y esto terminó siendo una buena idea, aunque ni remotamente por las razones que él cree.

Tenemos el lugar, pero el tiempo hay que seguir buscándolo. Es que entre el trabajo y la Facu estoy que no paro. Y a ella le pasa otro tanto, sobre todo ahora en época de exámenes. De todas formas, y aunque a veces tengamos que hacer malabarismos, no pasa un día sin que nos veamos.

Hoy por ejemplo, la voy a ir esperar a la puerta del cole en esta cafetera que tengo por auto, y después la llevaré al restaurante. Pero antes... Antes habrá una sobredosis de Pau, para que el día sin ella se me haga más

llevadero, más tolerable. Sin esa sobredosis, no podría enfrentar este aburrido segundo año en la Facultad de Medicina sin enloquecer, ni las interminables tardes ayudando a Alejo en la administración de la Escuela de Gastronomía.

Las horas pasan lentamente pero por fin llega el momento. La espero en la esquina, por supuesto. No queremos que las monjas le vayan con el chisme al viejo, que está muy pendiente de Pau y todo lo relacionado con ella. Por el mismo motivo, tampoco la voy a dejar en la puerta del restaurante sino a la vuelta. Esto de andar escondiéndonos como si fuésemos dos veteranos de trampa me parece de lo más decadente, pero teniendo un padre como el mío y esa increíble negativa a aceptar lo nuestro, no hay más remedio que hacerlo.

Es que es más que una negativa, es una terca e inamovible posición de ignorar lo que es un secreto a voces: que Paulina y yo estamos enamorados.

Por suerte Gaby es una mujer razonable, y ve con buenos ojos lo nuestro. No ha podido sin embargo, tener siquiera una conversación coherente con papá porque él se niega sistemáticamente a tocar el tema.

Y si ella no puede, no sé quién podrá.

Miro por el retrovisor de la cafetera y la veo venir. Dios, qué belleza... Está a punto de cumplir los dieciséis, es hermosa y es mía. Y mi pene lo sabe bien y por eso se tensa en mis jeans al punto de dolerme.

—Hola...—me dice mientras sube, y cierra la puerta con tanta fuerza que casi la hace giratoria. Es evidente que tiene el implante desactivado, porque odia los ruidos fuertes. Al igual que yo a veces me aíso con la música a través de los auriculares, ella lo hace desconectando el dispositivo que le permite oír.

Mi respuesta es tomarle esa cara de muñeca con ambas manos y comerle la boca. No se resiste para nada a mi repentina invasión... Me acaricia el paladar con su lengua y el pene con su mano.

—Hey... cómo estamos hoy... —me dice al oído mientras no deja de tocarme. Y cuando me muerde el lóbulo de la oreja siento que voy a explotar.

La tomo de los brazos y la aparto. Ella se lleva la mano a la cabeza y enciende el aparato para escuchar mi VOZ.

—“Estamos” como siempre... Calientes, con ganas de partirte en dos, de comerte a besos —le digo en el tono exacto que sé que a ella no le molesta. Tiene una especial aversión a los gritos, a los sonidos agudos, a la música estridente.

El implante que tiene en la cabeza no es perfecto, pero si uno le busca la vuelta, puede evitar caer en esas cosas que tanto la perturban. Hablar pausado y en voz baja, tener el teléfono en vibro, no poner la música a todo volumen. No cantar... a menos que lo haga papá, porque le encanta. En fin, esas cosas. No hay algo que no valga la

pena hacer para no incomodarla.

Y para complacerla tengo todo un arsenal, que en unos momentos pienso utilizar. Pero Pau me pincha el globo de una.

—Nacho, no puedo ir al departamento... Tu papá me acaba de pasar un mensaje. Mirá...

Leo sin poder creer lo que leo.

“Hola Pau. Estás en Bianchiardi y Valdenegro... ¿Y cómo lo sé? Contraté una aplicación que me permite geolocalizar todos los teléfonos de la familia. Bendita tecnología. Besos, Andrés”

—¡Es un hijo de puta! —exclamo furioso.

—No digas eso...

—Lo es, mi amor. Puede localizar todos los teléfonos que tiene a su nombre, y el tuyo lo está...

—¿Y el tuyo no?

—No. Y si así fuese, estaría firmando mi sentencia de muerte. Imaginate, nos ubicaría en este instante en este mismo punto... —le digo, fastidiado porque mi viejo es un controlador de mierda. —Esperá porque voy a poner el auto en marcha...

—Hacé el recorrido del bus por favor y dejame en la parada más cercana al restaurante... —me pide ella, preocupada.

Carajo. Lo que me faltaba. Ir más lento que de costumbre y dar más vueltas que un caracol.

—Lo de mi viejo escapa a toda lógica... Me está

cansando, Pau, te lo juro.

—No sé por qué lo hace... Bueno, sí lo sé. Dice que soy una nena y que todavía no estoy como para tener novio.

—Pero no tuvo problemas en llevarte a la bodega de su amigo Antonio y presentarte al tarado de su hijo... Pau, quería que te hicieras “amiga” del tal Fede ¿o no? Vos misma me contaste que casi te empujó a sus brazos — le recuerdo enojado, pero ella ríe.

—Es que Fede tiene mi edad y no es tan peligroso como vos —replica.

—¿Qué soy yo? ¿Un corruptor de menores?

—Bueno...

—No contestes.

—No iba a decir nada porque en todo caso la corrupta fui yo. O no te acordás de cómo te perseguí hasta que claudicaste —me dice, y parece bastante satisfecha de eso.

—Es cierto. Desde chiquita me venís acosando y así no hay cuerpo que aguante...

—¡Mentira! Desde chiquita no fue... Cuando te conocí te veía como un hermano mayor, y si bien te idolatraba nunca me imaginé que íbamos a terminar así... —me dice mientras me pega suavemente con un cuaderno en la cabeza.

—No te hagas, que vos ya tenés un hermano mayor, y en esa época lo único que hacías era pegarte a mí como

una sanguijuela.

La veo encogerse de hombros y hacer una mueca muy graciosa con esa boca divina, y casi me paso un semáforo en rojo por distraerme.

—Es que vos tenías la última Play y yo ni siquiera la primera... Era por interés, para que lo sepas —me provoca.

—Me imagino... Y por eso no hacías otra cosa que mirarme mientras jugabas —le recuerdo.

—Si no te miraba no podía saber lo que decías... —replica sonriendo pues sabe que este juego lo ganó ella.

Cada vez que me acuerdo las horas que pasamos juntos jugando al FIFA en la Play, me pregunto si no fue entre gol y gol que nació este amor...

“Andrés tiene cara de gato que cazó un ratón y yo ya sé por qué: Gabriela.

Lo tiene hecho un estúpido, pero a mí no me molesta. Mientras no se pongan a hacer ruidos raros y me permitan dormir, por mí está bien que la traiga al departamento, que la tenga en su vida. Gaby me parece genial, porque no sólo es linda, sino también se nota de lejos que es buena mina.

La prefiero mil veces antes que la ridícula de Malena que se nota que se quiere comer a Andrés en dos panes. Parece un personaje de una película de terror, y

hasta me inspiró para hacer una caricatura siniestra, y espero que sepa que con Gabriela en el medio, no tiene chance de llegar a dónde quiere.

Me gusta que haya venido, porque odio quedarme a solas con él. Sólo espero que no se confabulen para psicoanalizarme juntos porque ahí sí que me mato. Bueno... no es verdad.

No estoy bien, pero tampoco estoy mal. Y lo cierto es que ya no me quiero morir.

Hace un tiempo sí quise. Incluso una noche me encontré jugando en la azotea, en el borde, demasiado cerca de la cornisa. Andrés me salvó de esa, pero no fue suficiente para que lo perdonara por... No sé. La verdad es que no sé, y sólo espero que esta noche no toquen el tema de mi relación con él porque explota.

Y de pronto se me ocurre una idea. Me paro y me pongo a mirar por la ventana, y luego me dirijo a Gaby, por supuesto.

—¿Tu hija sigue hablando?

—Muy poco... —me responde.

—¿Por qué no la trajiste? La otra vez dijo unas palabras mientras mirábamos la tele...

Andrés interviene, súbitamente inspirado.

—Gaby, llámá a tu tía y decile que se tome un taxi y venga con Paulina a la salida del colegio. Podemos hacer unas pizzas...

¡Eso! Cuanto más gente, menos riesgo de

conversaciones trascendentales.

Al final terminan viniendo todos.

El hijo de Gaby, Alejo, llega con su novia Lucía. Me parece un tipo piola, pero la mina no. Tiene todo el aspecto de “nena bien” que tanto aborrezco.

La tía se ríe de cualquier ocurrencia de Andrés y lo mira como si fuese el propio Richard Gere amasando pizza. Me cae bien la vieja.

Y Paulina, a pesar de seguir siendo una mocosita impertinente, cuando se concentra resulta ser una buena contrincante jugando al FIFA. Y digo cuando se concentra porque a veces se distrae y no deja de mirarme la boca.

Supongo que es para leerme los labios, pero he notado que me mira aun cuando no estoy diciendo nada. Si no fuese tan chica, diría que se enamoró...

Me río al pensar en esa posibilidad y ella hace lo mismo, ignorante de lo que se me pasa por la cabeza.

Es linda... Digo, va a ser linda cuando sea grande, si la genética la sigue acompañando. La madre lo es ¿no? Es lógico pensar que cuando deje de ser una enana y tenga tetas, y aun siendo sorda, vuelva locos a los chicos de su edad. Una mujer que hable poco no es para despreciar... Tal vez ésta tenga todas las virtudes y ni uno de los defectos de tantas minas. ¡Cómo hablan por Dios! La tía de Gaby, por ejemplo. Es una máquina esa mujer.

Mi abuela es otra. Gaby parece bastante silenciosa... Creo que habla con Andrés en susurros,

como si tuviesen un código sólo de ellos. Eso no es malo...

Lo que sí es muy malo es que me haya descuidado y Paulina me haya metido un gol. ¡Y lo festeja con los brazos en alto! Es muy extraño que alguien haga un gol y no lo grite... Es la primera vez que veo algo así y me llama la atención. Es un gol celebrado más que nada con la cara. Los ojos de ella gritan “gol”, la sonrisa también lo hace... Y por un momento me siento tentado a dejar que me meta otro, sólo para ver de nuevo su rostro así de feliz.

—Sos muy buena jugando al FIFA. Jamás hubiese creído que una mujer pudiese jugar tan bien... Bueno, no me mires más que Luis Suárez se está impacientando... — le digo, y consigo lo que quería: ver de nuevo esa expresión de felicidad.

Pero no habla... Pensé que podía decir algo como el otro día, pero no. Finalmente no me aguanto y se lo pregunto:

—¿Por qué no decís nada?

No responde. Claro que no responde. Primero porque no me escuchó, y segundo porque no suele hablar... Permanece con la mirada fija en la pantalla y manipula el joystick como si lo hubiese hecho toda la vida.

Entonces se lo saco y pongo mi rostro muy cerca del suyo para que me lea los labios:

—¿Por qué no hablás? —repito.

Ella pestañea una y otra vez. Tiene los ojos claros... Ojos amarillos, creo. Los de Gaby son parecidos, pero algo más oscuros.

Y está más que determinada a no hablar porque agarra el *IPhone* y escribe: “*Porque hablo feo*”. Me quedo mirando el display sin saber qué decir. Finalmente le pregunto:

—¿Quién te dijo eso?

Sus pulgares se mueven a una velocidad asombrosa.

“*Las chicas*”

Bueno, esas chicas son unas verdaderas hijas de puta. Lo pienso pero no me animo a decirlo. No sé... ¿por qué no?

—No les hagas caso a esas pelotudas. El otro día hablaste y yo te entendí perfecto. Tu voz es linda... No es como la de otras nenas de tu edad, que parecen unas gallinas cacareando...

La veo encogerse de hombros y de pronto me doy cuenta que no tiene ni idea de cómo suenan las gallinas cuando cacarean.

—No importa. Creeme Paulina, vos hablás bastante bien. Y cuanto más lo hagas, mejor te va a salir...

No sé si la estoy ayudando o la estoy estropeando. Con esa cara probablemente le baste con sonreír para que el mundo se ponga a sus pies.

La veo escribir, y parece que es largo.

“Vos querés que hable y no sé para qué. Yo entiendo lo que me decís y vos podés leer lo que escribo, así que mejor me quedo callada y así nadie se va a reír de mí nunca más”

Me deja sin palabras. Trago saliva y me recuesto en el sofá mientras le vuelvo a dar el joystick.

Me molesta la idea de que se burlen de ella. Es más, me irrita. ¿Qué clase de perra desalmada de diez años se puede burlar de una compañera sorda? Un día voy a pararme en la puerta de ese colegio y les voy a hacer una zancadilla. Y si no fuese tan chiquita haría lo mismo que vi en una peli el otro día: hacerme pasar por su novio y llevármela en una moto de infarto para que las otras se queden verdes de envidia. Parece que a las más chicas les gustan los más grandes... Pero en este caso, sólo tiene diez años, creo. Y yo ni siquiera tengo permiso para conducir... Se vería muy mal hacer algo así.

Paulina parece aburrida. Agarra el *IPhone* y escribe.

“¿En qué grado estás?”

—En cuarto ¿y vos?

“En sexto, pero de escuela”

—Eso lo daba por descontado. No parecés de sexto de secundaria —le digo riendo, pero por dentro pienso que parece demasiado madura para tener sólo once años. Si está en sexto debe tener once, y no diez como creía.

“Tonto” escribe haciéndose la enojada. Y yo sigo

un impulso y le pido:

—A ver, decímelo en la cara.

Ella se niega. Mueve la cabeza despacio, pero yo insisto vocalizando exageradamente.

—Tonnnntoooo. A ver, intentalo Pau. Mirá como pongo la boca... Tonnnntooo... —repito como un estúpido.

Entonces ella hace algo que me sorprende muchísimo. Jamás imaginé que haría algo así...

Tiende su mano y la pone en mi cuello. Tardo unos segundos en darme cuenta de qué es lo que está haciendo. Suavemente palpa mi nuez de Adán, y me anima con la mirada a repetirlo.

Lo hago, por supuesto.

—Tonntooo...

Parece que al sentir la vibración, ella puede reproducir mejor el sonido.

—Tonntoo —vuelvo a decir, mientras miro de reojo a ver si alguien nos está observando pero por suerte no es así. Sino, no sé qué podrían pensar...

Entonces sucede. Por fin Paulina se siente lista y su voz grave se hace oír.

—Tonntooo —repite en el mismo tono que yo, y a mí me vienen terribles ganas de ponerme a aplaudir, pero me contengo. En cambio le digo, muy formal:

—Perfecto. Lo dijiste perfecto.

Se le ilumina el rostro al sonreír, y yo sigo un impulso.

—Vení, vamos a comer la pizza a mi habitación que allí tengo la Xbox. Y además quiero enseñarte unos cuantos insultos para que les des su merecido a las pelotudas que te dicen que hablás mal...

Pasamos lo que queda de la velada puteando en colores. Le enseño cualquier disparate, y espero que Gaby no se entere porque va a querer matarme. Y cuando se van, lo último que veo antes de que las puertas del ascensor se cierren, es la sonrisa cómplice y satisfecha de Paulina”.

No necesito mirarme al espejo para saber lo boba que debe ser mi sonrisa. Igual no me la voy a poder quitar...

Cada vez que estoy con ella me pasa. Es como si una ola de felicidad me envolviera y me llenara de una energía tan potente que me dura varios días. Y la crisis de abstinencia es directamente proporcional.

Recostado de espaldas en la cama, y con las manos detrás de la cabeza recuerdo lo sucedido momentos antes y vuelvo a excitarme. ¿Es que nunca voy a poder saciarme de Pau? Estoy comenzando a pensar eso cuando mi celu vibra. Mensaje... A ver. ¿Paulina? No puede ser... La muy payasa me manda una *selfie* desde mi baño, sentada en el wáter. Me saca la lengua y todo.

“¿Venís o te voy a buscar?” escribo por WhatsApp.

“¿No se puede mear tranquila en este lugar?” replica de inmediato.

“Qué boquita, nena... Cómo se ve que PAPI no te está rastreando este celu ¿eh?” contraataco.

La escucho reír desde acá y luego me contesta con otra foto haciendo “trompita”.

“¿No estuve genial el domingo?” me pone la muy descarada.

Ahora el que ríe soy yo. Sí, la verdad que estuvo espectacular...

Es que Paulina es una mujer de recursos, no hay duda.

El domingo fuimos todos a comer a lo de los abuelos. Un almuerzo en un lugar neutral es algo que nos pone a todos de muy buen humor, porque el viejo no está tan pesado como de costumbre, y verlo relajado es bastante reconfortante.

La abue hizo lasagna, su especialidad. El abuelo, los mismos chistes de siempre. Alejo estaba en Brasil con su novia, la estirada, así que no pudo ir.

Gaby estaba radiante. Parece que a ella también le gusta ver a papá así de distendido, y se pasaron toda la comida mirándose raro y haciéndose arrumacos.

Y Pauli y yo hacíamos lo mismo, pero discretamente. Ese juego de miradas que venimos

practicando desde que esto empezó, es demasiado estimulante... No podía apartar mis ojos de su boca. Cada gesto me seducía, me volvía loco. La veía masticar despacio, observaba el movimiento de su garganta al tragar, y cuando sacó la lengua para relamerse me dieron unas violentas ganas de subirme a la mesa en cuatro patas para acercarme y comerle la boca.

Mi fantasía era tan real que tuve miedo de que se me reflejara en la cara, y sin poder evitarlo carraspeé y me escondí, empujando el vaso de refresco hasta verle el fondo.

—Nene, dale suave que te vas a atorar —me dijo la abuela, inocente. No imaginaba ni lo que pasaba por mi mente, ni lo que pasaba por mi cuerpo en ese instante.

La risa de Paulina me atrajo como un imán de nuevo a su boca. La miré como hipnotizado y esa vez el que carraspeó fue el viejo. Me concentré en la lasagna con el firme propósito de no despegar los ojos del plato, pero momentos después no pude evitar hacerlo cuando a Pau le sonó el móvil y como tenía prohibido escribir en la mesa, se disculpó y se puso de pie.

Estaba seguro de que era consciente de mis ojos pegados a su culo, y no escatimó en contoneos para provocarme. De espaldas a mí, se inclinó sobre la ventana mientras se mensajeaba con alguien y me enloquecía con la impresionante visión. Jeans blancos, y debajo se marcaba el contorno de una tanguita diminuta... Era

demasiado para mí.

Miré al viejo de reajo, pero él hablaba con el abuelo de política, como siempre. Bien... podía darme el lujo de seguir disfrutando de...

—¡Mierda! —exclamó de pronto Paulina mirando hacia abajo.

—¡Paulina! —la reprendió Gaby de inmediato.

—Perdón, mami. ¡Es que se me cayó el *IPhone*! —explicó aparentemente desolada, pero cuando todos corrieron a mirar, ella se dio vuelta y me guiñó el ojo. ¿Qué se proponía?

—Se hizo mierda —anunció papá, y la abuela lo golpeó en el brazo.

—¡Nene! Con razón la chiquita dice esas cosas; es lo que aprende en casa, pobrecita... No te preocupes, preciosa, que seguramente Andrés te va a comprar otro... ¿Verdad, querido?

—Por supuesto. Pau, fue un accidente. Mañana te compro otro igual a ese...

—¡Ay, no! Andrés, me gustaría tener uno como el de Belu... Sé que es caro, pero yo tengo algunos ahorros de mis quince... —lo interrumpió ella poniendo esa carita que pone cuando no quiere un “no” como respuesta. Cuando Pau pone esa cara es imposible negarle nada, yo lo sé bien.

—No hay problema. Elegí el que quieras que yo te lo compro —le dijo el tipo más consentidor del mundo. Si

fuese hija mía se hubiese llevado terrible sermón por descuidada... Bah... ¿a quién quiero engañar? Le hubiese dado lo que quisiera, igual que papá.

—¿De verdad? ¡Gracias! Voy a tener que encargarlo a China y puede demorar uno o dos meses...

—¿Tanto? —intervino Gaby. —No podés estar sin teléfono todo ese tiempo...

—No te preocupes, ma. Mientras no llega el nuevo, me prestás el tuyo, el viejo que ya no usás...

Sabía que se proponía algo porque reconocí esa expresión de fingida inocencia, pero no tenía idea de qué era. Y de pronto se me hizo la luz.

¡Qué descarada! Y qué inteligente, carajo. Tiró el teléfono por la ventana a propósito para que mi padre no pudiera localizarla más... El de Gaby no era de última generación, y por lo tanto no tenía GPS... Malcriada Bribona. Encantadora...

Estuve a punto de largar la carcajada, pero me contuve. Y para no volver a tentarme me paré y dije:

—Voy a bajar, a ver si puedo recuperar el chip...

—Ay, sí. Tenés razón, Nacho. Muchas gracias —dijo Gaby y yo me dispuse a marcharme. Pero cuando estaba esperando el ascensor, escuché la voz de Pau detrás de mí.

—Te acompaño...

Y de inmediato, la de papá desde adentro.

—¡No es necesario que vaya también ella!

No quisimos escuchar más nada, así que cuando llegó el ascensor nos arrojamos adentro y apretamos el botón de planta baja con desesperación. Y justo cuando se cerraban las puertas vimos al viejo con cara de pocos amigos, llegando tarde para impedirlo.

Por suerte los abuelos compraron ese bendito departamento en el piso dieciocho... Todos esos pisos empapándome de Pau.

Me la comí a besos. Quería decirle que era una loca pero no pude porque su lengua deliciosa me lo impidió. Nos tocamos por todos lados ese minuto y medio que pasó demasiado rápido.

Con una nalga en cada mano, la arrastré por el ascensor rogando que no parara en ningún piso, o que se rompiera y nos quedáramos varados allí toda una eternidad. Fuimos dando tumbos por las paredes espejadas, besándonos con desesperación, dando rienda suelta a las ansias contenidas durante demasiado tiempo...

Es que desde la última vez que estuvimos juntos en mi departamento gracias a que ella “olvidó” el celular en casa, papá se encargó de cerciorarse cada día de que lo tuviera encima antes de salir, y nos frustró todos los planes de encuentro.

—Me tenés loco, nena malcriada...

—Para que veas que tengo cerebro además de tetas
—replicó jadeando dentro de mi boca

—De lo primero estoy seguro, pero de lo

segundo... Dejame ver —le dije apretándoselas descaradamente.

La escuché gemir y me enardecí. Le mordí el cuello, desesperado, y cuando estaba a punto de hacer una locura se abrieron las puertas y no tuvimos más remedio que separarnos.

Creo que los que esperaban para subir vieron algo porque así lo indicaron sus miradas suspicaces.

Salimos muy erguidos, y nos pusimos a revolver entre los restos del celular en busca del bendito chip hasta que lo encontramos, intacto.

Y cuando miramos hacia arriba nos pareció ver al viejo asomado a la ventana, observando...

Es tan lindo tenerla en la cama a mi lado, sobre mí, debajo de mí... Es tan lindo tenerla de todas las formas posibles.

Por ejemplo ahora la tengo entre mis brazos, y su cabeza descansa sobre mi pecho, mientras nuestras respiraciones retoman el ritmo normal.

—¿En qué pensás? —le pregunto besándole el pelo, pero de pronto me acuerdo que no tiene conectado el dispositivo que activa el implante. Cuando hacemos el amor se lo saca, porque nos estorba tanto como la ropa.

Entonces le vuelvo el rostro con delicadeza para que me mire, y también mirarla yo. Es un gran placer

hacerlo... Su belleza me produce de todo. Me conmueve, me maravilla, me abruma, me excita...

—Decime en qué pensás.

“En que te amo tanto que me duele la panza” me dice en lengua de señas haciéndome sonreír. En estos años yo le enseñé algunas cosas, pero Pau me enseñó más a mí. Y entre ellas está el hablar con las manos.

A pesar de que el implante coclear fue exitoso, ella no quiso abandonar del todo esa forma de comunicarse, y lo hace con frecuencia con mi viejo y en una ONG donde hace voluntariado.

—¿Así que te duele la panza? Eso no es muy halagador que digamos...

“¿Por qué?” pregunta con un gesto.

—Ser responsable de la diarrea de alguien es bastante deprimente —le respondo, y cuando intenta pegarme encuentro la excusa perfecta para agarrarla y tenderla de espaldas.

Me encanta tenerla así, desnuda y expectante, temblando bajo mi cuerpo. Bajo la cabeza y la beso suave, dulcemente...

—Te amo tanto que sin vos a mi lado, me moriría —le confieso, y ojalá estuviese exagerando, pero no es así. No me imagino la vida sin ella...

No me conformo con ser su primer hombre; quiero ser el único. Ojalá hubiese tenido la suficiente sensatez como para haberme reservado para ella, pero el viaje de

egresados a Bariloche bastante regado de alcohol hizo lo suyo. Tenía ya dieciocho, y estaba algo confuso por lo que me provocaba mi supuesta “hermanita” que se estaba convirtiendo en mujer, así que no tuve mejor idea que calmar mis ansias con el putón de la clase. Error... Gran error. Debí esperar por Paulina, no hay duda. Y tampoco hay duda de que debí esperar más tiempo.

No la dejé llegar virgen al menos hasta los dieciséis, y me siento una mierda cada vez que pienso en ello. Pero cuando la miro a los ojos como ahora, y veo ese deseo tan inmenso, cuando la acaricio como en este momento y siento lo mujer que es, la culpa desaparece y sólo queda la fuerza de esta pasión que me consume lentamente...

Le hago el amor por tercera vez en esta tarde gris y brumosa. Falté a la Facultad y ella a su clase de inglés, pero en este mismo instante eso nos importa una mierda. Lo único que nos interesa está aquí, en esta cama, vivo y palpitando en nuestros cuerpos desnudos.

Me extraña ver a papá en la Escuela de Gastronomía. Casi nunca se aparece por acá...

—Largaron a Arturo —me anuncia, y mi cara lo dice todo. No me gusta eso, no me gusta nada...

—¿Cinco años preso, nada más? —pregunto asombrado.

—Ya ves lo que es la justicia en este país... Una verdadera mierda.

—Qué poco vale una vida.

—Vale lo mismo que lo que sale pagarse un buen abogado, que es lo que hizo este hijo de puta con la plata que le di para desvincularlo del negocio cuanto antes —me explica, apesadumbrado.

—¿Vos crees que...? ¿Vos crees que quiera hacerle

daño a...? —no puedo terminar, porque estoy listo para cualquier cosa menos para enfrentarme al miedo de que a Pau le pase algo malo.

—No sé, Nacho, no sé... Vos por las dudas mantené los ojos abiertos, que yo me voy a encargar de cuidar a Gaby y Paulina.

Tengo ganas de gritarle que a Pau la cuido yo, y sólo yo, pero me aguanto. No quiero que se altere más de lo que está.

Cuando se va me quedo preocupado y nervioso. Este Arturo es una verdadera mierda, yo lo sé bien. Y también sé que es capaz de hacer cualquier cosa por venganza. Todavía me acuerdo de cómo amenazó a Gaby aquel día...

“Hoy vuelven los abuelos de su luna de miel. Me resulta gracioso pensarlos en esa situación... Parece que es verdad eso de que para el amor no hay edad, y Andrés es una prueba de eso porque parece un adolescente ahora que está enamorado.

Creo que Gaby le ha hecho mucho bien, y eso me gusta. Si no fuese por los ruidos... A veces tengo que meter mi cabeza entre un sándwich de almohadas para no escuchar lo que pasa en la habitación de enfrente. Qué poco discretos son. Me parece que hacen el esfuerzo por contenerse, pero de vez en cuando se les sale la cadena y

pasa lo que pasa.

No es que me disguste especialmente... Sería distinto si fuese con mi madre; ahí si me parecería vergonzoso. Pero ahora que lo pienso, cuando ella estaba con nosotros jamás escuché nada, y tampoco los vi en alguna situación que hiciera pensar que se querían... Mierda, no sé por qué pienso en eso precisamente ahora.

Acabamos de llegar al restaurante. Andrés me fue a buscar al cole, para que a los abuelos les quedara más cómodo pasarme a recoger por allí. Parece que están locos por verme, y yo también los extrañé, para qué negarlo.

Mientras él se queda en la puerta hablando con unos clientes, yo entro porque me urge ir al baño.

Cuando paso por la puerta de la oficina de Arturo me llama la atención un sonido. Es como un golpe seco en la puerta, y el gemido ahogado de una mujer. No puedo creer que el gordo tenga una mina ahí adentro... Y yo que creía que era gay. Bueno, estoy rodeado de gente alzada y eso que el adolescente soy yo.

Aguzo el oído y lo que escucho me deja helado...

—Si provoqué el accidente de Mariana... Una bebida de pocos días se transformó en angelito ¿lo sabía? Seguro que lo sabía. Rodrigo le habrá dicho lo apenado que está por haber perdido a su hijita... ¿Quiere que le pase lo mismo a usted y a la suya? Si abre la boca, jamás podrá usar un vehículo, o salir a la calle sin mirar a su

alrededor. Jamás podrá despegarse de la dulce Paulina...

Trago saliva aterrado al oír esa amenaza y el nombre de Paulina. Me quedo ahí parado sin saber qué hacer...

—... Así que sabe que soy capaz de cualquier cosa. Entonces... ¿se va a olvidar de todo, querida?

No sé lo que le contesta Gabriela, porque no escucho su voz. Pero no tengo dudas de que es ella a quien Arturo amenaza.

—Qué bien... Y no sólo se va a olvidar, Contadora. Ahora mismo usted va a salir de este restaurante, y de la vida de Andrés para no regresar jamás ¿entiende? Si yo la veo cerca de él, alguien se va a encargar de la chiquita... ¿Está dispuesta a arriesgar a su hija? ¿No? Eso pensé...

Dios mío, tengo que hacer algo. ¿Pero qué? ¿Llamo a Andrés? ¿Y si no me cree y este hijo de puta cumple con su amenaza? ¿Si abro la boca y le pasa algo a la nena?

Mientras trato de pensar escucho la voz de Gaby, desesperada.

—Arturo, por favor...

—¿Ahora ruega? Bien, así la quería... Lo que va a hacer a continuación es arreglarse ese precioso cabello suyo, y va a salir sonriendo de aquí. Va a tomar sus cosas y luego le hará llegar un precioso informe a Andrés por correo. Es lo último que hará junto a él, porque se terminaron las encamadas, y todo lo que lo tiene tan trastornado. Por supuesto que él irá tras de usted, pero si

Andrés la encuentra, su hija pierde. Así que encárguese de decirle algo bien terminante como para que nunca más quiera saber de su culo...

Carajo, no hay duda de que lo que haga deberá estar totalmente supeditado a lo que Gaby considere qué es lo mejor. Seguramente será ella la que le cuente a Andrés lo que está pasando,...o no. Tal vez no lo haga. Tal vez sepa que este Arturo es capaz de algo tan horrible como lo que acaba de anunciar.

Y a mí no me quedan dudas de eso cuando continúo oyendo lo que dicen.

—No la escuché, querida. ¿Va a hacer lo que le dije?

—Sí...

—¿Sí, qué? Sólo quiero asegurarme de que entendió.

—Voy a... desaparecer de la vida de Andrés. No le diré nada a nadie... Se lo juro...

—Más fuerte.

—¡Me voy a ir de acá y nunca más lo voy a ver a Andrés! ¿Está satisfecho ahora?

—Mucho... Me alegro de que haya entendido. Me alegro por usted y por su preciosa hija... Ahora, váyase y no olvide que soy capaz de todo...

Ya lo creo que es capaz de todo. Este tipo es una mierda. Estoy segura de que Gaby descubrió algo que tiene que ver con plata, lo enfrentó y ahora... Tengo que

pensar rápido, tengo que...

Pero no hay tiempo a elucubrar más nada, porque se abre la puerta y sale Gaby con el rostro desencajado. Casi se muere cuando me ve.

Cierra e intenta sonreírme. Estoy seguro que está tratando de darse cuenta si yo escuché algo... Pero no lo logra.

—Gaby... —murmuro, y no me sale más nada. Debo controlarme, y hablar con ella de esto tan horrible que acabo de oír. Quiero que sepa que tiene mi apoyo para lo que decida hacer.

—Hola, Nacho. Me... Me tengo que ir.

Y así sin más, se va. Carajo, carajo... ¿Le dirá a Andrés la verdad? ¿Se arriesgará a que Arturo le haga algo a su hija? Dios mío... Lo único que puedo hacer es esperar, porque de pronto caigo en la cuenta que no soy más que un chico, y ella una mujer adulta que seguro sabrá más que yo qué será lo mejor.

Cuando entro al baño me miro al espejo y me veo más pálido que un papel. Y en ese momento hago un descubrimiento que me deja helado. En las palabras de Arturo descubrí más que una amenaza hacia Paulina, y tiene que ver con mi madre... y mi hermana. Pero por alguna razón, en este momento, es la seguridad de Pau lo único que me importa”.

Lo dicho, ese tipo fue, es y será una mierda. Mató, estafó, chantajeó... No entiendo cómo lo dejan salir luego de cinco años nada más, después de todo lo que hizo.

Hace cinco años, cuando le conté a mi viejo lo que sabía, me terminé de sacar un peso de encima. La primera mochila de la que me despojé, fue cuando el bloqueo que me impedía recordar desapareció.

Escuchar detrás de las puertas puede ser mi perdición, pero también mi salvación.

La noche en que escuché a mis padres discutir, y me enteré de que mi hermana era el fruto de una relación adúltera de mi madre, me quise morir. Mi cerebro me protegió haciéndome olvidar todo a la mañana siguiente, pero mi corazón no se liberó de la espina así de fácil. Cuando ellas murieron, lo único que me vino a la mente es que el viejo lo había deseado tanto que se le había cumplido. No tenía idea de la razón, solo se me metió en la cabeza esa estúpida idea y simplemente dejé de hablarle.

Y así me mantuve hasta que las palabras de Arturo hicieron lo que horas de terapia no consiguieron. Finalmente me enfrenté a la verdad: mis padres ya no se amaban, y ambos fueron infieles. Mi madre quedó embarazada de su amante, y quiso endilgárselo a papá. Él se portó como un hombre, aceptando una paternidad que no le pertenecía, para no hacernos daño ni a la bebé ni a mí.

Revisé todos los papeles y me di cuenta que el accidente fue eso: un accidente, pero que Arturo lo había utilizado para que Gaby se asustara más. Estaba seguro de que su ira tenía que ver con algo más allá de lo que escuché, y que estaba relacionado con dinero...Y de pronto me di cuenta de todo: chantaje. Como si fueran piezas de un rompecabezas, todo fue encajando.

Y una conversación de hacía mucho tiempo, que en su momento para mí no representó nada, ahora se cargaba de significado. Mi madre hablando por teléfono... Se la escuchaba desesperada.

—No tengo más plata, Arturo. Decile a Rodrigo que ya no puedo...

Y luego cortando de golpe cuando me vio en la puerta, e intentando sonreír.

Chantaje... No lo entendí en ese instante, pero sí lo entendí luego. Y al parecer, Gabriela también lo descubrió, y eso desencadenó el desastre.

Quería hablar con ella, pero no logré localizarla hasta que se presentó en el departamento aquella noche, y tuvimos una conversación donde pusimos blanco sobre negro, y nos dimos cuenta que proteger a Paulina era lo que más nos importaba a ambos. Pero papá a veces resulta implacable, y finalmente me vi obligado a contarle todo.

Me hizo muchas preguntas, mientras su rostro iba pasando de rojo a gris, y luego me dejó en lo de los

abuelos y se fue.

Como siempre, su intervención fue la solución para todo, pero ahora, cinco años después, el fantasma del hijo de puta de Arturo se vuelve a cernir sobre nosotros, y con él regresan las preocupaciones.

Al final, tener a Paulina localizable por GPS no era tan mala idea después de todo. Hay que acelerar el trámite para que ya mismo tenga un celular como la gente.

Odio que papá nos vigile, pero al final voy a tener que darle la razón. Y como si los dioses tuviesen el oído listo para cada uno de mis deseos, esa tarde, cuando la voy a buscar al cole me entero de que el viejo ya se encargó de eso.

La catramina no arrancó, así que voy caminando. Desde la vereda de enfrente espero que Pau salga, sentado en un muro. A unos metros de mí, unas pibas con cara de reventadas me miran y sonrían.

—¿Vos sos el... hermano de Paulina? —me pregunta una de ellas, la más tetona.

No sé qué decirle. Para las monjas y para mi viejo lo soy, pero la realidad es totalmente opuesta a eso, y a mí me gusta esa realidad.

—Soy el novio —respondo y al ver el asombro reflejado en sus rostros tengo ganas de reír. Sí, descerebrada, soy el novio, soy el que se la coge, soy su hombre, soy el que se muere de amor por ella, y por más que me mires así a vos no te tocaría ni con un poste de

teléfono.

—Pero nosotras te vimos en la fiesta de fin de cursos el año pasado y todavía eras el hermano...

La putísima madre que me parió. En ningún momento me presenté así, y dudo que Pau lo haya hecho. Esto debe ser obra de papá.

—Jamás fui su hermano ¿está claro? —le digo exasperado, y por suerte aparece “mi hermana” en la puerta y me permite zafar de estas pesadas.

La veo venir hacia mí con los ojos abiertos como platos, y cuando llega se pone de puntillas y me dice al oído:

—Ya tengo celu nuevo de última generación... Regalo de cumple de Andrés.

Mierda. Eso significa que no podremos ir a mi departamento a matarnos a besos y algo más como habíamos planeado, porque ahora papá va a poder localizarla. Pero por otro lado significa que de una forma u otra sabremos en todo momento en qué lugar se encuentra. Con esto del infeliz de Arturo libre, eso es una buena noticia.

Mañana Paulina cumple dieciséis, y la brecha se acorta. No te engañes, Nacho. Vos seguís siendo mayor de edad y a ella le falta bastante para eso. Todavía podés ir preso...

Sacudo la cabeza, disgustado por mis propios pensamientos, y luego la agarro de la mano y comienzo a

caminar casi arrastrándola.

—Esperá...

—¿Qué pasa? ¿Querés que te lleve la mochila? —le digo mientras intento sacársela, pero no me lo permite.

—¿Qué te pasa a vos, Nacho?

¿Cómo decirle si yo mismo no lo sé? La amenaza de Arturo libre me tiene de mal humor, es cierto, y no quiero decirle nada para no preocuparla. Pero también hay otras cosas... Su juventud, el tener que seguir amándonos a escondidas, mi cobardía que no me permite enfrentar a mi viejo... Me agarró la depre, no hay duda.

—Nada... O todo. Odio que papá te controle como si fueses su mujer y no la mía.

—Él me controla como si fuese su hija, Nacho. A mamá no le hace eso... —replica.

—Es igual. Parece que estuviese compitiendo conmigo por vos. ¡Está siempre presente aunque esté lejos! Me tiene hartado y yo no sé cómo enfrentarlo porque creo que aunque no me guste, tiene razón en gran parte de lo que dice... —Le confieso mis pensamientos sin filtro alguno, así como me salen.

Paulina se para en seco y me enfrenta.

—¿Que tiene razón? O sea que debimos contenernos y jugar a los hermanitos toda la vida...

—No digo “contenernos” sino “contenerme”. Y tampoco digo que “toda la vida” sino al menos hasta que vos hubieses alcanzado la mayoría de edad...

—Nacho por favor, mirame...

Lo hago y me veo reflejado en sus ojos hermosos. Me derrito, me veo desintegrarme en ese espejo que amo tanto, y no me importa.

—Vos y yo sabemos que lo que sentimos es algo que no podía esperar...—me dice.

Tiene razón, pero hoy se ve que toca autoflagelarme porque sigo sintiéndome para el orto por arrastrar a esta nena inocente a...

La nena inocente me agarra del cuello y me mete la lengua en la boca. Se aprieta contra mí, y cubierta con su cuerpo me mete la mano en el bolsillo del jean y me toca... Sabe perfectamente en qué bolsillo buscar. Lo sabe porque ya lo ha hecho. Y me pierdo, como tantas veces, resignado y feliz ante esta pasión que nos consume y de la que ya no puedo ni quiero escapar.

Pero al principio sí quería...

Mi relación con Paulina sufrió algunos altibajos en estos años. Al principio todo marchó sobre rieles. Después yo me puse más pavo que de costumbre, y me daba vergüenza pasarla tan bien con una nenita que recién comenzaba el secundario.

Cuando papá y Gaby compraron dos apartamentos en el mismo piso, a fuerza de vernos a diario retomamos nuestra amistad. Además no nos veía nadie... A veces

cruzaba ella y jugábamos al FIFA en mi Play. A veces lo hacía yo, sobre todo alentado por el rico olor a comida que salía de la cocina de Gaby, porque mi viejo será muy chef pero en casa no cocinaba nada.

El tiempo pasó tan rápido que no me di cuenta. Un día estaban madre e hija mirando las fotos del mundial de Brasil al que fuimos todos juntos, y yo me sumé.

Allí estábamos los cinco... Ellas dos, Alejo, papá y yo. Nosotros tres estábamos más o menos igual. Gaby estaba más joven que en la foto. Y Paulina... Miré la imagen y luego la miré a ella. Había crecido un montón... En una de ellas estábamos parados uno al lado del otro y Pau me llegaba al pecho, pero en ese momento casi la tenía a la altura de mi boca.

La observé caminar... Tenía catorce años y ya no era la flaca escuálida que conocí. Cuando se inclinó para sacar algo de la heladera mi mirada se concentró en sus... ¿Cuándo le habían crecido tetas? No eran muy grandes, pero allí estaban. Y de pronto caí en la cuenta que hacía meses que no veía su cuerpo, siempre cubierto por jerseys enormes que le llegaban a las rodillas...

Era evidente que quería taparse... ¿Se sentiría avergonzada por sus redondeces? Porque no eran solo sus senos los que habían crecido; también tenía caderas y culo.

Sonreí. Estaba claro que ella no era consciente de sus flamantes encantos. Bueno, cuando comenzaran las

clases se iba a enterar, porque los chicos iban a aullar cuando la vieran. Y de pronto esa idea me borró la sonrisa de un plumazo.

Vaya, ahora me iba a poner en el rol de “hermano mayor”. Lo que me faltaba... Traté de olvidarme del tema, pero en mi corazón se había clavado una espina que ya nunca más me podría quitar.

Y tal cual lo pronostiqué, cuando comenzaron los cursos ese año los chicos se volvieron locos. La acosaban sin importar la hora, y ella se encerraba en el baño con el teléfono, mirando la pantalla y riendo como una tonta.

Un día la vi salir y me di cuenta de que ya se había avivado de lo que estaba empezando a provocar. Llevaba puesta una mini de jean que apenas le tapaba el culo. Era tan ajustada que parecía que lo había empaquetado para regalo... Un regalo hermoso, por cierto, pero regalo al fin. En los pies unas sandalias con plataformas altísimas. El pelo suelto le llegaba a la cintura pero no alcanzaba para tapanle todo lo que esa camiseta tan corta no le cubría.

Yo entraba al edificio y ella salía... Mi mirada se concentró *piercing* que se había puesto en el ombligo y ahí no me aguanté.

—¿Te lo perforaste en serio o es falso? —le pregunté sin poder evitarlo.

—¿Esto? Es en serio y no me dolió nada.

—No te creo.

Me sacó la lengua y se fue. Me la quedé mirando y cuando atravesó la verja se volvió para hacer lo mismo. Me volvió a sacar la lengua y se rio, mientras las bocinas no paraban de sonar a su paso.

Subí al departamento de Gaby hecho una furia.

—¿Qué te pasa, Ignacio? —preguntó papá al escuchar el portazo, pero ni caso que le hice.

—Gaby ¿vos viste cómo salió vestida tu hija?

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Seguro. Iba a un cumple y se veía preciosa ¿verdad, Andrés?

Esa vez, y creo que fue la única, el viejo se puso de mi lado.

—Se veía hermosa pero mostraba demasiado.

Gabriela se rio y nos llamó “guardabosques pasados de moda”. Y todo quedó por esa, pero yo no me olvidé.

Comencé a vigilarla... La observaba entrar y salir. La miraba mover el culo, disfrutando de lo que provocaba a su alrededor. Le revisé el celular y así me enteré de que ya le habían dado el primer beso.

Cuando lo supe, y sentí eso tan violento que se formó en mi interior, me di cuenta de que lo que sentía por Paulina era algo más que un amor fraterno. Me desesperé... Y así como hasta hacía poco no le perdía pisada, comencé a huirle como a la peste.

Dejé de ir a lo de Gaby. Me encerraba en mi cuarto

con los auriculares puestos para ignorar todo lo que pasaba al lado. Me voltéé a una compañera de clase a ver si se me pasaba... Hice de todo, pero no obtuve nada.

Paulina se había instalado en mi cabeza, en mi cuerpo, en mi corazón. Pero alejarme se hizo imposible, porque la que empezó a buscarme fue ella.

Al principio siguió haciendo su vida, pero pronto todo cambió. A pesar de mis intentos de no cruzármela, me la encontraba en todos lados. En la calle, en casa, en lo de mis abuelos, en el ascensor... En el ascensor.

Un día, mientras entraba y apretaba el botón de planta baja, una mano de uñas azules detuvo la puerta y subió. Era ella.

—Te grité para que esperaras.

—No te escuché —repliqué, sincero.

—Me voy a poner un piercing en la lengua.

Tragué saliva.

—Me voy a hacer un tatuaje.

Cerré los ojos.

—¿Ahora el sordo sos vos? O te hacés el sordo, porque yo sé que me estás escuchando.

Los abrí, fastidiado.

—Te escucho, pero tus locuras me tienen sin cuidado. Si querés llamar tanto la atención... ¿por qué no te ponés a estudiar y te sacás doce en todas las materias?
—le respondí, agrio, sabiendo que no se merecía ese reproche porque era muy buena alumna.

Sus ojos brillaron peligrosamente. Y cuando el ascensor tocó la planta baja me lo dijo.

—Yo te gusto.

Y luego, sin esperar respuesta salió corriendo. Me quedé muerto... ¿Era tan evidente? ¡Mierda!

A partir de ese momento Paulina Lens se transformó en el demonio, y poco me faltó para salir con un crucifijo y una botella de agua bendita por las dudas.

Todo fue inútil, por supuesto. Ella dejó de salir con sus amigos, y no hacía otra cosa que ir al colegio y regresar al departamento. Con frecuencia, aparecía en el nuestro con el único fin de enloquecerme. Y lo peor es que lo logró... Perdí la cabeza por Pau. No hacía otra cosa que pensar en ella.

Hacía un gran esfuerzo por mostrarme indiferente, pero eso parecía incentivarla más. Empezó a jugar sus cartas con inteligencia. Miradas cargadas de fuego, gestos sensuales al apartarse el pelo del rostro... Y ese contoneo al caminar. No perdía ocasión para agacharse. Nada decía, pero yo tenía claro que me estaba refregando en la cara lo que me estaba perdiendo.

Una tarde me había acostado a dormir la siesta luego de una noche de juerga intentando olvidar, cuando tocaron a la puerta.

Miré por el visor... Paulina.

Carajo...

—Nacho, abríme.

—¿Qué querés?

—Mostrarte el tatuaje.

¿Qué? Tenía que estar loco si le abría la puerta. Y lo peor de todo es que lo estaba. Loco de remate. Loco por ella...

Entreabrí pero sin sacar la cadena.

—No seas payaso, que no soy una delincuente...

Abrí.

Cerré, quité el seguro y volví a abrir. Ella entró como Pedro por su casa, como siempre, y me recorrió con la mirada. Crucé mis brazos sobre mi pecho desnudo, incómodo y también excitado...

—Primero decime dónde te lo hiciste y yo te digo si me interesa verlo o no —le dije para terminar con eso cuanto antes.

—Si no te interesa verlo es porque sos gay —me espetó dejándome con la boca abierta.

Inspiré hondo y finalmente pude decir algo.

—Vos sabés que no soy gay, pero sucede que no todo lo que hacés me interesa. —mentí con descaro. —No sos el ombligo del mundo ¿sabés?

Ella sonrió.

—Hablando de ombligo... —murmuró mientras se levantaba la camiseta y me mostraba el bendito tatuaje.

Casi me infarto cuando lo vi. Bajo el piercing plateado se leía: “Nacho”.

No podía creerlo... ¡Estaba loca!

Me apoyé en una silla porque sentí que me mareaba. Ver mi nombre en su vientre desnudo era más de lo que podía soportar.

Entonces ella rio, y por fin pude mirarla a la cara.

—No te emociones, que es de “henna”. Se borra en unos días...

Por unos segundos nos miramos a los ojos en silencio. La sonrisa de Pau fue desapareciendo de a poco. De pronto nos encontramos con los labios entreabiertos, respirando con dificultad en la penumbra. Dentro de mi cabeza retumbaba una idea que me estaba matando: “ni siquiera tiene quince”, pero de alguna forma la eliminé, la borré de un plumazo. Ella tenía catorce, pero yo dieciocho y mis hormonas tomaron el timón.

Alcé la mano y le toqué el pelo. Mis dedos se deslizaron hasta su rostro, y ella cerró los ojos y gimió. Sabía que no debía, pero aun así lo hice. Se habían abierto las compuertas y ya nada podría detenerme.

Bajé la cabeza despacio y le rocé los labios con los míos, tanteando. La respuesta fue más de lo que esperaba... Paulina me rodeó con sus brazos y se pegó a mi cuerpo.

Parada en la punta de los pies, me ofreció completo acceso a su boca, y yo acepté. Me perdí en ella... Totalmente fuera de mí la arrinconé contra la puerta y la besé como un demonio. Le introduje la lengua y cuando encontré la de ella, mi erección se tornó dolorosa. En

busca de alivio, instintivamente me froté contra su vientre, desesperado, mientras no dejaba de comerle la boca una y otra vez. La escuchaba suspirar y gemir como en sueños, y a pesar de sabía que estaba haciendo mal no podía parar.

Mis manos pasaron de su rostro a su cintura, y luego aún más abajo. Y eso hubiese terminado en cualquier cosa si no hubiesen golpeado la puerta en ese instante.

Saltamos como resorte, nos separamos a una velocidad de vértigo y nos miramos a los ojos, asustados.

—¿Nacho?

Era la voz de Gaby y sonaba extraña, como si hubiese llorado.

No lo pensé dos veces y abrí la puerta, alarmado.

—¿Qué pasó? —le pregunté mientras Paulina se acercaba y hacía lo mismo.

—¿Qué pasa, mami?

—Estabas acá, mi amor... A eso venía, a ver si estabas con... —y un sollozo no la dejó terminar.

En ese momento nos enteramos de que la tía de Gaby, Aurora, tenía un tumor y no más de dos meses de supervivencia según los médicos.

Después de eso, todo cambió.

—Vení, Nacho —me dice Pau mientras me arrastra al interior de la iglesia que queda en la esquina del cole.

—¿Vas a confesarte, pecadora? —bromeo, de mejor humor. Hace un momento me atormentaban mis miedos, mis dudas, mis culpas. Pero luego me miré en sus ojos, y descubrí que no existe pena que los besos de ella no puedan borrar.

Continúa caminando sin soltarme la mano, mientras murmura:

—No voy a confesarme, pero Andrés va a pensar que sí, si me quiere ubicar...

Llegamos a un pasillo desierto. Una escalera de caracol se encuentra al final, y Paulina me suelta la mano y comienza a subir. Me quedo mirando como un estúpido

lo que ya he visto muchas veces, pero no deja de excitarme. Claro que no es el momento ni el lugar, pero no puedo quitar los ojos de lo que tiene debajo de su falda a cuadros. Al notar que aún continuo al pie de la escalera, se detiene y me mira.

—No seas pajero, y subí —me dice riendo.

Obedezco. Cuando llegamos al campanario jadeando por el esfuerzo, nos encontramos con que está cerrado. Una reja de hierro nos corta el paso.

Me siento en la escalera, y me recuesto en ella.

—Fin de tus planes perversos, chiquita. Dios no quiere cosas sucias... —me burlo, pero ella sonrío. Debí saber que no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

Se para en la escalera, agarrándose de la reja, y poniendo un pie a cada lado de mis caderas. Con las piernas abiertas frente a mí, se muerde el labio y mira hacia abajo. Nuestras miradas se encuentran y me doy cuenta que es lo que está buscando. Y no hay duda de que se lo voy a dar...

Deslizo mis manos debajo de su falda y la toco. Aún a través del algodón de la tela, siento lo húmeda que está. Mis dedos viajan impulsados por el deseo al interior de la prenda, y se introducen despacio. Adentro, afuera, mientras Pau gime desesperada.

No sé ella, pero yo quiero más. Levanto la falda y meto mi cabeza debajo. Ya no son mis dedos quienes juegan con su sexo: ahora es mi lengua.

Soy vagamente consciente que estamos en una iglesia pero esto va más allá de mi control, igual que el amor que siento por Paulina.

Lamo, chupo, me bebo su dulzura. Ella también está perdida y se mueve contra mi cara buscando el orgasmo. Lo logra; claro que lo hace. Acaba entre gemidos y se derrumba con las piernas abiertas, a horcajadas sobre mí.

Le busco la boca con desesperación y comparto con ella sus sabor y su aroma exquisitos. Pero ahora es ella quien quiere más... Se separa un poco, me desprende el cinturón y me baja el cierre. En un segundo estoy dentro de su cuerpo, sintiendo como me aprieta, volviéndome loco... Acabo más rápido de lo que hubiese deseado, pero el placer es tan inmenso que debo hundir mi cara entre sus tetas para ahogar mi grito de placer.

Y de pronto la campana comienza a sonar... Paulina busca con desesperación entre su cabello, el aparato que activa el implante y lo apaga. Su rostro recupera la sonrisa, y aunque mi cabeza está a punto de estallar por ese ruido infernal, sonrío porque entre mis brazos tengo a la mujer de mi vida.

—¿De qué te reís?

—De que no voy a poder ir a la playa este año si no quiero que mi viejo me asesine —improvisó, mientras le enciendo el aparato, ahora que la campana dejó de tañir.

—No entiendo...

—¿No entendés? Bueno, lo vas a entender cuando te

muestre tu regalo de cumpleaños.

—Pero ya me diste un regalo ayer, y me encantó...

—A vos te gustó, pero me pareció que a Gaby no.

—Siempre se queja de todo, pero estoy segura de que se moría por tener un bichito como Peter en el departamento... Lo amo, Nacho. Adoro tu regalo...

—Este tal vez te guste más —le digo mientras me desprendo la camisa y le muestro mi pecho.

Se queda con la boca abierta, igual que me quedé yo cuando ella me mostró su falso tatuaje. Sólo que este no es falso...

Lo toca extasiada... Recorre su nombre con los dedos mientras las lágrimas comienzan a asomar.

—No, no. No llores mi amor... —murmuro conmovido. —Ahora estás en mi cuerpo, pero desde hace rato estás tatuada en mi alma... —comienzo a decir pero Pau me hace callar con un beso, y mi pene, que descansaba semirrígido aun dentro de ella, despierta de golpe y todo vuelve a empezar.

Me siento perverso y sucio por estar cogiendo en una iglesia, pero me desentiendo de ese sentimiento, pensando en que la culpa de todo la tiene mi papá.

Al final mi viejo siempre tiene la culpa de todo. Hasta de la primera vez que Pau y yo hicimos el amor...

La tía Aurora murió una semana después del

casamiento de Gaby y papá. Lo hicieron para cumplir con su último deseo, pero no hubo fiesta, por supuesto. Tampoco la hubo un mes antes, cuando Pau cumplió los quince, sino algunos meses después.

Me ha tocado estar junto a Paulina en los momentos más significativos de su vida. Uno de ellos fue el día en que oyó por primera vez. Nunca me voy a olvidar de ese momento... Le apreté la mano a Gaby con tanta fuerza que casi le quebré un dedo. Era un deleite ver a esa nena disfrutar de un xilofón o de un grito de gol. Me conmoví profundamente ese día, y aún lo hago cuando lo recuerdo, aunque jamás se lo dije.

Creo que aun siendo niña la amaba tanto que sentía dentro de mi corazón todo lo que le pasaba, fuese bueno o malo.

Porque también me tocaron las malas, y la muerte de tía Aurora fue la peor, creo.

Llovía a cántaros afuera y también adentro, porque Gaby no dejaba de llorar, y papá estaba desesperado. La tenía en brazos y la mecía mientras le besaba la cabeza. No era la primera vez que acompañaba a la mujer que amaba en un trance así, pero la pérdida de su tía, que más que tía fue casi una madre, fue devastador para ella y él no sabía qué cuernos hacer.

Paulina también estaba destruida. Sollozaba en silencio, cubriéndose el rostro con las manos. Sentada en una silla, parecía un pollito mojado, y yo me moría de

ganas de consolarla pero no podía. Alejo lo hizo por mí...

Siempre fue un buen hermano mayor, cosa que yo no pude ni quise hacer. La sentó en sus rodillas como si tuviese siete años y le habló al oído. Ella asentía, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y yo me quería morir. Quería tener el derecho de hacer lo mismo, o más bien la autoridad moral para hacerlo, pero no podía.

Gaby se secó las lágrimas cuando vio a su hija llorar, y se acercó. Le pidió a Alejo que se llevara a su hermana a casa, pero él se negó.

—No te acompañé cuando murió el abuelo, así que nadie me mueve de acá —replicó él, firme.

Y papá, que en ese momento no tenía ni la menor idea de lo que nos pasaba a Pau y a mí, no tuvo mejor idea que sugerir:

—Nacho la lleva, Gaby. No te preocupes...

Paulina y yo nos miramos unos segundos, y luego ella cerró los ojos y asintió. Ese “sí”, fue el que abrió la puerta a otros muchos “síes...”

Conduje en silencio bajo la lluvia. Ella parecía ausente, con la cabeza recostada en la ventana del auto.

No era la primera vez que estábamos solos luego del día del tatuaje de henna que impulsó aquel beso. Y como las veces anteriores, la tristeza por la tía siempre primó y del beso nunca se habló.

Habían pasado tres meses desde ese momento, y en

ese tiempo pasaron muchas cosas. La tía Aurora fue decayendo rápidamente, Gaby y papá se casaron, Pau cumplió los quince con más pena que gloria y su tan anhelada fiesta se tuvo que suspender... Pero lo que sentí ese día aún antes de besarla, lo seguía sintiendo en ese instante y estaba seguro de que siempre lo haría.

—¿Tenés hambre? —le pregunté cuando llegamos.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no te acostás y descansás un poco? —sugerí sin saber qué hacer.

Pau se encogió de hombros.

Y de pronto me miró y preguntó:

—¿Se va la tristeza alguna vez, Nacho?

Tragué saliva... La pregunta me tomó por sorpresa y al principio no me di cuenta de que necesitaba la respuesta de mi propia experiencia y no una intelectualizada.

—Sí, claro. Los duelos se superan...

Ella se quedó esperando y al fin me animé a agregar:

—Duele mucho tiempo, Pau. Y también enoja, pero llega un momento en que las heridas sanan y sólo te acordás de los buenos momentos... Igual se sigue extrañando siempre...—Me di la vuelta porque me encontré de pronto con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. —Muchas cosas me recuerdan a ella... Pero ya no sufro, ya no...

Su mano en mi hombro me sorprendió, pero permanecí inmóvil intentando componerme.

—Yo sufro por vos... —dijo ella bajito y mi corazón se detuvo. —Me duele cuando a vos te duele, y soy feliz cuando vos lo sos...

El nudo en la garganta crecía segundo a segundo pero con distintas emociones. Tenía que alejarme de ella porque mi capacidad de resistencia se estaba agotando.

—Creo que es mejor que... Me parece que deberías recostarte un rato...

Pero ella ignoró mi sugerencia.

—Me pregunto si vos sentirás lo mismo... Quiero decir, sé que me mirás, y que te gusto, pero no tengo idea de si para vos aquel beso significó lo mismo que para mí...

Apreté los puños con tanta fuerza que me dolió.

—No es... No deberíamos hablar de eso ahora. Vos tendrías que descansar y no pensar en...

—Estoy enamorada de vos, Nacho...

—Basta, Pau.

—Te quiero...

—Tenés quince años...

—Te deseo.

Ay carajo. Las piernas se me aflojaron y una puntada en el estómago me hizo doblarme. Como la vez anterior, tuve que apoyarme en una silla porque temí desmayarme.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupada, tomándome del brazo. Y después me puso la mano en la cara y me obligó a mirarla. —Decime que estás bien, por favor...

“No. No estoy bien. Me estoy muriendo de amor...” pensé, mientras rogaba que mis ojos no transmitieran mis sentimientos, porque si así fuera mi boca no podría negarlos. La abrí y la cerré, y nada salió.

Entonces ella me besó.

Fue un beso cargado de dulzura. Apoyó sus labios en los míos, como si quisiera consolarme. Las ironías de la vida... Ella necesitaba consuelo y terminó consolándome a mí.

Me quedé inmóvil unos instantes, y luego la bestia despertó.

Pocos días después, Gaby se enteró de lo nuestro. No fue un descuido; la propia Paulina se lo dijo.

Lo tomó bastante bien. Bueno, lo tomó mejor de lo que ambos nos imaginamos. Es que después de la “salvada” de la primera vez, no quisimos pasar por esa incertidumbre nunca más y para eso necesitábamos con urgencia un método anticonceptivo. Fue demasiado estresante esperar que le bajara la menstruación a Pau con los huevos en la garganta, por no haber usado condón.

Estaba claro que lo nuestro, fuese lo que fuese, iba a continuar. Y Paulina tenía la suficiente confianza con su madre como para decírselo y pedirle ayuda con el tema de la píldora. No me lo consultó, simplemente fue y se lo dijo.

Cuando me contó lo que había hecho, me sentí como el culo. Avergonzado, culpable. Sentí que le había fallado a la familia, a Pau, al viejo... Me sentí un degenerado, la verdad.

Y a pesar de todo, decidí portarme como un hombre una vez en la vida al menos, e ir a hablar con Gaby.

—Ya lo sabía antes de que Pau me lo contara —me confesó.

—¿Lo sabías?

—Sabía que entre ustedes siempre hubo un vínculo especial, y que tarde o temprano esto iba a suceder. Bueno, fue más temprano que tarde, pero Pau es más madura de lo que debería, y me alegro mucho de que tomen precauciones.

Me quedé perplejo. Sabía que había reaccionado bien, pero nunca imaginé que tanto.

—Entonces ¿no pensás que me estoy aprovechando de tu hija?

Lo pensó un segundo.

—Más bien creo que mi hija se está aprovechando de vos —me dijo sonriendo. Y luego agregó: —Nacho, disfrútenlo sin hacerse demasiadas preguntas que el tiempo decidirá por ustedes. Cuídense para evitar un embarazo inoportuno, y... —de pronto se detuvo.

—¿Y? —pregunté intrigado.

La vi dudar un instante, pero luego respondió:

—... Y que no lo sepa Andrés... todavía.

Di un respingo. Entonces Gaby pensaba lo mismo que a mí me torturaba desde el momento en que le puse una mano encima a Pau.

—No lo va a aceptar ¿verdad?

Fue más sincera de lo que esperaba, y ojalá me hubiese mentado un poco.

—No creo... Pero no me preguntes por qué tengo esa impresión porque jamás hablamos de esto. Tal vez tiene que ver con la manera en que cuida a Pau, como si fuese su propia hija. La relación de ellos es especial. Y se vienen las vacaciones... Mejor no arruinárselas ¿no?

—Pero un padre tiene que aceptar que su hija crece y se enamora ¿no? En algún momento tendrá que dejarla ir, digo yo...

—Tal vez, pero en el “mientras tanto” va a ser implacable —sentenció, llenándome de preocupaciones.

Preocupaciones que se diluyeron en cuanto esa noche entré como un ladrón, y me metí en la habitación de Pau para hacerle el amor otra vez.

La segunda fue intensa, pero la primera fue sencillamente increíble. Cada vez que la recuerdo, no puedo evitar estremecerme.

Igual que el día del bendito tatuaje, me encontré de pronto con ella en brazos, besándola como un animal. Su boca tenía gusto a la sal de sus lágrimas, y yo sentía que me estaba aprovechando de su vulnerabilidad, pero no podía parar. La besé con una furia incontenible, una

bronca inmensa conmigo mismo por ser tan débil, y a la vez con ella por tentarme así.

Quince benditos años en mis manos temblorosas. La potestad de hacerla mujer. ¿Cómo podía resistirme? Busqué la forma, lo juro. Pero al verme dudar, fue ella la que arremetió.

Me desprendió la camisa y luego continuó con los vaqueros. Yo me dejé hacer, con la mirada turbia por el deseo que me abrumaba.

—Esto no está bien... —murmuré sobre su boca, pero no hice ningún movimiento para evitar que Pau me terminara de desnudar. Bueno, casi, porque al llegar al bóxer se detuvo. Se mordió el labio mientras sus dedos aferraban el elástico de mi ropa interior... Miré hacia abajo y cuando vi el bulto me quise morir. ¿Esa cosa inmensa que se proyectaba hacia adelante era mi pene? Nunca lo había visto así...

Por unos momentos ambos nos quedamos mirándolo asombrados, pero luego reaccionamos al mismo tiempo. Estaba visto que no había vuelta atrás así, que tomé la decisión consciente de disfrutarlo, no de padecerlo.

Le saqué la camiseta despacio y la miré. En su vientre ya no estaba mi nombre... Ella adivinó lo que pensaba y murmuró:

—Está en mi alma... Pero ahora necesito que lo dejes grabado a fuego en mi cuerpo.

Inspiré profundo y solté el aire despacio. Y recién

ahí me sentí con fuerzas para seguir desnudándola. Le saqué todo. Jeans, zapatillas, medias... Luego la ropa interior. Y además de la ropa, le quité el dispositivo que le permitía escucharme. La iba a amar en silencio porque las palabras sobraban.

Cuando la tuve desnuda frente a mí, con las mejillas ardiendo de vergüenza casi exploto. La alcé en mis brazos y la recosté en el sillón. Me hubiese quedado todo el día mirándola, acariciándola, pero mi pene que ya tenía vida propia, no pensaba igual. Seguí la dirección de la mirada de Pau, y vi que asomaba por el elástico del bóxer, completamente erecto y mojado por mi propia lubricación.

No tenía muy claro cómo continuar. Es decir, me había acostado con Macarena, pero ella era la experiente y yo me dejé llevar. Paulina era virgen, y su osadía parecía haberse agotado ni bien me quitó la ropa.

Un momento... ¿era virgen? Yo había descubierto que un idiota la había besado en un campamento pero... ¿habría pasado algo más?

Pronto comprobé de cuan infundadas eran mis dudas.

Mis dedos fueron recorriéndola toda. Sus senos jóvenes y perfectos... Su vientre liso... Más abajo... Más adentro...

La escuché gemir y la miré a los ojos. ¡Qué mujer más hermosa! En su mirada ya no estaba la niña, y ya no

lo estaría más porque en mi mano latía la mujer que yo iba a poseer.

Y después, todo encajó perfecto. Le abrí las piernas sin dejar de mirarla a los ojos y me tendí sobre su cuerpo. Hice descender un poco mi bóxer y comencé a frotar mi pene contra ella, despacio, hasta que en uno de esos movimientos encontró la puerta de entrada y se abrió paso lentamente, atento a su mirada y a cualquier signo de dolor que pudiera manifestar. Fue muy breve ese momento, pero yo sentí como algo se rompía y me detuve asustado. Ella había cerrado los ojos, pero cuando dejé de moverme los abrió y movió las caderas para obligarme a continuar.

¡Qué placer más inmenso por Dios! Tenía claro que no podía acabarle adentro, pero no sabía si iba a poder aguantar. Estar dentro de ella fue la gloria. El momento más feliz de mi vida. La más completa plenitud... Y cuando el mundo comenzó a dar vueltas, tuve la suficiente lucidez como para sacárselo y acabé sobre su vientre gimiendo descontrolado.

La sonrisa de Pau era algo que quedará en mi memoria para siempre. Era la felicidad hecha mujer, pero yo era consciente de que le debía un orgasmo. Si no hubiese acabado tan rápido quizás lo hubiese logrado pero no pude resistir demasiado, así que me senté en el sillón, y manipulándola como una muñeca la obligué a sentarse entre mis piernas abiertas, con la espalda contra

mi pecho y la cabeza recostada en mi hombro, vuelta hacia mí. Quería verle la cara cuando llegara el placer, y también quería decirle cuanto la amaba.

Comencé a acariciarla con ambas manos... Fue fácil encontrar el punto exacto, porque sobresalía notoriamente. Lo toqué y ella se estremeció, entonces comencé a frotarlo despacio mientras Pau se retorció entre mis brazos y yo intentaba contenerla, y también contenerme, porque el roce de mi pene contra sus nalgas me estaba matando. Y por fin acabó... Arqueó su cuerpo y gritó, mientras apretaba las piernas y entre ellas mi mano que se hubiese quedado allí para siempre. No me voy a olvidar de la imagen de los dedos de sus pies pintados de violeta, crispados en medio del orgasmo, y de los de mis manos manchados de sangre.

Cuando la calma llegó la miré a los ojos y se lo dije:

—Te amo.

Sabía que no me oía, pero me estaba leyendo los labios. Lo entendió perfecto y luego se acurrucó en mi pecho mientras murmuraba:

—Yo también...

En ese momento no sospechábamos que faltaba muy poco para que ardiera Troya, así que volvimos a hacernos el amor como si no hubiese un mañana.

Faltando una semana para la fiesta de quince de Pau, a papá se le ocurrió celebrar el cumple de Gaby, que también se había quedado sin festejo debido a la muerte de su tía, meses atrás.

El departamento estaba atestado de gente que no hacía otra cosa que hablar y gritar. Me preocupaba que Pau pudiese estar súper incómoda, pero me tranquilicé cuando la observé detenidamente y me di cuenta de que tenía apagado el implante y estaba leyendo los labios.

Fue mirarla y perder el control de mi cuerpo. Primero sentí un calor insoportable... Luego, ese nudo en la garganta que me obligó a desprenderme otro botón de la camisa para no asfixiarme. Y después vino lo peor... Mi pene no sabía de momentos inapropiados ni de lugares prohibidos. Me tuve que acomodar el paquete con las manos en los bolsillos, lo más disimuladamente posible para que no se notara tanto.

Dejar de observarla nunca funciona, ya lo comprobé cuando vacacionamos en Punta del Este. Los recuerdos de lo que vinimos haciendo estos meses fueron suficientes para que me sorprendiera una erección dolorosa e incómoda que no me dejaba en paz. Y si trataba de no pensar en eso, no lo lograba pues todo me recordaba a Pau. El tema que sonaba en el equipo de música, un perfume captado al vuelo... A veces no necesito ninguno de esos estímulos románticos; simplemente ella se mete en mi cabeza con cualquier otro

disparador, y en los peores momentos. Ayer por ejemplo, mientras el profesor de Anatomía diseccionaba un cuerpo, el brillo del escalpelo me recordó al del piercing de su ombligo aquel amanecer...

Me desperté en su habitación, y la observé dormir un buen rato, hasta que el sol asomó y se coló por la ventana. Era algo de otro mundo esa mujer un poco niña, desnuda con un rayo de luz reflejado en el centro de su cuerpo, e iluminándolo todo... Debí retirarme con urgencia de la clase, porque si notaban el bulto en mis pantalones, hubiesen pensado que soy de esos que se excitan con los cadáveres. Menudo problema.

Pero el que tenía el día del cumple de Gaby no era menudo; era un gran problema que me costaba disimular. Y tampoco podía dejar de mirarla. Era indispensable tenerla ya... ¿Pero cómo? Con invitados en todas las habitaciones eso iba a ser imposible. Y también lo iba a ser dejar de desearla.

Ella era toda una profesional en el arte de seducir, para qué negarlo. Sólo tenía quince años, y ya sabía de qué se trataba, así que no quería ni pensar lo que haría en el futuro cuando perfeccionara su técnica. No quería pensar en eso, pero sí quería que hiciera lo que hiciera, fuese conmigo. Me observaba de vez en cuando y sonreía... Hablaba con otras personas, pero hacía gestos y no cabía duda de que iban dirigidos a mí. Se tocaba el pelo... Se ponía de espaldas y se inclinaba para agarrar un

canapé... Se inclinaba un poco más... Esa falda era demasiado corta, y aun estando entre conocidos no me gustaba que la llevara. Justo estaba en el límite entre sus piernas y su... De pronto se me cruzó por la mente que ella sabía exactamente hasta dónde inclinarse, hasta dónde mostrar.

Mi única esperanza era que todo ese despliegue fuera exclusivamente para mí.

No pude seguir disfrutando y padeciendo, sin embargo, porque Alejo se interpuso entre mi mirada y su hermana.

—Tomate una birra, flaco. No podés seguir así...— me dijo mientras me alcanzaba una lata y se destapaba otra.

—¿Así cómo? —pregunté entre asombrado y nervioso. ¿Sospecharía algo?

—Estudiando día y noche, nene. A ver si venís más seguido por la Escuela de Gastronomía porque yo no puedo...

—Lo que vos no podés es tomar, amor, porque tenés que manejar de regreso a casa —interrumpió su novia quitándole la lata y empinándosela antes de que él pudiese siquiera reaccionar. Y así como vino, se fue.

Alejo me miró y movió la cabeza.

—No dejes que mi hermana te haga una cosa así... —me dijo, y yo abrí la boca incrédulo. No sospechaba; sabía. Y no me quedaron dudas de eso.

—Alejo...

—Al principio te quieren volver loco provocándote, y después realmente te vuelven loco, pero más tirando al suicidio —explicó riendo, lo cual me tranquilizó un poco. —Yo sé por qué te lo digo...

—¿Y qué más sabés? —me atreví a preguntar.

—Todo lo que le pude sonsacar a mi madre. Cuidado con lastimar a mi hermanita porque no contás el cuento, flaco —me amenazó, pero no dejaba de reír.

—¿Serías capaz de matarme? —pregunté más distendido aún, porque vi que venía en son de paz a pesar de sus amenazas. —Un hombre que se deja robar la cerveza por su mujer no representa un verdadero peligro...

—Puede que yo no sea capaz, pero tu viejo sí —me dijo, y mi sonrisa desapareció como por arte de magia. —Cuidado, Nacho. Presiento que Andrés no lo va a tomar tan bien con mamá y yo.

Tragué saliva... Eso que dijo sonó como una sentencia de muerte. Me tenía que cuidar muy bien de que mi padre no supiese de lo mío con Pau durante bastante tiempo...

Mi celu timbró, y Alejo se fue palmeándome la espalda, y dejándome con más dudas que certezas. Era un mensaje de Pau: *"Deshacete de mi hermano y bajá a las cocheras. Estoy en el auto de mamá"*

Vaya, parecía que Alejo tenía razón y ellas fueran las que mandaran. En fin, no sabía si él sí, pero lo que era

yo, no me pensaba quejar. Me hice el boludo y me escabullí por el ascensor de servicio hasta el subsuelo.

Busqué el coche de Gaby y la vi a Pau arrodillada en el asiento trasero, llamándome con su índice y esa expresión en su rostro que hacía que mis pantalones se bajaran solos.

Me metí, prácticamente me lancé adentro del auto y sin decirle ni una palabra me la comí a besos. Le agarré la cara con una sola mano y apretando ambas mejillas la obligué a entreabrir los labios para recibir mi lengua, y ahí se desató la locura. Busqué el borde de su falda... Mis ansias contenidas buscaban liberarse y liberarla, y justo cuando mis dedos estaban a centímetros del objeto de mis desvelos, sentí que se abría la puerta a mis espaldas, y alguien me arrastraba fuera del auto en medio de una gritería infernal.

Una vez que me tuvo afuera, esa fuerza increíble me lanzó contra otro vehículo y es ahí que reaccioné e intenté golpearlo. Pero cuando me di cuenta de que el que me tenía agarrado del cuello de la camisa, con el rostro rojo de furia era mi padre, me quedé paralizado.

Por unos momentos nos miramos a los ojos. El suelo estaba regado de cubos de hielo que él había ido a buscar. La alarma del coche contra el cual me tenía sujeto y acorralado no dejaba de sonar. Paulina no dejaba de gritar. Y luego llegó el turno de él...

—¿Qué mierda crees que estás haciendo?!

—Papá...

—¡Callate, hijo de puta! No puedo creer que fuiste capaz de ponerle una mano encima... ¡Es una criatura, carajo!

Me quedé mudo y paralizado, mientras Paulina intentaba hacer que me soltara, tirando de su brazo.

—¡Soltalo, Andrés! Por favor, soltalo...

Él la miró, sin apartarse ni un segundo de mí.

—Paulina subí en este instante.

—¡No! ¡Quiero que lo sueltes!

—Dije que subieras. Vos no tenés la culpa de esto.

—Soy tan culpable como él en todo caso, y no me voy a ir, Andrés. ¡Soltalo ya!

La alarma seguía sonando, y apareció Jeremías al portero. Mi padre le lanzó una mirada cargada de irritación, y el pobre apretó el botón para apagarla y se fue con la cabeza baja. No sé de dónde saqué fuerzas para decir:

—Subí, Pau, por favor...

Me miró asustada. Yo le indiqué con los ojos que se fuera; ella asintió con lágrimas en los suyos, y finalmente obedeció. Había llegado el momento al que tanto temía: el de la verdad.

Después de eso, el que dejó de hablarme fui mi viejo. Luego de la “conversación” en las cocheras, y tal como yo lo había hecho años atrás, se empeñó en tratarme con una cruel indiferencia que me hizo mucho daño.

Si se estaba vengando de aquello, lo estaba haciendo muy bien. El día anterior al cumple de Pau, sin embargo, se dignó a dirigirme la palabra para decirme que me había arrendado un monoambiente.

Ni siquiera mencionó a Paulina. Su discurso tuvo que ver con la independencia, la cercanía a la Facu, y alguna otra estupidez, pero en ningún momento confesó que lo hacía para alejarme de ella.

Al principio me mostré en desacuerdo con mudarme, pero mi viejo puede ser muy insistente cuando

se le mete algo en la cabeza y tarde o temprano lo logra, eso seguro. Sino no me explico como una mina como Gaby pudo hacerle caso... En fin, me encogí de hombros y dejé que el destino hiciera lo suyo. De lo único que estaba seguro era de que al día siguiente, yo llegaría con Pau a su fiesta de quince.

Ni el padre, que no pudo venir, ni el hermano, ni mi viejo... El que iba a entrar con Paulina era yo, porque ella así lo quiso y nadie me iba a quitar ese placer.

Ni ese, ni los otros, porque con o sin el visto bueno de mi padre, mi relación con Pau iba a seguir.

Le perdoné cada una de las duras palabras que me gritó en las cocheras porque es mi papá y lo quiero, pero no creo que haya fuerza en esta tierra que me separe de ella.

Me llamó “degenerado”, “pervertido”, “caradura”. Me dijo que si le volvía a poner un solo dedo encima, me iba a dar una paliza memorable, me iba a echar de la casa y hasta me llegó a amenazar con denunciarme a la policía.

En un momento llegué a pensar que tenía razón, y que me había aprovechado de una nenita. Me sentí un asqueroso pedófilo, una basura... Me olvidé de mi amor por ella, de lo mujer que era, me olvidé de todo y hasta creí que me merecía ir preso por habérmela cogido, por haberme aprovechado de su inocencia.

Pero volví a ver todo en perspectiva cuando él me salió con la pelotudez de que ella era mi “hermana”.

—¿Qué decís? ¿Vos te estás escuchando, papá? Paulina no es mi hermana, y por si no te enteraste, te aviso que tampoco es tu hija por más que vos quisieras que así fuese —le espeté sin poder contenerme más.

—¡Es como si lo fuera! ¡La conocés desde chiquita! No entiendo cómo se te cruzó por la mente hacerle una cosa así...

—Papá, no exageres... —le dije, mientras pensaba que si llegaba a saber hasta dónde habíamos llegado, simplemente me mataría.

Como si me hubiese leído la mente, él continuó.

—Quiero creer que no pasaron a más... No, estoy seguro de que no, y eso es porque Paulina es una nena decente y jamás lo permitiría. Pero te advierto, Ignacio Otero, que tenés absolutamente prohibido acercarte a ella en calidad de lo que sea. Se terminó ¿entendiste? —me gritó a centímetros de mi rostro, y yo tragué saliva, aterrado.

Pero no me pude aguantar más y le dije lo que sentía.

—Estoy enamorado de Paulina.

—No sabés lo que decís.

—Creeme que sí lo sé. Y ella también lo está de mí...

—¡Callate, Ignacio! No vuelvas a repetir ese disparate. Si Gaby lo supiera te...

—Gaby lo sabe y no pone reparos —le dije, casi

que le grité.

Abrió los ojos como platos, y yo me mordí la lengua. Lo último que quería era generar un conflicto entre ellos dos.

—No puede ser...

—Sabe que la quiero, papá. Y si no te dijo nada es precisamente porque sabía que te ibas a poner así...

Lo vi tan mal... Lucía derrotado y confuso, así que no quise insistir.

Nunca supe qué pasó entre Gaby y papá. No sé si llegaron a hablar del tema, o si él le recriminó algo, la cuestión es que mi viejo dejó de hablarme, o me decía lo indispensable, y así permaneció toda la semana, incluso durante el cumple de quince de Pau.

La fiesta fue el día que cumplía quince años y medio, en realidad, debido al duelo por la muerte de la tía Aurora, y sólo esperaba que su recuerdo no empañara esa noche tan importante para ella.

Pasé a buscarla en limusina por el Sheraton. Cuando bajó y la vi, me quedé sin aire...

Se veía deslumbrante de tan bella. No sabía qué hacer. No tenía idea de si podía besarla, o acercarme... Tenía terror de arruinarle algo; el peinado, el vestido, el maquillaje.

Ella decidió por mí. Simplemente se acercó, y delante de las peinadoras y el chofer, me echó ambos brazos al cuello y me partió la boca de un beso.

Como en sueños escuché que una las mujeres gritó algo así como que se estaba estropeando el perfecto trabajo de sus manos, pero a Pau parecía importarle tres pepinos y a mí menos. Cuando nos separamos, la vi aún más radiante, porque tenía la boca húmeda y los ojos le brillaban.

—Estás... Estás increíble, Pau. Sos la mujer más hermosa que vi en toda mi vida.

—No es muy halagador teniendo en cuenta que tenés como ochenta años por delante —me dijo riendo.

Amé su inteligencia, su agudo sentido del humor, su madurez.

—Puede ser. Pero por si no sobrevivo a esta noche, déjame imaginar que estos no son tus quince, sino que es nuestra boda y que a partir de mañana vas a despertar siempre entre mis brazos... —fue mi impulsiva respuesta.

Ella se mordió el labio inferior y luego me susurró al oído.

—Yo entre tus brazos, vos entre mis piernas...

La erección que se había comenzado a formar desde que la vi, casi se transformó en desastre, así que tomé la firme decisión de no pensar en esas palabras en todo el trayecto hacia la Finca del Rocío, donde sería la fiesta.

Todo transcurrió según lo soñó Pau. Todo salvo dos ausencias significativas; tía Aurora y Hugo, su padre, que no pudo dejar sus obligaciones y debió permanecer en Montpellier.

Por lo demás, fue una gran fiesta para ella. Para mí fue bastante torturante sentir la mirada del viejo seguirme a todos lados, lo que no me permitió acercarme a Paulina en casi toda la noche. De pronto dejé de verlo y tampoco encontré a Gaby entre la gente... Tuve la corazonada que esos dos andaban haciendo de las suyas en algún sitio, y yo aprovecharía para obtener una dosis de Pau en otro. Me acerqué desde atrás y le susurré al oído.

—En el laberinto en tres minutos.

Fueron dos minutos y medio que conté sin despegar los ojos del reloj.

Entró al cerco vivo recogiendo el vestido para no pisarlo, y descalza.

—¿Y tus zapatos, Pau?

—No podía caminar por la grava, y los dejé en...

No la dejé terminar y la besé. No tenía mucho tiempo; era su fiesta y quería que la disfrutara, y además corría el riesgo de que mi viejo nos encontrara y todo terminara muy mal.

—Listo... Necesitaba un beso de mi quinceañera preferida. Ahora podés irte...

Pero ella tenía otra idea.

—Estoy exactamente en el medio de mis quince y mis dieciséis. Me merezco un poco más... —murmuró mirándome directamente a los ojos mientras manipulaba el cierre de mi pantalón dejándome paralizado por la sorpresa.

La grava no impidió que se pusiera de rodillas, sin hacer caso a todos mis intentos de que no lo hiciera.

—Finalmente este vestido va a servir para otra cosa que no sea estorbar... —dijo simplemente mientras lo usaba de alfombra y se ponía mi pene en la boca, todo al mismo tiempo.

Algo dentro de mí me decía que eso no era correcto, que había algo que no cuadraba en esa situación, pero ya no podía impedirlo. Vestido blanco, quince años, cara de ángel... Pero lo que su boca me hacía y esa mirada, entraban en completa contradicción con lo anterior.

¿Qué hacer sino disfrutarlo? Enredé mis manos en su pelo y acabé en su boca tan rápido que me sentí avergonzado.

—Ay, Dios...—gemí, desesperado.

—No lo menciones, porque en cualquier momento se hace presente y somos boleta vos y yo...

—¿Mi viejo es Dios para vos?

—Obviamente. Nos ama, nada escapa a su mirada, no hay lo que no logre, y siempre hace su voluntad —me dijo echándome los brazos al cuello ni bien me terminé de arreglar la ropa.

—¿Siempre? Si es así, va a terminar separándonos porque eso es lo que quiere —le dije con amargura.

Pau me miró un momento y luego murmuró:

—No es eso lo que quiere, Nacho. Simplemente

tiene miedo... —lo defendió.

Me sentí molesto, celoso. Paulina era incondicional con mi padre desde siempre. Lo amaba con una devoción fuera de toda lógica, igual que él a ella. Se lo dijo en lengua de señas delante de todos, luego de bailar el vals, y no era la primera vez que la veía hacerlo.

A ella no le pasó desapercibido mi gesto de decepción y para compensarme se puso de puntillas y me dio un beso en el mentón. Y como no le hice caso y no le facilité el acceso a mi boca, también me lo mordió.

—¡Au! —me quejé. —Sos bastante peligrosa. Entre vos y mi viejo me van a terminar matando.

—Andrés tiene miedo, y hay que esperar a que se haga a la idea de que nada de lo que pueda hacer podrá separarnos, Nacho.

Escucharla me tranquilizó un tanto.

—Miedo... ¿Miedo a qué?

—A que me dejes embarazada, a que esto no funcione, y a algo más que no alcanzo a darme cuenta —respondió Pau muy segura de sí.

Vaya, qué asombrosa franqueza, qué capacidad de análisis. Y mi padre que dice que es una nenita... Una nenita no reflexiona de esa forma. Ni yo, con veinte años, reflexiono de esa forma.

Pero no pude decirle nada porque de pronto se escuchó la voz de mi abuela llamando a Pau. Ella me dio un beso rápido y salió del laberinto.

—Hola abue —la saludó.

—Nena, todos te buscan... Van a partir la torta —le dijo Esme mientras se alejaban, de la mano. —Pero la única que sabía dónde encontrarte era yo.

Lo que nos faltaba; que la abuela nos hubiera seguido. Si así fuera estaría al borde del infarto en ese instante.

—¿Y cómo lo supiste? —le preguntó Pau, intrigada.

—Supuse que necesitabas un ratito de silencio, querida. Demasiado ruido ahí adentro ¿verdad?

Respiré aliviado. Mi abuela continuaría viva.

Y me quedé allí un buen rato, pensando.

Mi padre con miedo... Quién lo diría.

Son las ocho de la mañana y comienza a sonar el timbre con insistencia. Me levanto algo mareado... ¿Quién puede ser a esta hora? Me llevo la sorpresa de mi vida cuando descubro que es Paulina.

—¿Qué... hacés... acá? —le pregunto entre beso y beso.

—A tu pene no le importa lo que hago, lo único que le importa es que aquí estoy —me dice la muy descarada metiendo las dos manos dentro mi bóxer.

—¿Y el colegio? —logro preguntar casi sin aliento mientras ella me acaricia.

—Lo están fumigando. Apareció una rata esta mañana y ni siquiera nos dejaron entrar. ¡Amo las ratas! —me dice al tiempo que se quita la mochila, y luego

comienza a desprenderse la blusa del uniforme.

—Pau, esperá. El celu... Mi viejo va a saber que estás acá... Seguro que del colegio mandaron un mail para decirles lo de la rata y en este momento él puede...

Ella sonríe mientras se saca las zapatillas y las medias.

—¿Me estás subestimando, hermanito?

—No me digas así porque te la vas a ligar.

—Eso espero. Mi celular en este momento, viaja en la mochila de Belén directo a su casa. Antes de ponerlo allí, mandé un mensaje a mamá y por supuesto, otro a Andrés, avisando que íbamos a aprovechar la mañana para hacer el trabajo sobre los siete pecados capitales, que nos pidió la bruja de Educación Religiosa —declara, satisfecha.

Esta chica es demasiado lista, carajo.

—Qué astuta la niña...

—No me digas así porque te la vas a ligar —me remeda. Y yo hago otro tanto:

—Eso espero...

Luego simplemente desbarrancamos.

Como si tuviésemos un imán entre las piernas, nuestros cuerpos se unieron y comenzamos a besarnos. Me moría de ganas de lamer cada parte de su cuerpo, pero mi pene llevaba el timón, como siempre, y lo único que quería era estar dentro de ella. A ver quién ganaba esta vez...

—¿Sabías que... uno de los siete pecados... es la lujuria? —me preguntó al tiempo que se deshacía de su falda a cuadros.

Yo colaboré de buena gana, haciendo desaparecer su ropa interior.

—¿Y vos sabías que... otro pecado... es la gula? —repliqué mientras la recostaba en mi cama y mi boca se perdía entre sus piernas.

Ella las abrió y me ofreció sin reservas ese manjar.

—Podríamos decir entonces que estoy haciendo la tarea... —fue su última observación antes de gemir mi nombre y pedir más.

Cuando tenía dieciséis el viejo recordó que tal vez estaba cerca de mi iniciación sexual, y consideró oportuno decirme algo al respecto: "Hay una gran diferencia entre coger y hacer el amor, Nacho, y ojalá puedas comprender esa diferencia. Cuando lo hagas, vas a descubrir que no hay nada que caliente más que cogerte a la mujer que amás".

No sé por qué se me viene eso a la mente en este instante, pero lo cierto es que mi viejo tenía razón. Lo de Macarena en Bariloche fue como una paja asistida, pero lo que estoy viviendo con Pau es como un sueño hecho realidad.

Me gusta hacerlo en todas las posiciones, pero las que más disfruto son las que me permiten mirarla a los ojos, como ahora. Tendido sobre ella y gimiendo en su

boca, la conexión es tan intensa que siento que me muero cuando ambos acabamos al mismo tiempo.

—Pau... —murmuro casi sin voz, y le lleno el rostro de besos. Es una gran suerte poder experimentar eso de lo que me advirtió mi padre, pero a la vez me llena de miedo el caer en la cuenta que si no es con ella, no será con nadie. La vida misma no tendría sentido sin Pau.

Me quedaría para siempre dentro de ella, pero siento que la estoy torturando con mi peso, así que ruedo en la cama de espaldas, y la arrastro conmigo hasta tenerla arriba.

Apoya el rostro sobre sus manos juntas en mi pecho, y me observa.

—Qué lindo sos...

Me toma por sorpresa el halago.

—¿Ah, sí?

—Mucho. Y que estés tan "fuerte", ha elevado mi popularidad hasta las nubes en el colegio... Las chicas quedaron como locas el otro día, cuando les dijiste que no eras mi hermano sino mi novio... —ríe, y yo no puedo evitar recordar que fantaseé con algo así hace mucho tiempo, cuando me enfurecí porque le decían que hablaba mal. En ese momento no sospechaba que esa tonta forma de tomar revancha, algún día se cumpliría.

—Voy a tener que ir más seguido si quiero elevar mi autoestima, entonces —le digo sonriendo.

—Para elevar tu autoestima y todo lo que haya que

elevar, estoy yo. Y si te veo cerca de alguna de esas estúpidas, Nacho, soy capaz de molerte a golpes ¿está claro? —replica con cara de enojada. Y luego se pone de pie, y camina desnuda hacia el baño.

Yo sonrío mientras pienso en cuánto me gusta verla así de celosa y así de desnuda. Cierro los ojos encantado de la vida.

Pau vuelve del baño casi vestida. Se sienta en una silla y se pone las zapatillas.

—No me digas que ya te vas...

También lleva el dispositivo que le permite oír porque sin mirarme me responde:

—De verdad tengo que hacer la tarea... Voy a lo de Belu, y más vale que me apure porque sino...

No quiero que se vaya... Todavía tengo hambre de Pau.

—Vení. Dame un beso —le pido.

Ella se acerca y me complace.

—Ahí tenés. ¿Querés otro?

—Quiero muchos más. ¿Qué puedo hacer para que te quedes?

—Nada. El trabajo sobre los pecados es para mañana.

—Sigamos con el trabajo de campo entonces. Para hablar de pecados hay que saber pecar —improvisado, y ella sonrío.

—Ya practicamos la gula y la lujuria hace un rato...

¿Qué puede ser peor? —pregunta, frunciendo la nariz.

—Incesto —respondo, mientras la agarro de la nuca y le como la boca.

Puedo ser muy convincente cuando me lo propongo. Paulina desliza su mano debajo de la sábana y me acaricia, pero no se conforma con eso y la aparta por completo. Luego se vuelve y dedica toda su atención a la parte inferior de mi cuerpo. Le paso una mano por el pelo y me muerdo el labio para no gritar.

Tenerla en cuatro patas junto a mí, mientras su cabeza se pierde entre mis piernas me pone al borde del abismo. Me obliga a abrirlas y su lengua llega a los sitios más secretos de mi cuerpo. Me lame los huevos una y otra vez...

Me entrego por completo, me dejo ir. Es tan intenso lo que me provoca que tengo miedo de enloquecer. Con el uniforme del colegio y de rodillas, es la representación más perfecta del pecado.

Mi mano se pierde debajo de su falda, y junto con ella también pierdo la cabeza, y la toco como si fuese una hembra más que mi quinceañera preferida que ahora tiene dieciséis. Le acaricio las nalgas, más bien se las manoseo, y le aparto la tanga para tocarla ahí... La escucho tensarse y luego gemir, pero no hace nada para impedirlo.

Me muero por tocarla pero también quiero ver, así que elevo su falda por encima de su cintura y observo...

Carajo... Es precioso su culo. Se ve rosado, y suave... Me incorporo y le meto la lengua sin preámbulo alguno y ella se arquea como una gata. Lamo con desesperación y me parece una delicia... Dulce, dulce, dulce...

Quiero más, mucho más. Entonces le tiro de la trenza para obligarla a mirarme.

—Pau...

Ella vuelve la cabeza y traga saliva pero no dice nada. Parece que he dejado sin palabras a mi pequeña sabelotodo y eso me hace sentir muy seguro de mí.

—Hay un sitio en la web que se llama "Monografiasya.com"... ¿Qué te parece si más tarde te ayudo con el trabajo sobre los pecados?

Asiente con las mejillas enrojecidas y casi sin aire.

—¿Vamos a... seguir con... el trabajo de... campo?
—pregunta en un susurro.

—Sólo para que te pongan un doce en Educación Religiosa. —respondo, pero en lo único que pienso es en la dulzura que esconde ahí atrás. Eso es un vicio, un pecado, y la gloria.

Y como dije, quiero más. Mucho más...

Repetimos el truquito del teléfono más de una vez con un poco de culpa. Pero las ganas pudieron más... Si papá o Gaby le mandaban un mensaje, Belén respondía. No había riesgo de que llamaran porque Pau no habla por

teléfono...

Eso nos permitió horas increíbles haciéndonos de todo.

Fue como una válvula de escape que sirvió para soportar la tensión de vivir nuestra relación a escondidas para que mi viejo no se cabreara. Pero siempre faltaba algo... Me di cuenta de lo que era cuando Gaby me llamó.

—... Y como mañana me voy a Buenos Aires con Victoria y Mariel, pensé que sería lindo que cenáramos los cuatro en casa —me dijo.

—¿Los cuatro? —pregunté asombrado.

—Sí, porque Lucía y Alejo están en Punta del Diablo.

—¿Estás segura, Gaby?

Hizo una pausa, y yo esperé.

—Nacho, lo único de lo que estoy segura es de que extraño nuestra vida de familia y también te extraño a vos. Pauli te ve todo el tiempo, y Andrés lo hace seguido, cuando va a la Escuela de Gastronomía. Hasta Alejo te ve todos los días, pero yo no. La única que no te ve nunca soy yo... Y lo cierto es que te extraño mucho —me confesó y casi me pongo a llorar al escucharla.

—¿Me lo decís en serio?

—No se te ocurra decirme que vos no, porque voy hasta ahí y te doy una paliza ¿entendiste, maleducado? —me amenazó riendo. —Durante cuatro años te tuve metido acá en casa, me robaste a mi hija, te comiste todo lo que

encontraste en la heladera así que ahora no me digas que no me extrañas porque en serio te voy a dar un cachetazo.

Reí de buena gana. Tenía toda la razón.

—Me encantaría verte, de verdad. No voy a decirte que sos como una suegra porque me parecés demasiado joven para eso. Y tampoco como una madre, porque nunca intentaste ocupar ese lugar y te lo agradezco. Pero sos muy especial para mí, Gaby. Te quiero mucho y vos lo sabés...

—Claro que lo sé y es recíproco. Intentemos conservar el espíritu de familia que siempre tuvimos, aun viviendo “enfrente” ¿sí? ¿Venís entonces esta noche?

—Voy. Por supuesto que voy.

—Te hago milanesas con puré, entonces. Y no le digas nada a Pau, así la sorprendemos ¿dale?

—Dale —le respondí sin dudarle.

Y aunque aún no dieron las siete ya estoy en el departamento de Gaby, loco de ganas de verla. A ella, a Pau, a papá... Yo también extraño nuestro espíritu de familia, los asaltos a la heladera, la compañía de las personas que más quiero.

—¿Cómo está papá? ¿Sigue furioso? —le pregunto a Gaby después de permitirle que me hiciera unos mimos.

—No es furia exactamente... —responde y de pronto me acuerdo de algo que me dijo Pau el día de su fiesta de quince.

—¿Es miedo, Gaby?

Justo cuando me va a responder, suena el teléfono y

ella se pone a hablar alguien mientras pone una milanesa en el aceite hirviendo.

Le hago señas para indicarle que voy al baño y ella asiente. Cuando salgo, paso por el dormitorio de Pau... La puerta está abierta. Me siento en la cama e intento captar su aroma oliendo la almohada... ¡Epa!... Parece que hay algo dentro de la funda.

Meto la mano y me encuentro con una libreta...

En la primera página dice “Supuesto diario de Paulina Lens” con una letra bastante infantil. Sé que no debo, pero no puedo evitarlo... Vuelvo al baño y paso llave.

Sentado en el inodoro, me sumerjo en la tentación de violar su intimidad una vez más...

“Esta tarde vimos con mamá una peli sobre una chica judía que llevaba un diario en la época de la segunda guerra mundial y me decidí a hacer lo mismo por si muero joven como ella. Además, por fin tengo algo interesante para contar... Mi mamá tiene novio. Se llama Andrés, y es muy lindo. Fuimos a una fiesta que daban sus padres. Chayanne habló en la tele y conocí al hijo de Andrés que se llama Nacho. Al principio me pareció odioso pero luego todo cambió, y ahora creo que es buena gente. Y también es lindo, como su papá”.

Se me hace un nudo en la garganta, que se pelea con mi sonrisa, ¿Lloro o me río? ¿Quién le gustó más, mi viejo o yo? Paso las páginas y sigo leyendo, totalmente

abstraído.

“Él las llamó pelotudas porque se rieron de mí. Me enseñó a decir ‘pelotudas de mierda’ y ‘cerrá el pico, cara de pedo’. Me dijo que no le contara a mamá... Nacho es mi mejor amigo ahora, así que nunca más le voy a ganar a la Play. Lo voy a dejar ganar a él”

Dios mío, Dios mío. No puedo creerlo. Y tampoco puedo dejar de leer....

“Lo más lindo de escuchar fue oír la voz de Nacho. Y también el gol de Suárez, claro. Si luego no hubiese mordido al italiano, tal vez ahora seríamos los campeones del mundo...”

Me muerdo el labio para no soltar la carcajada.

“Me gusta vivir cerca de Andrés y de Nacho. Mamá está feliz, Alejo y yo también, y hasta la tía Aurora está súper contenta. Y así no extraño tanto a mi papá...”

Vaya, es raro que mencione al padre en el diario. Jamás quiere hablarme de él, pero es evidente que su partida la afectó. Eso me impacta bastante.

Paso las páginas rápido porque sé que se acaba el tiempo y no puedo leerlo todo. Avanzo unos cuantos años y luego me detengo.

“Y cuando Lucas me besó, me dio un poco de asquito. No fue desagradable pero tampoco fue como me lo imaginaba. Como le dije a Belén, besarse puede ser bastante peligroso sobre todo si tu chico tiene ortodoncia...”

Sonríó... Por primera vez pienso en ese tarado y no siento celos. Más bien una gran pena por él, porque fui yo quien se comió al caramelito, y él se quedó con la ortodancia

Y el corazón se me acelera en la siguiente página.

“Creo que le gusto. No deja de mirarme... ¡Me mira las lolas! Y yo también lo miro pero cuando él no me ve... Nacho recién parece descubrirme pero yo hace mucho que me di cuenta de que cuando lo tengo cerca me mareo...”

Carajo. Enamorándonos al mismo tiempo... Lo que es la vida, por Dios.

“Me encanta provocarlo” escribe otro día. “Es tan alto. Sus ojos son hermosos, y también su pelo, y su boca... Su cuerpo es simplemente perfecto, y quisiera volverlo loco. Gracias al cielo que ahora tengo tetas y culo, porque quiero sus ojos puestos en mí, sólo en mí”

Y hay más...

“Me gusta, me encanta. Una pared nos separa nada más. La acaricio... Acaricio la pared porque sé que Nacho está en su cama, al otro lado. ¿Estará pensando en mí? ¿Se tocará mientras me imagina desnuda? Porque yo sí me toco pensando en él, en sus ojos, en su boca...” leo más adelante. Pero cierro el diario de golpe cuando siento que golpean la puerta.

—¿Sí? —pregunto con voz ahogada.

—¿Estás bien, Nacho? Hace rato que estás... —

dice Gaby preocupada.

—Me... Me duele un poco la panza... —improvisado y no sé cómo no se me cae la cara de vergüenza.

—Ups... Entonces nada de milanesas. ¿Necesitas algo? —pregunta.

—Nada... Nada, Gaby. Ahora salgo...

La escucho irse, y yo vuelvo al diario de Pau como desesperado.

“¿Será normal sentirse tan caliente cuando alguien te gusta? Porque así me siento sólo por pensar en él. Y ni que hablar cuando lo veo... o me habla... Me estoy volviendo loca y no sé qué hacer. Sólo quiero que me bese, que me acaricie... Y quiero tocarlo yo también. No alcanza con la fantasía... Lo quiero. Lo necesito. Ya no puedo más...”

La putísima madre que me parió...

“Le daría cualquier cosa que me pidiera, cualquier cosa. Me muero de amor... Y no sé por qué, pero no puedo dejar de pelearlo. Quiero que se enoje, quiero que reaccione de alguna forma. Si él se enamora de otra me voy a morir...”

Pero no termina ahí, por Dios.

“Me besó... Por fin me besó. Esto es completamente distinto a lo de Lucas... Esto es fuego, fuego, fuego. Si mamá no hubiese llegado con la triste noticia sobre la tía, hubiese pasado de todo estoy segura... Pero ahora no debo pensar en eso; tengo que

contener a mi mamá...”

Paso las páginas como si me fuese la vida en ello.

“Hoy dejé de ser la que era porque luego de una tristeza grande, ocurrió lo mejor de mi vida. Le di a Nacho mi primera vez y supe lo que es amar con tanta fuerza que la muerte se fue volando, bien lejos de nosotros. Le di eso nada más, pero para él lo fue todo. Y le daría mi propia vida sólo por verlo sonreír...”

Me paso la mano por la frente, completamente desesperado.

Es una emoción tan inmensa que no podría describirla.

Vuelvo al diario pero cuando siento voces en la entrada lo cierro y salgo en silencio del baño. Dejo la libreta en el sitio exacto dónde la encontré y antes de salir del dormitorio de Pau me miro en el espejo de su tocador y me doy cuenta en ese instante de que tengo el rostro bañado en lágrimas.

La cara de Paulina al verme entrar a su sala es todo un poema. Se pone colorada y todo... Me la comería a besos, me la cogería sobre el sofá como la primera vez, la secuestraría, me casaría con ella. ¡Cómo me gusta, por Dios! Y cómo la quiero...

Leer fragmentos de su diario fue sumamente revelador. Acabo de pasar por varios estados de ánimo y por un sinfín de sentimientos que van de la ternura a la excitación. Y en algunos pasajes no pude contener las lágrimas. Aún me siento profundamente conmovido, y extrañamente feliz.

El que no parece nada contento es papá, sobre todo cuando Pau se acerca y se pone en puntas de pie para besarme la mejilla.

—Hola Nacho... —susurra, y no puede disimular su alegría.

—Hola...—le digo sin sacarme siquiera las manos de los bolsillos para que no se note lo que me provoca.

Gaby nos llama a cenar, y obedecemos. Papá me lanza una mirada suspicaz y me hace un gesto como para darme paso. Y mientras camino delante de él, aún sin mirarlo, creo sentir su incomodidad por mi presencia.

La cena sin embargo, transcurre con normalidad. Es que estando Pau y Gaby en una mesa, es imposible no pasarla bien.

—...Así que vamos a conocer a Megan Maxwell con Mariel y Victoria. Serán sólo dos noches en Buenos Aires, pero muy intensas —dice Gaby sonriendo.

—¿Quién es Megan Maxwell?—pregunto, intrigado.

—Su escritora favorita —responde Paulina. —Y también la mía aunque Andrés opina que no debería leer novelas eróticas...

Papá casi se atraganta con la comida. Parece que el tema del erotismo lo pone nervioso, y para qué negarlo, a mí también me tensa un poco. El viejo no quiere que Pau lea novelas eróticas... Si supiera lo que ella y yo hemos hecho le daría un ACV. Por suerte Gaby nos saca del tema cuando se para y va a buscar el postre, seguida de Paulina que se ofrece a ayudarla.

Nos quedamos solos mi padre y yo, y no sé de qué

cuernos hablar.

—¿Todo bien en el restaurante?

—Todo bien. ¿En la Facultad?

—Bien.

—Me alegro.

Silencio... Hasta que a mí se me ocurre preguntar:

—¿Dónde se queda Paulina mientras Gaby está en Buenos Aires?

—Conmigo, por supuesto —responde de inmediato.

No sé por qué, pero ese “por supuesto” me cae como el culo. El tono, la forma, la mirada... ¿Por qué siento esto como una afrenta?

—No sé por qué decís “por supuesto” como si ella fuese una nenita y vos su dueño.

Lo veo fruncir el ceño y su expresión es tan dura que asusta.

—Ella sí es una nenita y me parece una muy mala elección usar “dueño” en lugar de “padre” —replica mordiendo cada una de sus palabras.

Esto es una contienda, no hay duda. Estamos disputándonos a Paulina como si fuese una cosa y no una persona. Y esa idea me sienta muy mal pero no puedo detenerme.

—Es que no lo sos. Me molesta que lo sientas así, sólo porque eso significa que ante tus ojos soy su hermano, no te pienses que es por celos o algo parecido... —le digo con ironía.

—Que vos no te sientas como deberías sentirte no quiere decir que yo no la quiera como si fuese mi hija. El problema lo tenés vos, no hay duda, pero vas a tener que superarlo —me desafía.

Recojo el guante sin dudar un instante.

—El problema, papá, lo tenemos los dos en todo caso. Porque te recuerdo que Pau y yo sentimos lo mismo y no se nos cruza por la cabeza superarlo sino hacer que esto crezca y...

—Mirá Ignacio, vos le ponés una mano encima y te las vas a tener que ver conmigo. Mientras Paulina sea menor de edad ni se te ocurra siquiera pensarlo. No la arrastres a algo para lo cual ella no está ni remotamente preparada porque lo único que vas a lograr es destruir a esta familia —me dice en tono grave, pero es como si me lo gritara en la cara.

Ni siquiera reparo en la amenaza, porque de pronto me doy cuenta del alcance de sus miedos y me quedo petrificado. Mi padre siente que mi relación con Paulina, si no llegara a funcionar, puede hacernos daño a todos, no solamente a nosotros dos.

Pero no me permito mostrarme sensible ante sus miedos porque eso significaría admitir que es imposible amar a Paulina e implicaría tener que alejarme de ella. Me niego a pensar siquiera en esa posibilidad por lo que no me hago cargo de lo que acabo de escuchar.

Soy demasiado duro en la respuesta, pero no puedo

evitarlo.

—Si tenés miedo de que eso pase, entonces hacete tratar. Andá a ver a esa Mariel y hacé terapia pero no me rompas más los huevos.

Veo brillar la ira en sus ojos, pero no puede replicar nada porque en ese instante llegan Gaby y Pau con el helado.

Mi padre me mira con frialdad y luego dice despacio:

—No deberías tomar helado si estás mal del estómago. Te acompaño al ascensor si querés.

Es tan terminante la forma en que me habla que todos nos quedamos paralizados. Gaby abre la boca pero no atina a decir nada.

Y en vista que las cosas están así planteadas me pongo de pie y me preparo para irme. No pienso quedarme donde no me quieren y no necesito que me lo digan dos veces.

Me despido de Gaby primero, dándole un abrazo.

—Buen viaje.

—Gracias —murmura, y me doy cuenta por su voz de lo confundida que está.

Cuando llega el turno de Paulina, dudo un instante y luego hago algo que me sorprende hasta a mí. ¿Así que el viejo cree que el amor puede destruirnos? Eso es porque no tiene ni idea del daño que puede causar el desamor.

—Que sigas bien —le digo mientras le doy un leve

golpecito en el brazo, totalmente impersonal.

Estoy tan perturbado por la conversación con mi padre, que le hago pagar a ella los platos rotos y lo peor es que no sé por qué.

Me dirijo a la puerta con una imagen clavada en el cerebro que estoy seguro que hará de mi noche un infierno: los ojos de Pau llenos de lágrimas.

Permanezco en silencio junto a mi padre a la espera del ascensor, y cuando llega me meto en él y antes de que las puertas se cierren le digo:

—Quedate tranquilo que antes de destruir a esta familia, prefiero hacerme mierda yo.

Cuando vuelvo al departamento, me fijo en los mensajes. Durante todo el trayecto me volvieron loco las notificaciones, pero no quise leer nada hasta llegar.

Ya el primero me deja perplejo. Y por lo que veo, los otros siguen la misma línea.

"¿Qué carajo le hiciste? ¿Qué le dijiste para ponerlo así de mal?"

Lo que me faltaba. Paulina cree que el culpable de todo soy yo. En lugar de preguntarme simplemente qué pasó, lo que hace es acusarme.

"¿Por qué no le preguntás a él qué me dijo? No hace falta, te lo digo yo: quiere que me olvide de vos".

La respuesta no se hace esperar:

"¿Lo provocaste? Porque estuvo muy amable durante toda la cena, y me ausento un minuto y cuando vuelvo lo encuentro con esa cara. Debe ser muy grave porque hasta te echó".

La putísima madre. ¿Así que se pone automáticamente de parte de él? Mirá qué bien. Maravilloso...

Me arranco la camisa con furia y me siento en la cama para contestarle.

"Lo puse en su lugar. Alguno de los dos tiene que hacerlo ¿no? Y en vista de que vos le consentís todo, tuve que ser yo. Decime, si papi no se opone ¿podremos vernos mañana? Te pregunto porque capaz que tienen planes"

Me quedo esperando. Golpeo los pulgares con furia contra el celular, pero nada. Carajo...

Finalmente llega y hubiese sido mejor que lo dejara ahí.

"Sos de lo peor. ¿Disfrutás siendo irónico cuando yo estoy sufriendo? ¿Querés hacerme sentir mal por querer a tu padre como si fuese también mío? ¿Estás celoso, es eso?"

Tengo ganas de tirar el teléfono por la ventana, igual que hizo ella aquel día pero me contengo. En cambio redoblo esta apuesta de mierda y escribo:

"¿Celoso? Para nada. Estoy contentísimo porque ustedes dos son tal para cual. Me enorgullece tener un

padre y una novia tan leales... uno con el otro, claro. Lástima que conmigo no lo son tanto..."

Esta vez responde al instante.

"Hacés bien en sentirte orgulloso de tu padre, porque es un gran hombre. Un solo detalle: novia ya no tenés. Tal vez hubiese sido mejor seguir actuando como hermanos".

Ahora sí que exploto. Lanzo el celular contra la pared con furia y me agarro la cabeza, desesperado. No sé qué hacer... Agarro las llaves del auto pero antes de salir me detengo, porque me doy cuenta de que así como estoy, si me presento en lo de Gaby seguro que me agarro a las piñas con mi viejo y a Paulina la secuestro.

Intento tranquilizarme. Levanto el celular y compruebo con asombro que ni siquiera se rompió el display. Sólo se salió la tapa y voló la batería, pero fuera de eso no hay daños. Por lo menos aquí no se ha perdido nada...

¿Podré decir lo mismo de mi relación con Pau? ¿Se podrá recomponer igual que el celular?

No sé cómo voy a hacer para esperar a mañana. Tengo que encontrar la forma de hablar con ella, de aclarar todo, porque si la pierdo me muero. Simplemente me muero.

Paso toda lo noche con un ojo en el celular esperando que Paulina reflexione y me pida disculpas. ¿O fui yo el que metió la pata y debería pedirle perdón?

No sé, ya no sé nada. O mejor dicho sí sé: que la vida sin ella a mi lado no tiene sentido

No tiene caso intentar conciliar el sueño cuando son ya las seis de la mañana, así que me levanto y me ducho.

Desempeño el espejo para mirarme y me asusta mi expresión de completa desolación. Los ojos hundidos, y también las mejillas. No me afeito desde ayer de mañana y la sombra oscura de la barba contribuye a darme ese aspecto demacrado que no me gusta nada.

Sigo desempañando y cuando veo el reflejo del tatuaje que llevo en el pecho no puedo contener las

lágrimas. Paulina...

Ella está tan grabada en mi alma como en mi cuerpo, y no puedo ni quiero que eso cambie. Amo a esa mujer, la adoro.

Deslizo mis dedos sobre su nombre... Qué mal estoy por Dios. Si hasta se me notan las costillas... Esto es sólo una muestra de en qué me voy a convertir si llego a perder a Pau.

No puedo más... Miro el reloj. Si me doy prisa puedo llegar a tiempo para verla antes de que entre al colegio y aclararlo todo. Si no lo hago creo que voy a enloquecer o morir de pena.

Cuando estoy en la esquina la veo bajar del auto de mi padre. La furia me ciega y no sé por qué, ya que no es la primera vez que la trae al colegio. Me detengo y aprieto el volante con fuerza... Él se va, pero Paulina no entra sino que se queda conversando con otras chicas. Se la ve triste o al menos es lo que quisiera ver. Necesito que me extrañe, y me muero por escuchar de su boca que está tan arrepentida como yo por la discusión de anoche.

La alcanzo en dos segundos y la tomo del brazo. Ella me mira y compruebo con enorme placer que sus pupilas se dilatan. La separo del grupo y no opone resistencia. Vamos bien, vamos muy bien...

Cuando estamos a una distancia prudencial de sus amigas, la encaro. No tengo nada preparado, ni una sola estrategia. Lo único que tengo es un dolor inmenso aquí

adentro que no me permite respirar.

Improviso. Le digo lo que me sale del corazón.

—Pau...por favor, olvidemos lo que pasó ayer. No quiero estar mal contigo, mi amor. Sos lo que más quiero en la vida y no puedo resignarme a perderte...

La veo pestañear rápidamente, pero es el movimiento de su boca lo que atrae mi atención y me hipnotiza.

—Yo tampoco quiero que nos separemos, pero...

Ese “pero” me mata. No quiero escucharlo, no lo resisto.

La agarro de los brazos y la beso en plena boca. Y ella me recibe con un gemido ahogado... Acepta la invasión de mi lengua sin reservas. Se entrega al beso con la misma pasión que yo.

—Cosa hermosa... Me muero por vos —le digo tomando su rostro con ambas manos.

Su respiración se acelera. Sólo un par de centímetros separan nuestras bocas, y no dejamos de comernos con los ojos.

Pero por alguna razón siento que todavía no está todo bien entre nosotros.

—No quiero que vuelvas a pelear con Andrés —me dice, y en ese momento no sé lo que me pasa.

La suelto y doy un paso atrás. Deslizo la mano por mi pelo mientras intento contenerme pero no puedo. Finalmente exploto.

—¿No podés ni siquiera besarme sin mencionarlo? ¿Me la vas a chupar con su nombre en la boca también?

No termino de decirlo y ya estoy arrepentido, pero me doy cuenta que no hay vuelta atrás.

Sobre todo cuando en lugar de una dura mirada me encuentro con sus ojos llenos de lágrimas, igual que ayer. Es la segunda vez en menos de veinticuatro horas que la hago sufrir y me quiero patear los huevos por eso. No tengo tiempo de pedirle perdón porque ella corre y desaparece tras la verja del colegio.

Me agarro la cabeza con las dos manos, avergonzado por esta nueva metida de pata. ¿Qué me pasa, carajo? Soy como una máquina de hacer cagadas imparable.

No queda nadie en la entrada del colegio. Sólo dos madres que me miran como si fuese el mismo demonio.

Me siento peor que eso, la verdad, así que me voy a la Facultad hastiado de mí mismo y de mi estúpido comportamiento.

Pero no me puedo concentrar pues todos mis pensamientos están con Paulina. Imposible olvidar su expresión de dolor, casi de espanto. ¿Por qué se me ocurrió decir ese disparate, Dios mío?

—Otero ¿usted qué opina? —Escucho que la profesora me nombra pero no tengo ni idea de a qué se refiere.

—¿Qué...opino? —pregunto para ganar tiempo,

bucear en las profundidades de mi cerebro y ver si puedo recuperar la información que solicita.

—Sí. Le estoy preguntando eso exactamente.

—Qué opino... —repito, mientras busco la forma más elegante de salir de esto sin quedar como un estúpido.

—¿Hablo en chino, Otero? Es sorprendente que se muestre tan dubitativo cuando justamente hablábamos del diagnóstico diferencial de la disfasia... ¿Su dificultad es en la comprensión o en la emisión?

Carajo. Estoy frito. Disfasia, disfasia... No sé de qué me habla, pero intentaré salir del paso.

—No opino porque no entiendo el concepto. Quizá tenga razón y experimente un trastorno en la comprensión. O tal vez sea usted tenga un problema en la emisión... La cuestión es ¿podría hacer el esfuerzo de explicarlo de nuevo de forma más clara, Profesora?

Qué capacidad de sacar de quicio a la gente tengo hoy. Primero Pau y luego la vieja esta... No aprendo.

—En lugar de hacerse el gracioso, Otero, le conviene ponerse a estudiar, que se ha ausentado más de la cuenta este semestre. Y haga lo posible por no vagar por la Vía Láctea cuando está en mi clase ¿entendido? —me dice, y yo siento que la saqué barata esta vez. Tengo que prestar más atención porque presiento que la próxima voy a salir peor parado todavía.

Pero aun así, vuelvo a la Vía Láctea a tratar de recuperar a mi estrella porque sin su luz yo no vivo.

Al mediodía ya no doy más, y vuelvo al colegio para esperar a Pau a la salida y pedirle perdón. Este terrible chaparrón que está cayendo puede ser una muy buena excusa para que se suba a la cafetera y tener una conversación tranquila.

Espero un buen rato pero no sale... Finalmente no tengo más remedio que preguntarle a la monja que riega las plantas. ¿No se da cuenta que acaba de llover?

—Disculpe ¿ya salieron los chicos de quinto científico?

Me mira por encima de sus anteojos con cara de estar oliendo mierda. Es la segunda vieja mal cogida que me atiende hoy.

—¿Quién pregunta, joven?

Carajo. No ligo una.

—Soy el... hermanastro de Paulina Lens.

—Ah. Ya salieron porque se inundó el gimnasio con esta lluvia, y se suspendió la clase de Educación Física.

—Gracias.

Lo dicho. No ligo ni una.

Llamo al portero de mi edificio por si a Pau se le dio por ir a buscarme allí, pero lo cierto es que no tengo muchas esperanzas de que así sea. Donofrio me lo confirma: ni rastros de Paulina.

Bien, no voy a tener más remedio que enviarle un WhatsApp. No quería, porque eso reduce mis chances de

que se muestre mínimamente receptiva a mi arrepentimiento. Confío en el poder de mis ojos más que en el de mis palabras.

“Pau... No sé qué me pasó esta mañana. Te pido que me perdones, por favor. ¿Dónde estás? Necesito verte. Te necesito...”

Espero uno, dos, diez minutos. Nada.

Entonces llamo a lo de Gaby. La empleada me dice que Pau no está allí tampoco. ¿Dónde carajo estará?

Llamo a Belén, su mejor amiga, pero me da ocupado. Es inútil insistir, porque seguro que va a estar hablando una hora. ¿Qué hago?

Ya sé. Ya me imagino dónde puede estar ¿dónde más? Con mi padre, en el restaurante. ¡Qué estúpido! ¿Cómo no me di cuenta antes? Le debe estar contando que rompió conmigo y él debe estar tirando fuegos artificiales.

Bueno, le voy a arruinar el festejo. Voy a ir, lo voy a enfrentar y me voy a llevar a Paulina.

Conduzco como un loco y sólo por milagro no atropello a nadie y no termino encastrado debajo de un bus.

Cuando llego voy directo a la oficina de mi padre dispuesto a todo, pero al entrar lo encuentro solo. Paulina no está...

—¿Dónde está Pau? —le pregunto sin rodeos.

—Buenos días, Ignacio. ¿A qué se debe el honor de tu visita? —me pregunta irónico, pero yo no desisto.

—¿Dónde está Paulina? —insisto.

—No es asunto tuyo, pero está en el colegio ¿dónde más?

—No está en el colegio. Estuve allá y me dijeron que salieron antes porque se suspendió la clase de gimnasia. ¿No vino para acá? —pregunto.

Intento disimularlo pero no puedo.

Una creciente inquietud comienza a invadirme y yo no lo puedo evitar.

—No. No vino para acá. Tal vez esté en lo de Gaby...

—No está en lo de Gaby. Ya hablé con Mecha.

Nos miramos a los ojos, y ambos lo vemos reflejado en los del otro. No es inquietud. Es miedo.

—Papá, localizó el celular.

No dice ni una palabra pero se lanza a la computadora y ataca el teclado. Y a medida que pasan los segundos la cara se le va transformando en una máscara cenicienta.

—Esto está mal. Está muy mal —murmura.

—¿Qué pasa?

—Está en movimiento, Ruta 5 hacia afuera... Voy a llamar a la policía ahora mismo —dice mientras toma el teléfono.

Y de pronto me acuerdo de la jugarreta del celular y la mochila de Belén.

—Esperá. Dejame llamar a Belén... —le pide

mientras saco mi móvil.

—¡No podemos esperar, Nacho! Hay algo que... Tengo miedo de que Arturo...

—No lo digas. Ni se te ocurra pensar en eso... Papá, a veces Pau le da el teléfono a Belén para que vos no la localices por GPS —confieso.

—¿Qué?

—Ahora no importa. Lo que te quiero decir que no te alarmes, que quizá no sea Pau la que está en la Ruta 5 sino Belén con su celular. La voy a llamar...

—No la llames desde el tuyo, dejalo libre por si se comunica. Decime el número...

—0994545731 —le dicto, y lo observo marcar en el teléfono de línea y poner el altavoz. Espero que Belén haya cortado por fin, por favor.

—¿Hola?

—Belén, soy el... —vacilo un segundo, pero luego me decido por algo neutral. —Soy Ignacio Otero.

—¡Nacho! ¿Cómo andás?

—Estoy buscando a Paulina. ¿Ella te dio el celular?

—No.

—¿Estás segura? ¿No lo habrá puesto en tu mochila y vos no lo habrás notado?

—No, porque le mandé varios mensajes y no me contestó. Si lo tuviese yo, hubiese escuchado la notificación. Además, ella nunca lo pondría sin avisarme. Las otras veces...

—Belén, escúchame. ¿Tenés idea de dónde está Pau? —interrumpo para que no entre en detalles que papá no debería saber.

—No, ni idea. Salimos antes del colegio, y yo me fui con Lucas... ¿Pasa algo?

—No sé... ¿No te dijo nada? Pensá, Belén, por favor —le ruego desesperado.

—Nada, Nacho. Me estoy empezando a preocupar... ¿No estará con Andrés o con Alejo? Ay, no. Cierto que Alejo no está... ¿En lo de Gaby? ¿Llamaste a lo de Gaby?

—No la puedo encontrar —le digo mientras intento no entrar en pánico. Para eso debo evitar como sea el mirar al viejo, porque sino vamos a desbarrancar juntos.

—¿Con el tío? ¿No estará con el tío?

Se me paraliza el corazón. Quiero hablar y no me salen las palabras. Finalmente lo logro.

—¿Qué tío?

—El otro día las chicas nos contaron que estuvo un señor preguntando por Pau. Dijo que era el tío...

—¿Sabés cómo era? ¿Paulina habló con él?

—No. Nos dijo que no veía al hermano de su padre, desde hacía tiempo. Que creía que no vivía en Montevideo y le pareció raro que preguntara por ella en la puerta del colegio. Al final no le dio importancia.

—Pero... ¿las chicas dijeron algo sobre él? No sé... capaz que mencionaron algo de su edad, estatura, algo que lo identifique...

—Dijeron que se veía muy mal. Como si estuviese muy enfermo...

El viejo no aguanta más y se pone de pie. Comienza a dar vueltas y vueltas por la oficina y yo me apresuro a despedirme de Belén y cortar la llamada.

—Dame las llaves de tu auto, papá.

—Voy contigo —declara tomando su saco.

—No, vos llamá a tu amigo el comisario de la doce...

—Lo llamo desde el auto. Dale, vamos.

—¡No! Tenés que quedarte y decirme por donde van. ¿Te fijaste si siguen en la Ruta 5?

Mira de nuevo y cierra los ojos.

—Sí, siguen hacia afuera.

—Bueno, llamá primero a tu amigo y luego me llamás a mí y me vas diciendo la localización —le digo con una firmeza que no sé de dónde saco. —Salgo, papá. Y te aseguro que vuelvo con Pau.

Esto último se lo digo a él, pero en realidad está dirigido a mí. Necesito tener esa certeza para no caer, porque estoy al borde del abismo y nunca me sentí tan mal. Ni siquiera cuando mi padre me dijo lo de la muerte de mamá y Clara. Ni siquiera en ese momento.

Estoy aterrorizado. Conduzco con la vista nublada y me paso la mano por los ojos una y otra vez. No quiero llorar. No debo llorar...

Lo único que tengo que hacer es lo encontrar a

Paulina, porque esto sí puede acabar con nuestra familia.
Más que eso: esto puede acabar con nuestra vida entera.

—¿Siguen en la misma dirección?

—Sí. Parecen ir bastante despacio.

—¿En qué kilómetro van?

—Veintiocho o treinta. Ignacio, no corras.

Tranquilízate, por favor...

—Es fácil decirlo pero no hacerlo. Estoy en el veinticinco, papá.

—¿Qué? No puede ser que ya estés ahí. ¡Reducí la velocidad! ¿Te querés matar?

—Me voy a querer matar si le pasa algo a Pau. No estoy viendo ningún helicóptero de la policía, papá.

—Esto no es CSI Miami, Ignacio. Mi amigo me dijo que iban en camino pero no creo que sea por aire.

—¡No veo ninguna patrulla tampoco!

Estoy desesperado y pierdo el control en cada kilómetro que avanzo. Me salteé todos los semáforos en rojo. Avancé zigzagueando por la ruta en dónde había más tránsito, pero ahora que nos vamos alejando de la ciudad, cada vez veo menos autos.

Piso el acelerador y vuelvo a preguntar.

—¿Dónde están?

—Treinta...

—Carajo...

—¿Qué pasa?

—No hay nadie. Estoy muy cerca, y veo vehículos hacia la ciudad pero hacia afuera ninguno —le informo, nervioso.

Y para colmo comienza a llover otra vez y la visibilidad se reduce.

—Nacho, más despacio que la carretera puede estar resbaladiza. Cuidado con los espejos de agua y con...

No lo dejo terminar.

—No me jodas.

Papá comprende, lo sé. Es el único en este momento que puede sentir algo como lo que yo siento, y eso me hace acercarme a él, a pesar de que me estoy alejando de la ciudad a pasos agigantados. De pronto todo lo que nos separó, desaparece. Somos dos hombres queriendo a alguien más que a la propia vida. Él a Pauli, su nenita. La hija de la mujer que ama, y que además es sorda como él lo fue durante toda su adolescencia. Su compañera en la

cocina del restaurante. Yo, a mi mujer. A la que amo desde que la conocí, primero como un amigo, y luego como hombre. La luz de mis ojos, mi único motivo para seguir adelante y no dejarme llevar por la desesperación que amenaza con paralizarme.

De pronto veo un vehículo.

—Papá, veo un Renault Megane verde. Estoy en el treinta y dos, a tres del Parque de los Recuerdos.

—¿Del cementerio?

—Sí.

—Bueno, tiene que ser ese porque el GPS ubica el teléfono exactamente allí. Cuidado, Nacho. Con calma — me pide, pero no le hago caso y acelero.

Desde atrás veo que conduce una mujer de cabello oscuro, y va sola.

—No es este, papá. Es una mujer y no va acompañada. Fijate bien.

—Está ahí, Nacho. Avanza despacio pero la señal es clara. Mirá si no hay otro auto...

No hay. No hay, mierda. Miro más allá, y el único vehículo es el que tengo adelante.

Estamos llegando al cementerio parque, y la mujer se adentra en él.

—El Renault entró al cementerio.

—Ya lo veo. Seguilo,

—Pero va sola, Pau no está...

—Seguilo, Ignacio.

Obedezco. Entro al cementerio a una distancia prudencial. Damos unas cuantas vueltas y de pronto se detiene frente a un sendero.

Para que no se dé cuenta de que la sigo, doblo a la izquierda y me paro delante de una lápida.

Papá me habla a través del manos libres del auto, como lo hizo durante todo el trayecto.

—Se detuvo.

—Lo sé. Estamos en el cementerio parque y estoy mirando a ver qué hace.

—¿Le habrá robado el celular a Pau? ¿Será eso?

—Espero que sea eso, y que ella esté en la casa de alguna amiga en este momento.

O en casa de un amante. Donde sea, pero que esté bien, que es lo único que me importa.

—La estoy vigilando, papá. Y me voy a acercar para encararla cuando salga del auto.

—No te vuelvas loco, hijo. Tranquilo. —me recomienda.

Por el espejo del retrovisor veo cómo la morocha desciende. Se pasa la mano por la cara, y tengo la sensación de que está llorando, cosa nada inusual en este lugar.

Y de pronto me acuerdo de que aquí yacen mi madre y mi hermana. Nunca visité sus tumbas luego del sepelio. No me gustan los cementerios, y siempre tuve la sensación de que allí no había ni rastros de la gente que

amé.

La mujer rodea el auto y se detiene ante el baúl.

Y cuando veo que adentro de él tenía a Pau, un sudor frío me corre por la espalda y se me dificulta hablar.

—Papá... Pau...

—¿Qué pasa?

—La acaba de sacar del baúl del auto. Está bien, camina y se la ve asustada. Voy a bajar a...

—Escuchame, Nacho. Escuchame bien lo que te voy a decir. No intentes nada porque puede estar armada. No te olvides que obligó a Pau a meterse allí; ella no lo hubiese hecho si no estuviese amenazada —me advierte mi padre y su voz suena extraña. Creo que está a punto de llorar.

—¿Qué hago? ¿Qué mierda hago?

—Si podés acercate sin que te vean y esperá la oportunidad para actuar. La policía va en camino. Con calma, hijo.

Bajo del auto lo más sigilosamente posible. Lo dejo abierto para no hacer ningún ruido y me aproximo agazapado entre las tumbas.

La mujer camina con Paulina del brazo, hasta que llegan a una lápida en un pequeño predio verde.

Yo las sigo de cerca, ahora oculto por pequeños arbustos. Estoy a menos de dos metros, y observo como la mujer obliga a Pau a arrodillarse frente a la lápida. No

puedo verle la mano derecha, así que no sé si tiene un arma, pero sin duda la está amenazando porque con el genio que tiene Pau, si no fuese así ya le hubiese dado un tortazo.

Estoy temblando como una hoja, pero intento aguzar el oído y escuchar lo que está diciendo la mujer. Ahora que está de perfil su rostro me resulta vagamente familiar.

—Por tu culpa... y por culpa de tu madre, mi papá se murió...

Pau no dice nada. Permanece de rodillas, con la mirada baja, y la mujer continúa.

—Si no lo hubiesen mandado a la cárcel, no le hubiese dado ese cáncer de mierda.

Y ahí me doy cuenta, recién ahí caigo: esa mujer es Malena Garcés, hija de Arturo y prima de mi madre. Hace años que no la veía y está muy cambiada, pero es ella. Trago saliva, completamente aterrado. Quiero salir de mi escondite y terminar con esto, pero tengo miedo de que esté armada como dijo papá, y le dispare a Pau. Tengo que contenerme y tratar de descubrir si es así.

—Yo no sabía nada... —dice Pau con voz calmada.

—Claro que no sabías. Andrés y Gabriela te mantienen en una burbuja para que nada te toque. Nada salvo Ignacio, que te ha metido mano de lo lindo... Sos una pendeja puta, igual de puta que tu madre.

Aprieto los puños con fuerza cuando veo que Paulina vuelve la cabeza y la mira con furia.

—No nos vuelvas a insultar. Ni siquiera nombres a... —dice con voz helada.

—Callate. No estás en posición de amenazarme. Te traje acá primero que nada para cumplir con el pedido de mi viejo, así que empezá por pedirle perdón por todo lo que le hizo tu familia.

—¿Perdón? No sé por qué tendría... —dice Pau con el ceño fruncido. ¿Por qué tiene que ser tan audaz? Que la complazca, por Dios. Y que Malena se de vuelta para ver qué tiene en la mano.

—Sos una atrevida. La verdad es que tu madre tendría que estar acá, pero vi que se fue con la valija y no pude hacer nada. Luego te vi salir con Andrés y se me ocurrió que vos ibas a pagar por todo lo que nos hicieron... Te vi también a los chupones con el hijo de Mariana... Me hizo mucha gracia. El chico está que se parte de bueno, y supongo que Andrés no debe saber que te está volteando delante de sus narices... Bien merecido lo tiene, por basura —dice sonriendo.

—No entiendo... No sé qué querés que haga, qué querés que diga —La voz de Pau ya no suena tan firme como hace un momento. Y yo sigo sin poder ver qué es lo que tiene Malena en la mano.

—¿Qué quiero? ¿Sos sorda? Ah, sí. Cierto que lo sos, pero hasta en eso tuviste la suerte de que se hiciera el milagro. Milagro que financió Andrés, por supuesto. Te paga el aparatito ese que costó un dineral, y manda preso

a mi padre por unos pocos pesos...

—No sé de qué me hablás...

—Yo te lo voy a decir: todo estaba perfecto hasta que tu mamita y vos aparecieron en escena. Andrés enloqueció y se volvió en contra de su propia familia. Mandó a la cárcel a mi padre porque le faltaron unos miserables dólares en los balances que Gabriela le presentó. Hizo que lo acusaran de la muerte de un degenerado, un delincuente de lo más bajo... ¡Mi papá vinculado a eso! Lo acusaron de cosas horribles. En la cárcel lo... Le hicieron cosas que... El cáncer... ¡Todo por culpa de ustedes! ¡Por culpa de tu madre y de Andrés se murió mi papá! —exclama llorando, y luego le agarra el pelo a Pau y tira mientras grita: —¡Pedile perdón por lo que le hicieron!

En ese momento se desata en mí un instinto asesino. Me olvido de lo que me dijo el viejo. No tengo idea de lo que tiene en la mano derecha pero sí sé lo que tiene en la izquierda: el cabello de Pau.

Salgo del matorral que me cubría y en un segundo tengo el cuello de Malena en mi mano. La elevo en el aire y ella grita. Me doy cuenta de eso porque veo su boca abierta y su rostro aterrado, pero lo cierto es que no escucho nada y lo veo todo rojo.

De pronto la visión se aclara, y siento que Pau grita también. Y también siento algo más... en mi vientre. Es extraño... Me doy cuenta de que me hizo daño, mas no

siento dolor y sigo aferrando su cuello. Pero las fuerzas me van abandonando... Con el poquito que me queda la dejo caer, y miro a Paulina que se tapa la boca y llora.

Malena yace en piso con el rostro morado, tosiendo mientras intenta recuperarse. Yo no siento nada, no me duele nada... Lo único que necesito es a Pau.

Caigo de rodillas junto a ella...

—Mi amor... —murmuro.

Ella mira hacia abajo y yo hago lo mismo. Sus manos están en mi vientre cubiertas de sangre. El corazón se me acelera, pues tardo unos segundos en darme cuenta de que es mía. Gracias a Dios es mía y no de ella.

—No, por favor, no —dice entre sollozos que me llegan al corazón.

La sangre sale de mi cuerpo y corre por las muñecas de Paulina, que no deja de llorar.

Y de inmediato comienza el baile. La policía está aquí y también una ambulancia. Quieren separarme de Pau, pero ella no me suelta la mano en ningún momento.

—Te vas a poner bien... Te vas a poner bien... — repite sollozando. Por el rabillo del ojo veo que se llevan a Malena esposada. Cuando vuelvo la cara para mirar, la están metiendo en la patrulla.

—¡Perdón! ¡No sé lo que me pasó! —grita, pero el policía le pone una mano en la cabeza y la obliga a subir.

—¿Qué me...? —intento preguntar pero tengo la boca seca.

—Un cuchillo de cocina, de los de sierra. Afortunadamente parece que no fue profunda la herida, así que vas a estar bien. Te llevamos al hospital para evaluar el daño y repararlo. Tal vez necesites cirugía —me dice uno de los paramédicos.

—Okey... —murmuro, y luego vuelvo mi rostro a lo único que me importa en la vida.

—Pau...

—¿Te duele, mi amor? —me pregunta con un hilo de voz.

—No... casi nada. No te preocupes que no es serio, ya escuchaste lo que dijeron. ¿Vos estás bien?

Sacude la cabeza asintiendo y sus lágrimas salpican mi rostro. Siento la humedad en mi boca y no puedo evitar chuparme el labio inferior para bebérmelas. Si hay algo que puede hacer que me sienta mejor, es intercambiar fluidos con esta belleza. Así que sin importarme que voy en una ambulancia acompañado de dos paramédicos, extendiendo el brazo, la agarro de la nuca y le como la boca.

No debo estar tan mal porque automáticamente tengo una vergonzosa erección que no me abandona en todo el trayecto al hospital.

En la puerta de Emergencias nos espera papá. Nunca lo había visto tan mal... Ni siquiera cuando... Ni siquiera en ese momento mi viejo estuvo tan desesperado como ahora. Ni bien entramos se abalanza sobre la camilla y me pregunta como cien veces si estoy bien.

Cuando le digo que sí, hace otro tanto con Pau. Pero no se conforma y luego ataca a los paramédicos.

—Papá, mirame. ¡Papá! Tranquilízate. Estamos bien. Los dos estamos bien —le digo, casi que le grito.

—Te acuchilló esa hija de puta... —murmura mientras me besa la frente.

—Bueno, no le des color. Me dio un puntazo con un *Tramontina* de sierrita. Ni siquiera me duele —lo tranquilizo.

—Si no la hubieses tenido agarrada del cuello te hubiese matado, Nacho. No tenía fuerzas por no tener punto de apoyo y eso te salvó la vida. ¿No te dije que no te acercaras, que podía estar armada? —me reprocha.

—Me lo dijiste. Pero tenés que saber que no siempre hago lo que me ordenás —le digo intentando sonreír, y por el rabillo del ojo veo como Pau se pone colorada como un tomate.

—Espero que no sigas siendo así de desobediente, por tu propio bien. —replica él, pero no hay un solo indicio de que esté disgustado por la indirecta.

Aparece un médico, y me mete en una sala así que no puedo seguir hablando. Vuelvo la cabeza mientras me llevan y veo como el viejo abraza a Paulina y le besa la frente una y otra vez.

Pero en esta ocasión eso me llena de alegría...

Presiento que todo va a cambiar en esta familia, y que sin duda será para bien.

Antes de abrir los ojos percibo su perfume. Inspiro profundo y me deleito con la certeza de que ella está aquí.

—Nacho...

Tiene carita de preocupada. Odio hacerla sentir mal una vez más... Parece que no hago otra cosa últimamente.

—Estoy bien, Pau —le digo para tranquilizarla, pero lo cierto es que no lo sé. No me siento mal, no me siento bien... Me siento raro. —¿Me... operaron?

Recuerdo que me dijeron que me iban a dar un sedante, y luego la oscuridad. Ahora entra papá en mi campo visual. También parece preocupado... ¿estaré jodido en serio?

—Sí, hace un rato saliste del quirófano pero quedate tranquilo que todo está bien —me dice

acariciándome un hombro.

—Decíselo a tu cara, papá. Por un momento creí que estaba en las últimas... —le reprocho sonriendo.

—Perdón, Nacho. Querían evaluar los daños, y consideraron que lo mejor era meterte en block quirúrgico... Confirmaron que lo que vieron en las placas era cierto: el cuchillo penetró unos pocos centímetros, lo hizo en diagonal, y no causó daños en órganos vitales. Te pusieron unos puntos y vas a tener que estar unos días en reposo. Y te va a quedar una linda cicatriz de la que podrás presumir por ahí —me explica.

Y cuando menciona lo de la cicatriz de pronto recuerdo que en mi pecho hay otra marca. Miro hacia abajo y alcanzo a ver el tatuaje... Tanto papá como Pau siguen la dirección de mi mirada. Ella se pone roja y él mira para otro lado. No quería mostrar el regalo de Pau hasta el verano, porque esperaba que para esa época él se habría hecho a la idea de lo nuestro, pero dadas las circunstancias...

—Lindo tatuaje —dice papá y luego mueve la cabeza, pone los ojos en blanco y se va. No sé Pau, pero yo interpreto eso como una buena señal, y eso basta para que en mi rostro se pinte una sonrisa.

Vuelvo la cabeza a los lados para comprobar que estamos solos. Sí... así es.

Paulina se sienta en la cama y me acaricia la cara, el pelo, los labios. Se inclina y me besa dulcemente, pero

a mí me despierta un apetito voraz.

Introduzco la lengua en su boca y ella responde.

Tengo sed, pero de Pau. Es la única que puede saciar cada una de las necesidades de mi cuerpo, y también las de mi alma, y por eso la tengo tatuada en ambos para siempre.

Quiero más, así que intento incorporarme para...

—¡Au! —Esto duele mucho. La suelto y me tiendo en la cama jadeando.

—¿Qué pasa? ¿Llamo al...?

—No, no es nada. No llames a nadie, mi amor...

Le gusta que le diga así... Lo noto en su mirada y eso me llena de alegría.

—... ¿Seguís siendo "mi amor", verdad? —pregunto por las dudas. —Decime que no es cierto que preferirías ser mi hermana y no mi novia...

La veo morderse el labio inferior, y mi pene acusa el gesto de una forma violenta. Lo que me faltaba... Una erección cuando seguramente estoy desnudo, y cubierto nada más que por una fina sábana.

—Estaba... enojada. Pero ya no, Nacho, ya no. Lo que hiciste por mí...—se le quiebra la voz pero sigue adelante. —Me salvaste la vida...

Y ahí sí que las lágrimas que venía conteniendo, afloran.

—No llores, cosa hermosa —le pido mientras intento acariciarla. Me detengo a mitad de camino cuando

noto que tengo una aguja clavada en mi mano, por la que me pasan suero, parece.

—Me encanta que me digas así... —murmura mientras intenta serenarse. —Y si no fuera por vos, quien sabe si yo estaría viva...

—No lo digas. No quiero ni siquiera pensar en esa posibilidad —le pido, angustiada. —Pau, contame como fuiste a dar al baúl de esa basura de Malena Garcés.

Mueve la cabeza y cierra los ojos.

—Por estúpida. Salía del cole porque se suspendió Educación Física. Me quedé un poco rezagada de las chicas porque quería enviarte un WhatsApp. Mi intención era ir a tu departamento y aclararlo todo porque ya no podía más... No pude terminar el mensaje porque escuché que me llamaban. Cuando me di vuelta no la reconocí. Pasaron tantos años... Creo que la última vez que la vi, fue cuando los abuelos cumplieron cincuenta años de casados.

—Sí, ella estaba allí en la fiesta. Hizo tremendo papelón en el escenario... —recuerdo de pronto. —Y tenés razón, hace un montón y vos tenías once años, es natural que no la reconocieras.

—Sin embargo, su rostro no me era del todo desconocido, Nacho. Y cuando me dijo que era parienta tuya, enseguida me acordé de ella. "Sos Paulina ¿verdad?" me preguntó. Le contesté que sí. "¿No te acordás de mí?" me dijo. "Soy la prima de la mamá de Nacho". Y ahí fue que me di cuenta de que era la del

restaurante.

—¿Qué más te dijo, Pau? Tuvo que ser algo muy convincente para lograr que la acompañaras... ¿O te llevó por la fuerza la hija de puta esa?—pregunto ansioso.

—Me dijo lo más convincente del mundo: que vos habías tenido un accidente con la cafetera, que ella lo presenció de casualidad, y que antes de desmayarte le habías pedido que me viniera a buscar y me llevara al hospital —me explicó. —Ya sé que es la mentira más vieja que existe, pero como de verdad la identifiqué como familiar, no lo pensé dos veces y subí a su auto...

—¡Qué pedazo de...! —exclamo, indignado. Y de inmediato, la herida de mi costado me llama al orden. Tengo que sosegarme.

—Por favor, no te pongas mal... La estúpida fui yo por creerle. Me habló todo el camino sin parar, contándome detalles del supuesto accidente. Me dijo que el auto quedó destrozado pero que vos ibas a estar bien. Yo lloraba desesperada... Quise enviarte un mensaje pero ella me aclaró que el celular se te había roto. "Tengo los pedazos en mi cartera" me dijo. "Después te los doy a ver si pueden recuperar el chip". También me dijo que tu papá iba en camino. De verdad era muy convincente...

—Es una hija de puta, Pau. Y estaba decidida a llevarte con ella...

—Sí. Al principio no me di cuenta, pero cuando empezamos a alejarnos del centro intuí que algo no

andaba bien. Le pregunté a dónde íbamos y me dijo que al hospital de Las Piedras, que te habían llevado allí porque el accidente fue en la ruta, no en la ciudad. Me pareció extraño que anduvieras por ahí, pero no dije nada.

—La catramina no hubiese soportado que hiciera ruta...

—Por eso me pareció raro. Pero cuando de verdad me puse nerviosa fue cuando no me permitió que leyera los mensajes de mi celu.

—¿Qué te dijo para que no lo hicieras?

—Me dijo que le diera el teléfono. Y no sé por qué, pero le hice caso. Lo guardó en el bolsillo de la puerta, y cuando le pregunté por qué, me dijo que no quería que me pusiera histérica si recibía una mala noticia... "Pero vos me dijiste que Nacho iba a estar bien" le reclamé. Y ella me contestó "Todo puede cambiar en un instante"...

—Y ahí te asustaste...

—Mucho.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije que parara, que me quería bajar, pero me ignoró. A esa altura ya estaba al borde de la histeria, así que cuando vio que intentaba abrir la puerta del auto, se detuvo y me agarró del pelo. Intenté mirar si alguien podía vernos y saliera a defenderme, pero no había nadie. Llovía mucho...

—¿Te lastimó, Pau? Decime la verdad... — pregunto. La angustia crece segundo a segundo con su

relato.

—Sólo me sacó del auto agarrada de los pelos. Yo intenté resistirme, pero ella me arrastró y me obligó a meterme en la valija... Me dijo que tenía un cuchillo y que lo iba a usar si era necesario. Le pregunté qué quería y no me respondió. Le dije que si era plata lo que buscaba, que llamara a Andrés, pero su respuesta fue cerrar el baúl de un portazo. Así que me quedé ahí, llorando desesperada... No tenía idea de lo que quería hacerme esa mujer, pero estaba segura de que no era nada bueno —murmura.

La herida de mi costado hacía rato que me venía ardiendo, pero ahora era mi corazón el que sangra por Pau, y el horrible momento que tuvo que pasar.

—Y luego, por lo que me contó Andrés mientras te operaban, sucedió lo que vos viste. Cuando abrió la valija me mostró el cuchillo, y por eso le hice caso y caminé con ella. Me devanaba los sesos pensando... ¿Por qué esa mujer estaba tan enojada conmigo? ¿Qué le había hecho? Y lo peor de todo, Nacho, ¿qué me iba a hacer? Miré a mi alrededor y no vi a nadie, así que, amenazada por el cuchillo no tuve otra opción que hacer lo que me decía...

—Hiciste bien, Pau.

—Le agradezco a Dios que estabas ahí, y la detuviste. Y también le agradezco que hayas sobrevivido porque sino me hubiese muerto contigo... —me dice angustiada. Se pone a llorar de nuevo y yo intento consolarla, acariciándola con la otra mano, pero cada

movimiento me causa mucho dolor. Voy a tener que hacerlo con palabras, porque estoy hecho un despojo humano.

—Mi amor... Tranquila... Ya pasó todo, y ambos estamos bien. Esa mujer va a ir a la cárcel o al manicomio y ya no podrá hacernos nada. Se ve que la muerte del delincuente de su padre le trastornó el cerebro —le digo, pero siento unas ganas enormes de abrazarla, y no puedo. Eso es una tortura para mí.

—Sí... Andrés me dijo lo que hizo el tal Arturo, y cómo mamá lo encaró... ¿Por qué no me contaste nada, Nacho? Nunca supe que habían pasado por un momento tan horrible. Mamá tampoco me dijo nada...

—Eras muy chiquita, Pau. ¿Para qué contarte detalles truculentos? El tipo era una porquería, un chantajista, un vicioso, un asesino. Tu mamá la pasó muy mal bajo sus amenazas... Le dijo que si hablaba te iba a hacer daño a vos. Yo escuché todo eso detrás de una puerta... —le confieso.

—Andrés me lo contó hace un rato... No puedo creer que exista gente tan mala...

—Pero sí existe... Pau, olvidémoslo todo ¿sí? Yo me voy a poner bien, y esto que pasó lo podemos enterrar bien enterrado, como estuvo hasta ahora... —le propongo.

—Sí... Pero enterrémoslo cuando vuelva mamá, porque Andrés se hizo el boludo y le aseguró que estaba todo bien, cuando llamó. "Sin novedad en el frente" le

dijo el muy caradura. Así que cuando regrese le vamos a tener que contar todo...

—Le van a dar tres ataques. Tenemos que ser muy cautelosos al decírselo para no impresionarla —le digo sonriendo. Y esta vez, a pesar de la aguja y el suero, logro acariciarle el pelo. No llego hasta la cabeza, pero sí alcanzo a tocarle las puntas, justo a la altura de sus senos. Con el dorso de la mano rozo su cuerpo y ella gime.

Se inclina y me besa la frente, y luego va bajando... Sus labios en mis párpados cerrados, en mi mejilla, en mi boca... Esta vez no me deja meterle la lengua, y se retira unos centímetros para evitarlo. Pero permanece allí, bebiéndose mi aliento y regalándome el suyo.

—El doctor dijo que tenés que estar tranquilo y que en un par de días vas a estar como nuevo...

No puedo evitarlo. Sé que es una grosería hacerlo, pero me muero de ganas. Le agarro la mano con la que me está acariciando el pelo, y la hago descender hasta mi pene.

Tengo una erección como para foto de revista porno. Debo haber logrado con la sábana una tienda de campaña como para ocho personas. Ella intenta retirarla, pero no se lo permito.

La herida me duele bastante, pero no desisto.

—Explicame cómo puedo estar tranquilo, si cuando te tengo cerca me pasa esto —susurro.

—Nacho...

—Decime...

—Cuando te recuperes te voy a hacer de todo —me promete sonriendo.

—Me voy a recuperar más rápido si vos me... — comienzo a decir pero me interrumpo porque se escuchan voces y entra papá con la abuela. ¿Y yo qué hago con este paquete?

Pau me saca del apuro, cubriéndome con su cuerpo mientras sube la manta.

—Ahora vas a estar más calentito —me dice la muy descarada guiñándome el ojo.

Y luego la abuela me ataca. Literalmente.

Me llena de besos y de preguntas, mientras papá nos observa a Pauli y a mí con suspicacia.

Daría un millón de dólares por saber qué está pensando.

Despierto sobresaltado, y con la sensación de que algo anda mal. Y no me equivoco... A los pies de la cama está mi padre con los brazos cruzados sobre el pecho.

Lo veo más serio que de costumbre, y cuando miro a quién tengo durmiendo en mi cama me doy cuenta del motivo.

A mi lado, Paulina descansa de costado, vuelta hacia mí, con el rostro contra mi hombro. Su tibio aliento me acaricia la piel, y una de sus piernas cruza las mías. Está vestida, gracias a Dios. Pero con las manos entrelazadas, y apretados en una cama de una plaza, no podemos estar más unidos.

Es mi cama, la que aún conservo en el departamento de papá. Ayer salí del hospital, y todos insistieron para que pasara mi convalecencia dónde pudieran cuidarme

bien. No pude negarme... ¡Ni loco iba a desaprovechar estar cerca de Pau! Pero parece que lo estamos demasiado en este momento, a juzgar por la cara del viejo.

—Papá, no sé cómo...

—Me imagino. No sabés cómo vino a parar Paulina a tu cama.

—No pasó nada, en serio...

—Ya lo creo que no pasó ni va a pasar. Primero porque no estás en condiciones, y segundo porque ya quedó más que establecido que esta criatura es...

—No quiero que digas que Pau es como mi hermana nunca más —lo interrumpo. Mi voz suena calmada y segura pero la verdad es que no lo estoy. Es sólo para no despertar a Paulina que hablo así. —Es imposible que después de todo lo que pasó, sigas pensando en eso...

—Iba a decir que es menor de edad, pero no me dejaste. Ya sé que te permitiste seguir adelante con esto y me parece una locura...

—¿Por qué?

—¿No hablamos de esto ya?

Lo hablamos, es cierto, pero nunca nos pusimos de acuerdo. Y creo que ha llegado el momento de poner blanco sobre negro. Despacio rompo el contacto con Pau y me levanto de la cama. Ella protesta en sueños, y se abraza a la almohada sonriendo... Es una visión tan hermosa, que por unos momentos no hacemos otra cosa que observarla.

Pero para mí es necesario tener una conversación adulta con mi padre ahora mismo.

—Vamos a la sala —le pido, y antes de que pueda protestar, salgo y allí lo espero.

Viene con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

—¿Y bien?— me dice alzando las cejas. —Te advierto que nada de lo que me digas me va a hacer cambiar de opinión con respecto a...

—¿A qué le tenés miedo, papá? —Me sorprendo hasta yo con la pregunta, porque nunca pensé en encarar esto así.

Lo veo contrariado, pero se repone.

—¿Miedo?

—Sí, miedo. Es evidente que estás aterrado con la idea de que Paulina y yo tengamos una relación.

Duda un instante y luego asiente.

—Sí, es posible que tenga miedo. Y también es evidente el motivo: Paulina es una adolescente, es menor de edad, no tiene la madurez para encarar una relación con alguien y mucho menos si ese alguien es hijo mío, y la vio crecer. Tengo miedo de que se dejen llevar por la calentura, y se destrocen la vida siendo padres antes de tiempo —me dice muy seguro de sí.

Lo escucho, pero tengo la sensación de que eso no es todo, y se lo digo.

—Me parece que hay algo más, papá. Ese miedo lo

deben tener todos los padres, pero nunca llegan al extremo de la obsesión, como vos.

—Es que a ninguno le debe pasar que su hijo se enamore de alguien que también consideran hija suya — replica.

Bueno, esto es un adelanto. Asumir que estoy enamorado es un gran avance, de verdad.

—Ese miedo es algo que es muy tuyo, y que tenés que aprender a manejar. Te lo digo bien, sin ánimo de pelear como la otra vez, que de verdad me desubiqué bastante —admito. —Pero creo, mejor dicho siento, que vos tenés otros miedos...

—No sé qué...

—...Y me parece que tienen que ver con la fantasía de que esto podría destruir a esta familia —termino de decir, interrumpiéndolo.

Se queda en silencio y luego se vuelve. Mira por la ventana y no sé qué carajo piensa en este momento.

—Es cierto. Y no es una fantasía...

—¿Por qué te da miedo eso, papá? ¿Por qué pensás que es posible algo así?

—Ignacio, si esto no resulta, y hay grandes chances de que no lo haga, ¿cómo vamos a recomponer los lazos que teníamos? ¿Van a quedar como amigos, como hermanos o cómo qué? —me dice mientras me encara y me mira a los ojos.

—Esto va a resultar. No tengas miedo, por favor...

—le pido, conmovido por sus palabras.

—¿Y si no resulta, Nacho? ¿Y si Pau conoce a otro y se enamora? ¿Si a vos te pasa lo mismo? ¿Cómo quedamos todos con esto? Entendelo, no sería sólo un fracaso de ustedes; peligra nuestra familia si eso ocurre...

—No te tortures con eso... Para mí no existe esa posibilidad y voy a hacer lo que sea para que no le pase a Pau. Pero tenemos que cruzar ese puente cuando llegue el momento, si es que llega algún día. Vos siempre me lo dijiste, pa —murmuro al borde de las lágrimas.

Por alguna razón siento que estamos muy cerca mi viejo y yo. Cerca de matar los miedos, de hablar con el corazón y no con la cabeza.

—Es cierto pero...

—¿Pero qué? —pregunto con voz ahogada por el llanto.

—Si ustedes terminan mal, yo...

—Decímelo, papá, por favor.

—Gaby... No quiero perder a Gaby, Nacho. Me muero si eso pasa...—me confiesa con la mirada turbia por las lágrimas.

Por fin sale la verdad, Dios mío. Por fin afloran los miedos más profundos de papá. Y entiendo ¡vaya si lo hago!

¿Cómo no entenderlo si estoy tan enamorado como él?

Nuestros ojos se encuentran y también nuestras

almas.

—Papá...

—Perdoname, pero no puedo soportar siquiera en pensar en esa posibilidad. Me siento mal por decirte esto porque ella no es tu madre y tal vez lo sientas como una falta de respeto hacia su memoria, pero...

—No lo siento así, en serio.

—¿Entendés ahora, Nacho?

Suspiro.

—Entiendo, claro que entiendo. Pero no puedo dejar de amarla, papá. Y también adoro a Gaby, y sé lo que se siente cuando tenés miedo de perder a la persona que más querés en este mundo...

—Entonces...

—Vamos a tener que aprender a vivir con eso. Vos y yo, pa —le digo simplemente.

Inspira profundo y baja la vista.

Pasan los segundos y no dice nada. Yo tampoco lo hago, simplemente espero.

—Es muy chica para tener novio —dice finalmente, y me doy cuenta de que no quiere seguir hablando de lo que más teme.

—La madre está de acuerdo, y si querés llamo a su padre a Montpellier...

Frunce el ceño, disgustado.

—No es necesario. Tengo que... Tengo que pensar en esto, Nacho. No me pidas que lo acepte de buenas a

primeras porque no puedo hacerlo. Ni siquiera puedo hacerme a la idea...

—Está bien. Pensalo, digérselo. Y otra cosa...

—¿Qué?

—Nunca vas a perder a Gaby porque sé que te quiere tanto como vos la querés a ella —le digo con sinceridad.

Se acerca y me pone la mano en el hombro.

Y luego me sorprende dándome un beso. Un beso en la frente... Por primera vez en mucho tiempo siento que tengo enfrente a mi papá.

Y eso me hace muy pero muy feliz.

—Cuidate. El médico te mandó reposo...—
murmura.

Mientras se va, igual que como vino con las manos en los bolsillos, yo me quedo con la certeza de que nada ni nadie podrá destruir a esta familia.

Sólo lo acepté porque fue Gaby la que me lo dio. Fue muy convincente... Más que eso; realmente me metió tanta presión que tuve que decir que sí. Obvio que se lo voy a pagar, de a poco pero lo voy a hacer, y con algo más que "haciendo feliz a Pau". Eso ya está establecido; mi única razón para vivir es esa.

Pero resulta que la seguridad de Pau se ha transformado nuevamente en prioridad uno para esta familia, así que vendimos mi cafetera -el escarabajo que heredé de Alejo- y Gaby me compró un Ford Fiesta usado pero impecable. Hasta sistema start-stop tiene. "No quiero que la nena se suba más a esa catramina... ¡ni siquiera tiene airbags!" fue su argumento imposible de rebatir. Cierto que la nena de nena no tiene nada, y hasta lleva sus

propios airbags puestos y con ellos me vuelve loco, pero eso no es algo que se le pueda replicar a una madre.

Así que dije que sí a todo y aquí estoy, manejando bajo una lluvia torrencial para ir a buscar a mi colegiala preferida a su clase de inglés, y llevarla a mi departamento donde nos esperan Gaby y papá para cenar.

Mientras espero en un semáforo, enciendo la radio para oír el informe del tiempo. No suelo escuchar música porque a Pau le molesta. Parece que siente como un eco extraño, una vibración intensa que la pone muy incómoda, así que yo desterré la música de mi vida desde hace un montón. Lo único que parece poder tolerar, es cuando el viejo canta a capela. Eso sí el implante logra decodificar perfectamente, pero si le agrega algún instrumento como el bandoneón, ella apaga el aparato al instante.

Intento sintonizar el canal de noticias, pero me detengo en Metrópolis F.M. La inconfundible voz de Cynthia Caraballo anuncia un tema y no sé por qué no sigo avanzando y me quedo ahí.

"... Del álbum 'En todo estaré', llega su tema 'Infinita tú'..."

Chayanne, creo. Sí es Chayanne, el ídolo de las mujeres de mi familia, empezando por mi abuela Esme que se derrite al escucharlo, y siguiendo por Gaby que hace otro tanto. Todavía me acuerdo de sus caras de arrobamiento en la fiesta de las bodas de oro, cuando Chayanne apareció en la pantalla gigante y luego papá

cantó uno de sus temas.

En ese momento me di cuenta de que Gaby era más que una amante para él y no me desagradó la idea de que estuviese encarando algo serio con la madre de la mocosa impertinente. Fue un encuentro bendecido por los ángeles, porque gracias a su historia de amor, nosotros estamos escribiendo la nuestra.

Mis recuerdos se interrumpen cuando escucho a Chayanne cantar:

"Infinita tú que mi cielo eres/la felicidad vienes tú y la enciendes/infinita tú con esa mirada/que inspiras mi historia tatuándome el alma..."

Vaya... Esa parte parece hecha para Pau y para mí. *Tatuándome el alma...*

Eso es lo que ella hace cada día. Llevo su nombre grabado a fuego en mi cabeza, en mi corazón, en mi piel. No hay duda, Paulina Lens está tatuada en mi alma. Y nada ni nadie podrá hacer que eso cambie...

Ni siquiera mi papá.

Después de la conversación que tuvimos aquel día en su departamento, algo cambió. Es bastante doloroso admitir que gracias a Malena Garcés, Paulina y yo pudimos dejar de andar escondiéndonos para poder amarnos, pero la verdad es que fue así. No puedo decir que papá aplaude como una foca nuestra relación, pero parece que de a poco se va haciendo la idea de que nuestro amor es infinito... Gaby ha contribuido en gran

medida a hacer eso posible. ¡Qué gran mujer ha puesto el destino en mi camino! No sólo es la responsable de haber traído al mundo al amor de mi vida, sino que también hace feliz a mi viejo y está logrando que deje de fruncir el ceño cada vez que Pau se sienta en mis rodillas o me acaricia el pelo.

Yo no me atrevo a hacerle nada aún, estando en presencia de papá. Acepto algo tenso sus muestras de cariño, concentrando toda mi energía en no comerle la boca y arruinar todo de golpe. Ya no estoy enojado con él, y no le tengo miedo, pero le tengo... respeto. Digamos que es respeto. Sobre todo por los miedos que lo agobian y con los cuales logré identificarme. Y también comprender.

Y la voz de Chayanne acompaña todavía mis reflexiones.

"...Tranquilízate. En mis brazos ya puedes caer/este amor fue tejido con fe/nos conocemos desde siempre y vas siempre conmigo..."

Es verdad. Desde siempre y para siempre... Pau.

Ah, ahí viene. Por el retrovisor la veo y sonrío por dentro y por fuera. Es un sueño de jeans ajustados y vientre al aire. Tiene puesta la camiseta que dice "I love Peter" y el pelo atado en una cola al costado. Odio a ese hurón, de verdad lo aborrezco y es recíproco pues él también me odia, y no pierde oportunidad de demostrármelo y también de echarme en cara cuánto lo quiere Pau. No sé cómo se me cruzó por la mente

regalarle un bicho tan... tierno, que acapara toda su atención a menudo y me tiene bastante celoso. ¡Celoso de un hurón! Soy un pelotudo importante.

Esta vez me bajo y salgo a su encuentro. No es que me haya convertido súbitamente en un caballero; lo que me impulsa es esta necesidad casi insana de abrazarla, de pegar cada centímetro de su cuerpo al mío, y respirar el mismo aire que ella, el que sale de su boca, el que me vuelve loco.

Adoro su abandono, su falta de reservas, su desfachatez. Me entrega la lengua sin poner reparos, enreda sus dedos en mi pelo y me besa como si hubiese esperado todo el día por este momento. Igual que yo...

—Te extrañé mucho, *bro* —me dice la muy descarada.

Me hago el enojado mientras le abro la puerta.

—No me gustan esos chistecitos. Subí porque sino vas a cobrar.

La escucho reír mientras rodeo el auto y tomo mi lugar.

—No se te ocurra pegarme porque le cuento a papá —replica, provocadora.

¿Así que la nena quiere jodita? Caramba, yo también quiero. Me encanta jugar con Pau...

—¿Qué puedo hacer para que no me delates, *sis*? Tal vez se te ocurra algo... —le digo al tiempo que le agarro la cara con ambas manos y me acerco a su boca.

Ella pestañea, y descubro en su mirada un brillo malicioso.

—Incesto —murmura, y luego me muerde el labio inferior.

Esto deja de ser un juego y se transforma en una urgencia. No sé qué me pasa, pero de pronto tengo una erección tan inmensa que el pantalón comienza a lastimarme.

El beso se suspende por peligro de desborde. La suelto de improviso y enciendo el auto. Estoy completamente trastornado, estoy que me lleva el demonio. Soy capaz de todo por tenerla en este instante. Pienso rápido... En mi departamento están Gaby y papá.... ¿Por qué se me habrá ocurrido hacerme el lindo e invitarlos a cenar justo hoy? Ir a lo de Gaby es un peligro porque Jeremías, el portero, nos delataría. No puedo llevarla a un motel; es menor de edad.

¿Qué carajo se hace en esta situación? Manejo como un loco con la verga dura como un palo, y el llegar a la conclusión de que no voy a poder cogérmela esta noche, no hace que mi excitación disminuya... De verdad no puedo más, y mientras vamos en el ascensor rumbo a mi departamento, se me sale la cadena.

Acá no se puede, no hay duda. Un solo ascensor para veintiocho departamentos no puede trancarse para esto, porque al salir tendríamos multitudes linchándonos. Pero a esta hora, en la azotea, seguro que no hay nadie.

—¿Ahora vivís en el pent-house? —pregunta Paulina, burlona cuando me ve oprimir el botón del último piso.

—No vamos al pent-house. Necesito recoger la ropa que tengo colgada en la azotea —replico.

—¿No la llevabas al lavadero? ¡Ni siquiera tenés lavarropas, Nacho! ¿Lavaste tu ropa a mano? —pregunta asombrada.

—Y ese es uno de mis talentos destacados —le digo con las manos en los bolsillos porque esto está que explota y no quiero que se note tanto.

Subimos el último tramo por la escalera y finalmente llegamos. La ciudad se despliega a nuestros pies... Un montón de luces titilantes en la oscuridad. Un espectáculo hermoso, pero a mí no me interesa contemplarlo. A mí sólo me interesa una cosa.

Una cosa hermosa que tengo frente a mí mirándome intrigada.

Ahora sí me permito devorarla como corresponde, como estuve deseando todo el día. Ahora sí puedo hacerle sentir el bulto, presionando contra su vientre desnudo. La arrincono contra la pared del pozo de aire y me deleito con su boca.

Nos perdemos en ese beso, y los que siguen. Paulina recorre mi cuello con sus labios, y yo gimo cuando la siento morder mi nuez de Adán. Sigue bajando, me abre la camisa y desliza la lengua lentamente por su

nombre que llevo tatuado en el pecho. Eso me mata... No puedo resistirlo.

La tomo de las muñecas y la obligo a darse vuelta. Apoya los antebrazos en la pared, jadeando mientras me pregunta qué le voy a hacer.

—¿Qué te voy a hacer, *sis*? Me pediste incesto y lo vas a tener. Mami y papi están tres pisos más abajo tomando un Martini y comiendo maníes... ¿No te sentís mal por eso, chiquita? —le pregunto mientras mis manos le desabrochan el jean y sin más contemplaciones se lo bajo con bombacha y todo.

Ella jadea, pero sus nalgas presionan en la dirección correcta: hacia atrás, hacia mí, hacia mi pene que ahora asoma por el cierre duro y mojado.

—Cogeme... Por favor, metémela bien adentro, Nacho... —me pide con un hilo de voz.

¿Cómo negarme a algo así? Y menos cuando lo estoy queriendo tanto como ella o más.

Ciego de deseo, le cumplo el suyo y se la mando de una hasta el fondo.

Ella grita y yo le tapo la boca con una mano. La otra la tengo ocupada tocándola por todos lados. La manoseo desesperado mientras permanezco adentro inmóvil presionando para que ella tampoco se mueva. Es que si lo hacemos exploto... Necesito bajar las revoluciones ya.

Pero Paulina quiere acabar y sus caderas así me lo indican... Me muerde la mano y yo le correspondo

mordiéndole el cuello. Y luego las ganas pueden más.

Me afirmo y comienzo a embestirla una y otra vez, totalmente desenfrenado. Siento su orgasmo y me pierdo. Su vagina me oprime, y me saca hasta la última gota. Me siento como un animal jadeando aferrado a sus tetas, pero a ella parece gustarle y retrocede buscando provocarme. Sé que si me muevo un poco le puedo dar más, pero esto tiene que bastar para aliviarnos momentáneamente y poder tener una cena en paz.

Le beso la nariz y me retiro despacio, ignorando sus protestas. Le pongo la mano entre las piernas, porque no quiero que se ensucie su ropa con mi semen.

—En la mochila tengo pañuelos de papel —me dice.

—Digna hija de papá —me burlo mientras me inclino para buscarlos. Es que mi viejo es tan prolijo que nunca faltan entre sus cosas un paquete de pañuelos desechables. Eso es cosa de minas, y se lo dije alguna vez, pero él sonrió enigmáticamente y me respondió “Te pueden ser útiles para contener lágrimas y algo más”. Ahora entiendo a qué se refería.

Nos limpiamos rápido, y Paulina se guarda los pañuelos cuidadosamente dentro de la mochila.

—Dámelos que los tiro en...

—No. Los quiero conservar.

—¿Para qué? —le pregunto, intrigado.

Ella pone los ojos en blanco.

—Qué poca imaginación tenés... —murmura mientras se lleva uno a la nariz y lo huele.

Esta nena es una perversa... Es caliente, es divina. Nunca me voy a cansar de cogerme a esta mujer y espero que mi último suspiro sea entre sus piernas.

Por suerte logramos mantener las formas durante la cena. Esa parada de emergencia fue muy efectiva... Nos comportamos como dos viejos corteses y educaditos. Evitamos las miradas ardientes, y los jueguitos debajo de la mesa.

La conversación con papá aclaró muchas cosas, pero durante esta cena me di cuenta de que no cambió demasiado la situación.

En un momento estábamos en la reducida kitchenette Pau y yo. Para agarrar algo de la heladera la tomé de la cintura desde atrás y nos rozamos sin querer. Me sentí en falta por esa tontería y miré a papá algo asustado. Ahí entendí que para él estaba superado el tema del parentesco y por fin había logrado comprender que ni ella ni yo nos vimos como hermanos jamás. Pero ahora había un escollo bastante complicado de salvar, y era que yo me había convertido en un “pretendiente”.

No supe concluir si a eso se le podía catalogar de “progreso”. Estaba ante un padre furibundo observando como un tipo tocaba a su “nenita” de dieciséis años. Que

yo fuese su hijo era un tema menor... Tan menor como Pau. La cosa no se me iba a poner nada fácil.

La solté como si me quemara, y en toda la noche no volví siquiera a rozarla con la mirada. Se fueron los tres juntos, y la despedida fue muy civilizada, pero yo me quedé pensando...

Y aún permanezco así. Tendido en mi cama con los brazos detrás de la cabeza, se me ocurre algo que... La verdad es que no sé si reír o llorar. ¿Voy a tener que hacer “buena letra” para ganarme al suegro? Como cualquier mortal que ose pretender a una mujer voy a tener que someterme a duras pruebas para demostrar que soy digno de llevarme el trofeo a casa.

¡No puede ser! Es mi propio padre, no el de Pau... ¡Qué locura, por Dios! Pero al viejo todo le va a venir bien para dilatar el momento que él cree que aún no llegó.

Si se llegara a enterar que su nenita me hace lo que me hace... Y lo que yo le hago... Carajo, ya estoy al palo otra vez. ¿Esto será normal? Vivo pensando en ella, y cuando llega la noche sueño con Pau.

Mi celular vibra y yo también.

“Estoy acostada ya” me escribe.

Sonrí y le respondo:

“¿Estás con el engendro del mal?”

Su salida me hace soltar una carcajada ahora.

“¿Te referís a Peter o a tu papá?”

Muy ingeniosa la nena.

“Me refiero al hurón de mierda que en mala hora te regalé” le pongo.

“¡No le digas así a mi bebé! Pero no estoy con él en este momento, sino con los pañuelos perfumados que me guardé”

Ah, caramba. La mano viene caliente en serio.

“¿Y se puede saber qué estás haciendo con unos pañuelos sucios?” pregunto haciéndome el tonto, que no me cuesta nada.

“No están sucios. Huelen muy bien...” me pone.

“Para eso son pañuelos perfumados” replico.

La respuesta me hace soltar una palabrota.

“Perfumados con tu leche”

Me dejó sin palabras, y más excitado que antes.

Igual hago el intento a ver si logro una respuesta a la altura.

“Veo que te traen buenos recuerdos. Ahora vas a poder dormir tranquila y soñar con los angelitos” escribo.

“Ahora me voy a tocar mientras pienso en lo que hicimos hoy en la azotea” replica ella.

¡Carajo! ¡No me puede hacer esto! Es inhumano...

Pero no va a quedar así, eso seguro.

“Paulina, trancá la puerta, encendé la compu y poné la cam, que vamos a jugar” escribo al borde del colapso mientras hago lo mismo y me preparo para disfrutar de un momento único con mi “cosa hermosa” que

hoy está caliente de más.

Llego a lo de Gaby y Mecha me hace pasar.

—Sólo está Paulina —me dice mientras frunce el ceño y sus lentes se deslizan hasta la punta de la nariz. Su expresión indica a las claras una advertencia velada, pero yo la ignoro por completo.

—Lo sé —replico mientras avanzo por el pasillo.

—¿Adónde vas, nene?

—A su habitación. Supongo que está ahí.

—¿Y cómo sabés?

—Porque vos estás acá. Y si vos estás acá, ella está allá, no hay dudas.

—¿Qué querés decir?

—Que ustedes dos no pueden respirar el mismo aire porque se arrancan la cabeza, “Mechita” —le digo

sonriendo.

—Y vos tampoco deberías respirar el mismo aire que ella, porque el que te va a arrancar la cabeza es tu papá, “Nachito”—replica, y ahí mi buen humor se va al carajo.

—Voy a... Voy a hablar con Pau —le explico, turbado y no sé por qué. La vieja pasa contoneándose delante de mí, y antes de volver a la cocina murmura:

—Ahora le dicen “hablar”...

Mierda. Lo sabe... ¡Lo sabe todo el mundo! Todo el mundo menos mi viejo que insiste en no darse por enterado. Avanza un paso y luego retrocede dos, pero yo no digo nada porque sé que hace lo que puede.

Llego a la habitación de Pau sin hacer ruido. La puerta está abierta y cuando asomo la cabeza veo que está con la webcam encendida, y habla por Skype con alguien en lengua de señas. Me aproximo despacio para hacer la tontería de taparle los ojos, pero creo que su amiga me ve y le advierte, porque ella se da vuelta y me pega en el brazo, juguetona. Pero de inmediato se arrepiente, se prende a mi cuello con las dos manos y me besa en la boca, olvidando que nos están observando a través de la cámara.

—Pau, tu amiga...

Ella sonrío, se despide gesticulando rápidamente y apaga la compu. Ahora sí.

—Hola, mi amor —me dice poniéndose de pie y

rodeándome con sus brazos. —¿Qué hacés acá a esta hora? ¿Se suspendió el examen?

—No, voy para ahí ahora. Pero antes quise pasar a ver a mi chica de la suerte —le digo mientras me aferro a su culo con fuerza y le beso el cuello.

—¡Au! Eso duele —se queja. —Y no es muy romántico que digamos...

Me separo un instante y sonrío.

—¿Así que no es romántico? Creí que te gustaba que te tocara —le reprocho.

—¡Me gusta! Pero tiene razón Melina cuando dice que las chicas somos románticas y los varones son...

—¿Somos qué?

—Pervertidos.

Me muerdo el labio y la miro.

—¿Y ella lo dice con propiedad y conocimiento de causa? —pregunto intentando no largar la carcajada.

—Por supuesto. Su pareja actual es una chica —responde.

¿Qué? Esa encantadora chiquita sorda es... ¡Parece que sí es!

—¿Es lesbiana? ¿La chica con la que hablabas por señas es lesbiana?

—Es bisexual, pero te aviso que se puede ser sorda y lesbiana, tonnnntooo —me dice riendo.

Yo me siento en la cama, mudo de la sorpresa. Pero la perplejidad no me dura mucho cuando recuerdo que por

acá anda el maldito hurón.

—Pau, ¿dónde está Peter? —pregunto mirando para todos lados.

La veo morderse el labio, y luego inclinarse y simular que busca al bicho. Me exhibe sin pudor alguno su culo precioso que esa falda de jean apenas logra cubrir. Sin poder evitarlo muevo la cabeza para ver mejor... ¡Y veo bastante! Me parece que no tiene nada debajo, por Dios.

—Lo dicho: pervertido —murmura sin mirarme. Sabe perfectamente que la devoro con los ojos. ¡Cómo le gusta jugar conmigo! La adoro, de verdad la adoro.

—¿Tenés bombacha o no? —le pregunto sin rodeos y ella se da vuelta como impelida por un resorte.

Se aproxima despacio y me acaricia el pelo. Miro hacia arriba y su belleza me abruma tanto que me deja sin aire.

—A ver, fijate.

Ay, Dios. ¿Qué hago? En veinte minutos tengo que estar en la facultad como sea así que no voy a empezar algo que no puedo terminar. La cuestión es cómo voy a dar el puto examen con la pija al palo. Voy a levantar el escritorio con ella.

—No puedo, cosa hermosa... —le digo mientras le beso los dedos que desliza por mi boca.

—¿Por qué no?

Y el demonio de la revancha me susurra al oído la

frase justa.

—Porque si te toco voy a querer cogerte, y un polvo rápido no sería nada romántico. No quiero que después me llames “pervertido”—respondo poniéndome de pie. Me sorprende mi fuerza de voluntad tanto como su poder de seducción, pero esta pulseada la gano yo.

La dejo sin palabras. A ella y a Mecha que aparece en la puerta con cara de pocos amigos y con la mirada me conmina a que me vaya.

—Deséenme suerte —les digo sonriendo. Y cuando voy de salida casi me hago mierda por culpa del hurón.

Las dejo riendo a mis espaldas, pensando cuan cierto es eso de que el que ríe último, ríe mejor.

Me fue bien en la prueba, pero el reclamo de Pau me dejó picando. Tal vez tenga razón, y a mí me falte un poco de romanticismo. Si así fuera sería de torpe nomás, porque la verdad que ella me despierta los sentimientos más profundos desde siempre...

Necesito demostrárselos de alguna forma contundente, que no incluya ponérsela, o comérmela a besos. La cuestión es si puedo hacerlo.

Y de pronto se me ocurre algo. Ese “algo” no solamente me acercará a Paulina, sino también a mi padre.

No lo pienso demasiado y me voy al restaurante. Como esperaba, se sorprende al verme por allí.

—No me digas que perdiste... —se anticipa.

—Nunca perdí un examen, papá. Y el de Anatomía no iba a ser el primero, te lo aseguro —le digo con una expresión que sé que lo pone bastante nervioso por sus connotaciones.

—Felicitaciones, entonces. Y no seas payaso...

—Bueno, no quiero ser payaso pero sí voy a necesitar dedicarme a las tablas, al menos un rato —le digo.

Frunce el ceño, confundido, pues no hay nadie menos “artístico” que yo. La verdad es que no heredé su talento ni para el canto, ni para el baile. Me muevo, sí. Pero lo mío es más por calentura que por técnica.

—A las tablas —repite incrédulo.

—Sí. Pero te necesito para que me ayudes y no voy a aceptar un “no” por respuesta.

—¿Qué querés de mí, Ignacio? —pregunta cada vez más intrigado.

—Lo que quiero es sorprender a Pau. Hay una canción que me gusta mucho, y resume bastante bien lo que siento por ella, pero como vos sabés bien, la música la incomoda y además yo canto muy mal... —le digo mientras observo las mil caras de papá. No tiene ni idea de qué es lo pretendo.

—Entonces...

—Entonces lo que quiero es que le cantes ese tema a ella, pa.

—¿Qué?

—Eso, que le cantes “Infinita tú” a Pau.

Me mira y pestañea una y otra vez, confuso.

—¿Con qué motivo?

—Ninguno, sólo sorprenderla.

—¿Y de quién es ese tema?

—De Chayanne.

—Ay, Dios...

—Si lo hiciste por tu madre, podés hacerlo por tu...

—y ahí me interrumpo pero cuando lo veo sonreír, sé que lo estoy logrando.

—A ver, Nacho. Supongamos que yo hago el ridículo una vez más, y le canto a Paulina ese tema. La duda es: ¿vos qué vas a hacer? ¿Tocar las castañuelas? —pregunta burlón.

—No. Vos sabés que nada de música estridente para ella. Lo que yo voy a hacer es un dúo contigo... Vos le cantás a capela con tu voz privilegiada, y yo que soy un perro le canto en lengua de señas —le explico.

No sé si entendió o no, porque no dice nada. Me mira y me mira, y de pronto me siento estúpido e infantil más que romántico.

Lo veo mover la cabeza, pero está sonriendo. Creo que esta pulseada también la gano yo.

—“Infinita tú”... —murmura.

—Ajá.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Hay que ensayar.

—Dale.

Y lo hacemos. Simplemente ensayamos y lo hacemos.

Es el amor en sus múltiples vertientes, confluyendo en una sola persona: Pau.

—¿Qué es esto? —pregunta Pau asombrada mientras se frota los ojos.

Sonríó al verla así. Y no es para menos... No todos los días irrumpe en su habitación toda la familia a pleno. Estamos aquí los tres, Gaby, papá y yo, confabulados para sorprenderla.

Gaby lleva una bandeja con desayuno para dos. Papá su celular con los auriculares conectados y yo... Yo sólo tengo mi amor.

La observamos pestañear una y otra vez, y es la madre la que toma la posta de responderle mientras deja la bandeja en el escritorio y se sienta en la cama junto a ella para ayudarla a poner en funcionamiento el dispositivo que le permite escuchar.

—Un regalo de Nacho para vos—le aclara sonriendo y acariciándole el pelo.

Pau frunce la nariz, confundida. Se ve adorable recién despierta, con el pelo alborotado y la marca de la sábana en la mejilla. Me muero de ganas de abrazarla y besarla una y otra vez.

Nos mira detenidamente y luego hace tres preguntas al hilo.

—¿Para mí? ¿Un regalo? ¿Por qué?

Papá carraspea, incómodo, pero yo siento que estoy en el lugar indicado y el momento perfecto, haciendo lo que mi corazón me dicta. Y no voy a permitir que el viejo interponga sus miedos esta vez. Hoy va a ser el día clave para que termine de asumir que ella y yo estamos más enamorados que nunca, así que le respondo todo en una frase que resume lo que va a suceder a continuación.

—Porque te amo, Pau. Porque estoy enamorado de vos y eso me impulsó a convencer a este señor para hacer esto.

—¿Esto? —inquire, curiosa y extrañada por el inusitado despertar. No le doy más explicaciones. Lo que planeo con papá es algo muy sencillo, pero más que elocuente y no necesita redoble de tambores.

—Ahí va —le digo simplemente. Y luego miro a mi viejo y él comienza a cantar...

Dios, qué voz más hermosa. Esta vez no le pone toda la potencia que todos sabemos que tiene, sino que

canta tan suave que hipnotiza. Ayudado por la pista que tiene en su celular, entona para Pau el tema de Chayanne.

Y mientras tanto, yo hago lo mismo pero en lengua de señas, y moviendo los labios.

*De tanto pensarte y pensarte me estoy agotando
y en mis sueños transitan tu nombre y tu inmensidad.
De tanto quererte, mi amor, me he malacostumbrado
y ahora mis cinco sentidos no coordinan más,
no entienden más... Y como ves,
que este mundo va siempre al revés,
que este amor nos ha atado a los pies,
que te conozco desde siempre y vas siempre conmigo...*

Canto con las manos, canto con el alma... Y al ver la expresión del rostro de Pau, tengo miedo de no poder esperar a terminar, volverme loco, correr hacia ella y fundirnos el uno en el otro.

*Infinita tú, que mi cielo eres,
la felicidad vienes tú y la enciendes...
Infinita tú, con esa mirada
que inspiras mi historia, tatuándome el alma...*

Me aprendí las señas lo mejor que pude de ayer para hoy. Resultó bastante fácil, pero no logramos saber cómo hacer la palabra “tatuaje” así que improviso

señalando el de Pau, que asoma por mi camisa abierta.

Papá suena emocionado. No lo miro, pe-ro lo escucho distinto al ensayo. Me gusta la ca- lidez de su voz, y el sentimiento que pone cuan-do canta para las personas que ama. Espero que aguante porque sino vamos a terminar desba-rrancando juntos...

*...De tanto quererte, de tanto pensarte,
de tanto, de tanto, con tanto y por tanto,
no hay hueco en mi mente, que no quede espacio,
de tanto quererte, de tanto, de tanto...
Tranquilízate, en mis brazos ya puedes caer,
este amor es tejido con fe,
nos conocemos desde siempre y vas siempre conmigo...*

Ay, por Dios. Paulina está llorando y Gaby también. ¿Habremos metido la pata? Creo que papá piensa lo mismo porque se interrumpe antes de cantar el estribillo otra vez.

No sé cómo hace ella para incorporarse tan rápido y lanzarse en mis brazos, tal como dice la canción. *En mis brazos ya puedes caer...* Sí, mi amor, sí. Y quedate acá para siempre, porque este es tu lugar, Pau.

Beso su rostro, las lágrimas que caen por sus mejillas, pero ella me busca la boca. No sé si deberíamos... No puedo siquiera pensar en la alternativa, porque ella me oprime los labios con los suyos y luego

abre... Me introduce la lengua y busca la mía sin pudor alguno. Con su osadía también barre con todas mis reservas y la beso como si estuviésemos solos y esa fuese la última vez. Y mientras nos devoramos mutuamente, la abrazo tan fuerte que termino elevándola en el aire varios centímetros.

Nada me importa más que ella en este momento y en todos los momentos. No tengo idea de si nos están observando o no, si papá está loco de furia y Gaby lo está conteniendo, o si llora igual que Pau y yo. Porque me doy cuenta de que estoy tan emocionado como ella. Nuestras lágrimas se mezclan al llegar a la boca pero no interrumpimos el beso. Me quedaría a vivir entre sus labios mojados, con ella en mis brazos, tatuada en mi alma. A fuego. A puro fuego...

Poco a poco volvemos a este mundo. La dejo en el suelo, tomo su rostro con ambas manos, le beso la nariz. Y finalmente, hago lo que tanto me cuesta: mirar a mi padre.

Para mi sorpresa, él no nos está mirando. Gaby lo envuelve entre sus brazos, y él esconde la cabeza en su cuello. No le veo la cara, pues el pelo de ella lo tapa, pero creo que está profundamente conmovido.

Pau se vuelve a mirarlos y sonrío. Yo me aferro a su cintura desde atrás y le apoyo la cabeza en el hombro, feliz. Dichoso como nunca.

Creo que hoy me hice hombre por fin. Costó un montón pero pude levantar la cabeza, y mostrarle a mi

padre que aprendí algo estando a su lado: que la sensibilidad no se esconde, que la masculinidad poco tiene que ver con hacerse el macho, que una mujer, que una mujer de verdad, puede barrer con todos nuestros temores y nuestras dudas y hacer de cada día una maravillosa aventura.

Me siento tan cerca de él ahora... No hay nada que no pueda hacer luego de esto.

Mi viejo ya sabe que soy un hombre, que estoy enamorado y que tengo la suerte de que Paulina, esa nena que tanto amamos y que hoy es una hermosa mujer, sienta lo mismo por mí.

Y cuando finalmente nos miramos a los ojos, me doy cuenta de que estamos seguros de que todo lo que importa, está entre nuestros brazos en ese instante.

—¿Se fueron?

Me asomo a la ventana y los veo.

—Están en eso... Sí, ahí van. Acaban de salir.

—¿No es increíble que mamá sea tan pero tan divina?—me dice Pau de rodillas en su cama con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gaby es genial. Me mató cuando dijo: “Andrés, vos y yo tenemos que ir al supermercado ya mismo, así que dejemos a los chicos desayunar tranquilos” — recuerdo riendo también.

—Y la cara de tu papá... Parecía estar diciéndole “No, Gabriela, no podés hacerme esto” ¿verdad?

—El pobre lucha y lucha pero le cuesta; aunque creo que estamos adelantando mucho porque ahora no ve incesto, sólo corrupción de una menor, posible abuso sexual, esas cosas...

—¿Abuso sexual? Estoy segura de que no me cree capaz de algo así —me dice, pícara. —Y también estoy segura de que acceder a “ir al supermercado” significa que nos habilita a...

—¿A qué? —pregunto acercándome y haciéndome el pelotudo, pero lo cierto es que estoy tentado a comérmela a besos ya.

—A esto —responde tomándome de la nuca y cumpliendo mi fantasía. Me muerde la boca de una forma tan sensual que me deja temblando. —Y a esto...

Su mano está en mi cierre ahora. Lo hace descender lentamente y no deja de mirarme a los ojos.

—Lo que hiciste por mí hoy... Tu regalo, Nacho, fue lo más lindo y valiente que vi en mi vida —murmura.

Le acaricio el pelo mientras mi respiración se acelera.

—Por vos, cosa hermosa, soy capaz de meter la cabeza en la boca del león. Y convencerlo luego de que no me devore —replico, mientras mi respiración se acelera segundo a segundo.

—Lo hiciste... Amé cada uno de tus gestos... —

dice tomándome las manos. Se lleva una de ellas a la boca, y me besa la palma. —Y nunca me sentí tan querida...

—Paulina...

—Decime, mi amor.

—De verdad te llevo tatuada en mi alma —confieso cerrando los ojos para contener las lágrimas.

Y cuando siento sus labios en mi pecho, su lengua caliente y húmeda lamiendo su nombre, se me escapa un gemido. Esto es tan fuerte que duele. En serio, duele...

Para calmar estas ansias sólo la necesito a ella.

La acuesto en la cama y la parte inferior de su pijama desaparece en un segundo. Le abro las piernas y me sumerjo en el más absoluto de los placeres.

—Soy tu mujer —murmura fascinada. Me mete un dedo en la boca y yo lo chupo.

—Siempre fuiste mía. Mocosa impertinente, cosa hermosa, mi amor, mi gran amor...

Se muerde el labio, y eso me vuelve loco. Arremeto con fuerza y me deleito al sentir cómo su cuerpo responde.

Nos movemos juntos, con las manos enlazadas por encima de su cabeza, sin dejar de mirarnos ni un segundo hasta que la veo estallar y desintegrarse, llorar y reír, mientras repite mi nombre una y otra vez.

No puedo soportarlo más... Le di mi corazón cuando la conocí y pienso darle mi vida entera, pero ahora le doy mi placer. Todo suyo, todo, todo...

Mi orgasmo se pierde en su cuerpo. Lo dejo ahí para siempre porque ese es su lugar, bien adentro de Paulina, casi casi rozando su alma, donde pienso quedarme por toda la eternidad.

FIN

Epílogo

Me dijo que usáramos condones pero no le hice caso porque hacía rato que ella tomaba la píldora.

Me pidió que no nos casáramos hasta que terminara mi carrera, pero al otro día de su cumple número dieciocho, me la llevé a vivir conmigo.

Me pidió que jamás la alejara de ellos, pero...

No soy capaz de cumplir promesas cuando se trata de Pau. Lo único que me guía, lo único que me impulsa, es esa fuerza magnética que nos acerca, y esa sensación de estar más vivo que nunca sólo cuando ella me mira.

En eso pienso mientras conduzco de regreso a casa, luego de una guardia bastante agitada. Soy médico al fin, y en tiempo récord. Recibirme a los veinticinco fue una forma de darle al menos una satisfacción al viejo, luego

de todos los dolores de cabeza que le causé. Lo que no sé es cómo lo va a tomar, cuando le anuncie que nos vamos por dos años a la Clínica de Silva Preto en Brasil, para hacer un postgrado en Fonoaudiología. Que yo me vaya no será un problema para nadie, y menos si es por trabajo. El problema grande es que me lleve a Pau, haciéndola interrumpir sus estudios a un año de recibirse.

En fin, como tantos otros, ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento.

Mi celular me anuncia mensaje.

"¿El doctor está listo para regresar a casa?"

El semáforo en rojo me permite responder.

"Listo y ansioso. Me tomé un litro de café, pero estoy muerto de hambre. ¿Tenés algo que yo pueda devorar?" escribo sonriendo. Me encantan estos jueguitos 'whatsapperos' con Pau.

"¿Otra vez con los pecados capitales? Ay, la gula... Así no vas a ir al cielo nunca" replica al instante.

"Entonces iré al infierno cuando muera. Pero aún estoy vivo, y quiero el cielo que tenés entre tus piernas. ¿Lo tenemos en el menú?" me burlo.

Y lo que me llega ahora es un mensaje de voz.

"Tenemos otra cosa. Quiero mostrarte algo..."

Ay, carajo. No, no, no.

Cada vez que Pau me dice "quiero mostrarte algo" la presión me sube por las nubes, me da taquicardia, me suda todo el cuerpo... Creo que me está por dar un ataque

de pánico. ¿O es un infarto? ¡Soy médico, por Dios! Ya debería saberlo...

Es que mi mujer es una caja de sorpresas y no todas son agradables.

La primera vez que me dijo eso, hacía una semana que se había mudado a mi departamento y dos días que había sacado el permiso para conducir... Cuando llegué de la Facultad me recibió con el estetoscopio. Es decir, tenía el estetoscopio puesto y nada más que eso, así que por una larga hora me dediqué a examinarla exhaustivamente... Pero luego me lo dijo. Se vistió y me lo dijo: "Ponete algo y seguime. Quiero mostrarte algo..."

Fui con ella hasta la cochera. El Ford tenía un rayón del lado del conductor bastante notorio. Con algo de esfuerzo pude contenerme, porque yo mismo se lo había dejado para que practicara, y era lógico que sucedieran cosas como ésta.

"Bueno, Pau. Qué le vamos a hacer... Son cosas que pasan" les dije mientras por dentro puteaba en colores.

Ella me miró y tragó saliva. "No es... Ese no es el problema. Vení..."

Y luego me hizo rodear el auto. Ay, carajo. ¡Eso no era un rayón! Le faltaba el guardabarros delantero y se veía hasta el eje. Me agaché desesperado y empecé otra vez a putear en colores, pero esta vez para afuera. "¡La putísima madre que me parió. ¡No puede ser! ¿Cómo mierda...? ¿Cómo carajo...? " Y eso fue lo más leve.

Seguí dándole la vuelta al vehículo, mientras mis palabrotas subían de tono cada vez más. Finalmente me tranquilicé lo suficiente como para mirarla.

La mocosa maleducada, impertinente, y hermosa sonreía.

Se encogió de hombros, me mostró que había apagado el dispositivo del implante y luego murmuró: "Perdón... Te lo voy a pagar, en serio". No había escuchado ni una de mis puteadas.

Me la quedé mirando unos instantes con cara de enojado y luego... Ella adivinó el movimiento e intentó huir, pero no se lo permití. La alcancé en la escalera y la obligué a leerme los labios. "¿Me lo vas a pagar? Mirá que te va a salir carísimo..."

Ella sonrió... La muy hija de puta me tenía en el bolsillo y lo sabía. Se lo cobré con creces en los meses siguientes. En el auto destrozado, en el auto arreglado, en la cama, en el baño, en el ascensor, en un cajero automático... Le hice pagar hasta escucharla gritar mi nombre. Pero desde ese día, la frase "quiero mostrarte algo" me puso en alerta.

No tardó en volver a atacar.

Gracias a Dios había muerto el hurón. No es que me gustara ver sufrir a Pau, pero la verdad es que ese bicho me hizo la vida imposible. Me odiaba... Con ella era un amor, la adoraba sin condiciones, y aceptaba sus cariños deleitado, igual que yo. La cosa era conmigo... No perdía

ocasión de mordirme. Se aparecía en la cama en los mejores momentos e intentaba hacerme desistir de lo que sea que estuviese haciendo, a pueros mordiscones en mis talones o dónde pudiera. Una vez me saltó encima de la cabeza mientras estaba durmiendo la siesta en el sofá. Me llevó varios días reponerme...

Finalmente pasó a mejor vida y el milagro es que haya sido de muerte natural. ¡Juro que no tuve nada que ver!

Paulina lo sufrió bastante, pero a los dos meses se repuso y la causa de eso no fueron ni el tiempo ni el amor que todo lo curan. Fue Christian Grey.

Llegué a casa con una sonrisa de oreja a oreja como siempre, porque no me esperaba... eso. Para ese entonces, y a instancias de papá, estábamos viviendo en el departamento de él. Por fin había convencido a Gaby de mudarse juntos, así que nosotros hicimos otro tanto aprovechando que quedó vacío uno de los dos.

Un lindo lugar y el alquiler bastante accesible... No pudimos decir que no. Ese es el problema... Se me dificulta decir que no. Y es por eso que acepté a... Christian.

Cuando entré y vi a Pau tan contenta sospeché. Los últimos días no había hecho más que llorar y llorar por Peter.

—Hola Nacho de mi corazón —me saludó y luego me comió la boca.

Recibí de buen grado su demostración de afecto. Extrañaba a mi Pau fogosa y alegre más que a nada en el mundo, pero entendía que debía vivir su duelo por la pequeña peste fallecida.

—¿Cómo está mi cosa hermosa? —pregunté, feliz por verla feliz.

—Ahora bien...

—¿Porque llegué yo?

—También... Pero hay otra cosa. Vení, Nacho. Quiero mostrarte algo...

Y ahí comenzó el temblor de piernas, la sudoración fría, las manos húmedas... La taquicardia. El bajón de presión sanguínea. La boca seca... La agonía.

Abrió la puerta, y esa cosa salió del baño con paso inseguro.

—Él es Christian. Christian Grey... —me dijo Pau con una sonrisa. —Christian, él es Nacho. Nacho él es Chris.

Me apoyé en la pared y observé a... esa cosa.

—¿Estoy viendo lo que creo que estoy viendo?

—Si lo que vos ves es un adorable patito amarillo, entonces estás bien. Igual parece que no lo estuvieras, mi amor. Estás pálido...

Tragué saliva.

—Pau... Decime que este... Christian Grey no va a vivir acá con nosotros.

—Creeme que preferirías a este y no al verdadero.

—¡No puede ser! ¿Metiste a un pato en el departamento? Quiero creer que lo pondrás en una jaula al menos.

—Los animales no nacieron para vivir enjaulados.

—¡La putísima madre que lo recontramil parió al pato de mierda! ¡Va a cagar por todos lados! —exclamé agarrándome la cabeza con ambas manos, pero ella desconectó el aparato, recogió al pato y se fue moviendo la cabeza.

—Hay gente muy maleducada, Chris —la escuché decir por lo bajo.

Y es así como el segundo engendro del mal, está entre nosotros. Yo no sé por qué tengo tan poco *feeling* con los animales, pero el pato también me odia. Un día hasta quiso sacarme un ojo... Pau insistió en que el bicho quería darme "un besito", y antes de que pudiese impedirlo lo acercó a mi cara y el muy ladino me lanzó un picotazo. Mis palabrotas se escucharon desde la planta baja. Todos oyeron las puteadas menos Pau, que por supuesto desactivó el implante de inmediato. ¡Y además me acusó de haber provocado "al pobre Chris"! En ese momento deseé con todas mis fuerzas tener una fusta y darles una buena paliza a Pau y al pato.

Así fue como el "quiero mostrarte algo" se transformó en el símbolo de la desgracia.

La última vez que lo usó, estuve a punto de desmayarme. Retrocedí hasta tocar la pared, intentando

respirar, pero me faltaba el aire.

Ni bien entró vi que tenía esa cara... Estaba feliz, alborozada, dichosa. Tenía cara de... "mostrarme algo". No tardé en darme cuenta de que había acertado.

—¡No sabés lo que tengo para contarte! No, esperá. Te lo voy a decir de una forma gráfica —me dijo mientras revolvía en su mochila. —Lo tengo por acá... Sí, aquí está. Vení Nacho, que quiero mostarte algo.

¡Lo dijo! Mierda, lo dijo... Intenté tranquilizarme pero no lo logré. Pegado a la pared la miraba sin atinar a nada.

—Tomá —me ordenó tendiéndome una caja chiquita.

No me atrevía, la verdad. Podía ser una tarántula, una factura, cualquier cosa.

La miré a los ojos.

—¿Ya desconectaste tu aparato? —le pregunté con un hilo de voz.

Ella soltó la carcajada.

—No seas payaso... Abrila.

Lo hice. Pero cuando lo hice, deseé de inmediato no haberlo hecho.

Dentro de la caja había... un par de zapatitos de bebé.

Miles de cosas se me pasaron por la cabeza... Acababa de cumplir los veintidós... Habíamos planeado esperar al menos cinco años más... Su carrera como

psicóloga... ¡Mi postgrado en Brasil! ¡La reacción de mi viejo!

No podía ser cierto...

—¿Vamos a...? —intenté preguntar pero me salió la voz como un graznido de Christian, el pato.

Ella sonrió.

—Sí... ¡vamos a ser tíos!

¿Tíos? Y cuando entendí de qué se trataba, me volvió el alma al cuerpo.

—¿Alejo va a ser padre?

—¡Por fin! Lucía tiene dos meses de embarazo y recién ahora me lo dicen. Quieren que seamos los padrinos. ¿No es genial? Le compré estos escaarpines... ¿Te gustan?

La respuesta fue la más sincera que di en mi vida.

—¡Me encantan! Estoy feliz, Pau. Me imagino cómo estará Gaby...

Esa vez, al menos, el "quiero mostrarte algo" empezó mal pero terminó muy bien. Espero que el hijo de Alejo que nacerá el mes que viene, pueda compensar a Gaby y papá de nuestra ausencia. Bueno, de la ausencia de Pau en realidad, porque tengo bien claro que ella es el sol de esta familia y me encanta que así sea.

Dios... estoy en la puerta del edificio y no me atrevo a subir. ¿Qué me deparará este "quiero mostrarte algo"? ¿Otra ave de corral llamada Anastasia para hacerle compañía a Christian Grey? Mientras no sean zapatitos de

bebé podré soportar cualquier cosa. Después de todo, el auto lo tengo yo, y está intacto.

Las ganas de verla pueden más y subo como un desesperado. Ni bien abro la puerta, ella me ataca. Ah, qué placer inmenso... Un round de besos con Pau, me hace olvidar por un momento que "quiere mostrarme algo"... Me dejo mimar por esta belleza por unos segundos, pero luego retomo el control y la inmovilizo agarrándole la cara con ambas manos. Mis ganas de ella son más fuertes de lo que creía... La suelto sólo para elevarla abrazándola, y poder besarla mejor. Ella me echa los brazos al cuello y me corresponde. Su lengua es una delicia...

—Ah cosa hermosa... ¡Cómo te extrañé! —le digo mirándola a los ojos, mientras la devuelvo al suelo. Pero la mirada de Pau se dirige a mi boca. —¿No estás conectada? —pregunto por las dudas porque eso sería una mala señal con respecto a lo que se avecina.

Ella sonrío.

—Estoy conectada. Te miro la boca porque es hermosa. Tenés una boca de locura, *bro*.

Me puede. No hay duda de que esta mujer me puede. Un simple halago acompañado de esa palabrita que sugiere pecado, me pone a mil.

—Esta boca fue hecha para vos, *sis* —replico, y vuelvo a besarla. Pero no me alcanza... Necesito más, y por eso la arrincono contra la pared y le hago sentir como

estoy. Mi nivel de excitación está peligrosamente alto, y las ganas de estar dentro de ella se tornan insoportables.

Le acaricio las tetas por encima de la ropa. Carajo, tiene puesta una camisa mía. Se me cruza por la mente que lo que tiene para “mostrarme” es más grave de lo que espero, pero no me importa. En este momento sólo quiero llenarme de Pau.

—Nacho...

—Decime —le pido mientras comienzo a desabrochar los botones.

—Christian nos está mirando...

El pato. El puto pato. Ahí está y nos mira de costado... Ya no es un adorable patito amarillo sino un pato grande y grisáceo que caga en la alfombra dos por tres, y Paulina lo justifica.

—Que mire y se muera de envidia —murmuro, y retomo la tarea de desnudarla.

Pau ríe y el pato toma eso como una invitación para “ir con mami” y se acerca. Yo doy un paso atrás, por las dudas. Es que le tengo miedo...

—Te lo dije... Vamos a la habitación. Tengo que mostrarte algo.

Ay, otra vez. No hay nada mejor para calmar mis ardores que esa frase: “mostrarte algo”. Esas dos palabras me infunden más miedo que diez patos juntos.

Camino detrás de ella, resignado. Cuando paso por delante del pato, como no podía ser de otra manera, me

tira un picotazo. Mierda... esto empeora segundo a segundo. No quiero ni pensar en lo que me espera tras la puerta de la habitación.

—Pau... Por favor. No sé si mi corazón puede resistir una de tus sorpresas —le ruego.

—Tu corazón es más fuerte de lo que creés, mi amor. No lo subestimes.

—Tené piedad... Soy un buen chico; toda la vida me porté bien...—intento argumentar para que se conmueva un poco.

—Ja, no me hagas reír... ¿Te recuerdo tus pecados y delitos? Empecemos con “incesto” y terminemos con “corrupción de menores”. —me reclama sonriendo la cosa hermosa por la cual estoy perdido de amor.

Y muy a mi pesar, ahora el que se ríe soy yo.

—Sos mala, nena —protesto.

Resopla, y mientras abre la puerta me ordena:

—Callate y cerrá los ojos.

Obedezco... ¿Qué más da? Estoy entregado ya.

—Ahora abrilos.

Lo hago y...

El corazón se me acelera tanto que pienso que ahora sí me da algo. Y tal cómo esperaba, se me aflojan las piernas y se me nubla la vista.

Es que lo que tengo frente a mí, mataría a cualquiera.

Paulina Lens de pie sobre la cama, completamente

desnuda es algo difícil de soportar sin alterarse al punto de infarto.

Y más aún si tiene bajo el ombligo tatuado mi nombre.

—Pau...

—No es de “henna” esta vez —me dice suavemente, y me doy cuenta de que está tan conmovida como yo.

Me acerco despacio, levanto la mano y mis dedos lo recorren. “Nacho”... Y debajo, algo más. Es como un pequeño número ocho pero acostado. Tardo unos segundos en darme cuenta de qué significa.

—¿Infinito? —pregunto con voz ronca.

—Tú. Infinito tú, mi vida. —me dice poniendo su mano sobre la mía, mientras recuerda el tema de Chayanne que aquel día le dedicamos con papá. —Infinito nuestro amor, nuestra felicidad, nuestro futuro juntos.

—Dios... —murmuro extasiado mirando el tatuaje.

La escucho reír y levanto la vista.

—¿Qué preferís? ¿A *Dios* o ir al infierno por culpa del cielo que tengo acá? —pregunta mientras su mano desciende. Se acaricia despacio, y ese gesto parece una ofrenda que me vuelve loco.

Y sin dejar de mirarla a los ojos, respondo:

—Sin duda te prefiero a vos.

Me acaricia el pelo y yo me pierdo... Me pierdo en su vientre, le lamo el ombligo, recorro el tatuaje que lleva

mi nombre y lo beso una y otra vez.

Cae de rodillas y yo la hago tenderse de espaldas en la cama. Mis manos vagan por su cuerpo, totalmente descontroladas. La toco por todos lados, la invado sin contemplaciones. Las suyas buscan el cierre de mi pantalón pero yo aparto mis caderas porque sé que no voy a poder aguantar si me toca.

—Dame. Quiero...

—¿Gula o lujuria? —pregunto jadeando sobre su boca.

—Las dos cosas —responde sin dudar.

Christian Grey está en la sala haciendo de las suyas seguramente, y yo estoy en el cuerpo de mi mujer haciendo de las mías. Me propongo complacerla, pero no sólo en la cama. Quiero hacerla feliz en todo, cada día, el resto de nuestras vidas. Infinita... Más que infinita.

Paulina Lens está, definitivamente, tatuada en mi alma.

Agradecimientos

Esta vez será algo cortito para no aburrirlas, pero tan sentido como siempre. Ahí va:

Agradezco a la vida, al amor, al cambio permanente, a la empatía, a la solidaridad, a la amistad, a los sueños, a la oportunidad de crecer, a los buenos recuerdos, al pasado, al presente, al futuro, a la posibilidad de compartir, a la capacidad de transmitir, a la tecnología, a la familia, y al bendito duende de las casualidades asombrosas y de los encuentros felices que las ha traído a mi vida, queridas lectoras.

Quedarán tatuadas en mi alma para siempre.

Mariel

Nota: Me he tomado las licencias que me otorga la ficción en todo lo relacionado a los implantes cocleares. Por ese motivo quiero aclarar que nada de lo que aquí se menciona sobre los mismos tiene rigor científico, sino que es producto de mi imaginación, es posible que sea inexacto, y puede no corresponder con la realidad.

NO SE VAYAN... ¡HAY BONUS TRACK!

Si no fuese porque Gaby insistió tanto no estaría acá, por supuesto. Jamás hice terapia, ni siquiera en los peores momentos que me tocó vivir, pero ella cree que ahora necesito ayuda profesional para poder digerir algo que nunca debió haber sucedido: la relación de Ignacio y Paulina.

Y aquí estoy, frente a esta mujer que seguramente conoce más de mí que yo mismo, ya que presiento que Gaby la ha puesto al tanto de todo. No en vano fue su terapeuta hasta que empezamos lo nuestro. Y la idea de que dejó de necesitarla gracias a mí, me pinta una media sonrisa que Mariel no deja de notar.

—¿De qué te reís, Andrés? —me pregunta alzando las cejas.

No sé por qué me siento como un niño al que han agarrado en una travesura.

—De... De lo mucho que la ha ayudado hacer terapia a Gabriela —improvisó. —Es decir, me pone contento que esto dé resultado.

—Ojalá a vos también te ayude —me dice con una mirada suspicaz que indica que no me creyó nada. Esta mujer tiene la mirada tan aguda como afilada la lengua, pero yo estoy preparado para todo.

—Estoy seguro de que será así.

—Bien, decime qué te trae por acá.

—¿No lo sabés? Vamos, Mariel. Seguro que Gaby te puso al tanto de todo —le respondo, audaz, a ver si lo admite.

—Tal vez... Pero digamos que no hay nada más terapéutico que hablar de lo que te pasa como si vos no supieras nada de mí, y yo no supiera nada de vos —me dice sin pestañear. —Así que hablá que yo te escucho.

Bueno, ya veo que no puedo dilatar más el momento de la verdad, así que se lo digo.

—Vengo porque todos dicen que yo soy el del problema —le digo. Qué pésimo comienzo, por Dios. Más pelotudo no puedo ser...

—El problema... Bueno, hablame del problema, Andrés.

Suspiro. Mi destino es sin duda “cantar” así que eso voy a hacer: decirle a esta mujer por qué me parece una

locura la relación de los chicos.

—El asunto es que mis hijos tienen una relación amorosa, y yo no puedo... aceptarlo del todo.

—¿Tus hijos?

—Bueno, mi hijo y la hija de Gaby que es como...
¡Por favor, Mariel! Vos sabés de sobra lo que me pasa.

—Obvio que lo sé. Pero como te dije quiero tu visión de la situación. Del presente, del pasado y también del futuro. Así que contame todo lo que consideres necesario yo tenga que saber para ayudarte —me explica, seria.

Vaya, y yo que creía que los psicólogos sólo decían “ajá” y cosas así. Es evidente que no tengo escapatoria así que voy a “cantar” nomás. ¿Quiere saber del pasado? ¿Quiere saber por qué quiero a Pau como si fuese hija mía y por eso siento la relación con Nacho como un tabú?

Está bien. Se lo voy a decir... Llegó el momento de recordar aquel día...

“No me aguanto las ganas de verla así que voy a su casa. Sé que su hija está enferma y las posibilidades de salir son nulas, pero igual lo intento, y con suerte podré disfrutar de unos minutos de ella si se asoma a la verja.

La llamo ni bien llego y para mi sorpresa parece tan ansiosa como yo de vernos. Acepta de inmediato mi invitación, y luego me invita a pasar a tomar un café

mientras la espero.

Esto marcha mejor de lo que esperaba, la verdad. La encuentro dispuesta, receptiva... Tenía miedo que luego de mi confesión que ahora se me antoja algo anticuada, Gaby no quisiera volver a verme. “Me gusta coger, pero más me gusta hacer el amor” le dije, y por un momento temí haberlo arruinado. Estuve a punto de patearme las bolas por haber arriesgado lo que se está gestando entre nosotros por mis estúpidos escrúpulos.

Es que ser un hombre de convicciones firmes me hace sentir en ocasiones pretencioso, y en otras francamente idiota... ¡Desaprovechar la oportunidad de coger con una mujer como Gaby! Es que precisamente por eso quiero esperar; lo que yo quiero es hacerle el amor, no cogérmela y nada más. Esta es una mujer para amar; y para disfrutar de su amor...

Carajo qué hermosa se ve. Es fresca, es natural... Sus mejillas sonrosadas, el brillo increíble de sus ojos... Su cabello... La recorro de arriba abajo. Me gusta todo, hasta esas pantuflas con cara de conejo que lleva puestas. Parece avergonzada por ellas y no puedo evitar sonreír al verla tan turbada.

Pero de pronto mi sonrisa se me congela en la cara. No estamos solos... Caramba, me había olvidado de su hija, pero aquí está.

La nena está sentada a lo indio sobre el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de pocos

amigos. ¡Hace trompita y todo!

No hay duda de que esta nena es hija de Gabriela. Sólo de una mujer tan bella puede salir algo tan hermoso... Tiene los ojos claros y también el pelo, y a pesar de su enojo evidente, parece un ángel.

—Ah, aquí estás, Paulina. Quiero presentarte a un amigo. Se llama Andrés... —anuncia Gaby, pero ella no dice nada. Se limita a mirarme de arriba abajo con la nariz fruncida.

—No seas descortés —la reprende su madre. — Haceme el favor de saludar como corresponde.

Y ahí sucede... Casi me caigo de culo cuando la veo gesticular en lengua de señas. ¡Me llevo la sorpresa de mi vida! ¡Dios mío, es sorda! De pronto todo cierra... ¡Es por eso que Gaby entiende las señas!

La miro con la boca abierta, inmensamente asombrado por este descubrimiento, y casi largo la carcajada cuando me doy cuenta de lo que está diciendo. La pobre no tiene idea de que entiendo todo...

“No voy a saludar como corresponde porque no me va a entender así que no voy a perder tiempo ni hacerme la nena buena con este porque no lo conozco y además estoy enferma y no sé qué hace acá”

Vaya, qué genio tiene. ¡Y no le gusta nada que yo esté allí!

Gaby interviene, firme.

—Yo no llamaría nunca una pérdida de tiempo a ser

un poquito educada con las visitas, entre otras cosas porque te podés llevar una sorpresa. Y no pongas esa cara, porque te hable como te hable, él va a entender. ¿No es así, Andrés?

Ay, mierda. No sé qué decir... Trago saliva, confundido, porque siento que cualquier cosa que diga puede empeorar la evidente actitud hostil de la nena.

Me la quedo mirando unos segundos, y luego saco las manos de los bolsillos y le digo en lengua de señas:

“Hola. Me siento tan incómodo como vos, pero tu madre suele hacer este tipo de cosas para confundir a la gente. Estoy seguro de que sos muy simpática cuando te sentís bien, así que no te preocupes que yo ya me voy”

Y ahora la asombrada es ella. Abre los ojos como platos y también la boca... Es una muñeca hermosa que no puedo dejar de mirar, y el verla así de contrariada mientras gesticulo me produce mucha ternura.

Pero ni bien termino de hacer las señas, Gabriela me increpa.

—¿Cómo que ya te vas? ¿No íbamos a dar una vuelta?

Uf, creo que estoy en un problema. Si me quedo se enoja la hija, y si me voy se enoja la madre. Y Gaby enojada se ve como para partirla al medio. La decisión es fácil.

Me mantengo en mis trece con mi intención de irme, y me deleito con su evidente descontento. Sé que los

puntos que pierda con Gaby los gano con la nena, y por alguna razón esto se torna vital para mí.

Pero no quiero seguir tirando la sogá, porque puedo salir bastante lastimado de esta contienda. Así que cuando Gaby se resigna a dejarme ir e incluso me proporciona una coartada para hacerlo, yo retrocedo y redoblo la apuesta.

Ella cae en la cuenta de que no solamente no me voy a ir, sino que me voy a quedar a tomar ese café que me prometió y se le ilumina el rostro. Ah, qué maravilla. Esta mujer tiene una forma de mirar que me vuelve loco...

Un resoplido de su hija interrumpe nuestro idilio de miradas, y ahora Paulina es el centro de atención:

“Ella siempre promete y no cumple. Me dijo que la próxima vez que lloviera iba a hacer tortas fritas y hoy llovió y no hizo nada”

—¿Es cierto eso, Gabriela? —la increpo, sabiendo que esta es mi oportunidad de ganarme a la nena.

—Ya paró de llover... —intenta defenderse, pero yo sacudo la cabeza desaprobando, y la chiquita hace lo mismo.

“Te lo dije. Si no es por mi tía Aurora nunca comeríamos nada rico porque mamá no sabe cocinar.”

Ahora sí. Ahora es el momento de lucirme y meterme a la madre y a la hija en el bolsillo.

—Bueno, yo sí se cocinar. De hecho soy cocinero —explico sonriendo ante la cara de asombro de Gaby. Sí,

mi amor. Soy una caja de sorpresas que te voy a ir develando poco a poco para no espantarte.

Parece que mi reciente revelación le causa gracia porque sonrío. Daría lo que fuera por saber qué se le pasa por la mente, pero se supone que yo no hago preguntas. Yo no, pero la nena sí...

“¿De qué te reís, mamá?” pregunta Paulina.

—Un chiste interno —responde, misteriosa. — Señor Cocinero, lo invito a demostrar sus habilidades cuando quiera. Siempre será bienvenida en esta casa una mano hábil para estas cosas...

Y ahora el que sonrío soy yo.

—Tengo dos. En esta casa, ¿habrá harina y grasa? Porque me gustaría complacer a Paulina y mostrarles a ambas qué bien me salen las tortas fritas...

La hija hace palmas y la madre me mira con la boca abierta. Es evidente que no esperaba que mi demostración fuese aquí y ahora.

—¿Vas a cerrar la boca, Gaby? De verdad corrés el riesgo de tragarte un bicho...—le digo riendo mientras me remango la camisa.

Me pongo a amasar en la cocina de Gaby. Hace años que no hago algo así, pero vale la pena ensuciarme las manos sólo por tener a este par de bellezas, mirándome como si fuese un dios”.

No me voy a olvidar nunca de ese día. Primero porque conocí a Pau. Y segundo porque sin poder contenerme, le di el primer beso a Gaby. No fue un beso en realidad, sino más bien una mordida, mas bastó para dejarnos en llamas a ambos, lo sé. Pero no puedo seguir evocando ese momento, porque Mariel me saca de golpe de mis recuerdos.

—¿Así que desde que conociste a Paulina sentiste una increíble conexión con ella? —inquire luego de escucharme, y yo asiento.

—Sí. Sensación que de a poco se fue incrementando... Fijate: era sorda igual que yo a su edad. Le encantaba cocinar, igual que a mí. Era tan afectuosa... Pau entró en mi vida justo cuando más la necesitaba, ya que Nacho y yo estábamos pasando por un momento difícil. Y como frutilla de la torta, yo enloquecí por la madre... ¿cómo no sentirme así con respecto a la hija?

—En este conjunto de coincidencias te faltó resaltar algo, Andrés —me dice Mariel y yo la miro frunciendo el ceño.

—¿Qué es?

—Que Paulina y tu hijo congeniaron desde el principio. Que comenzó a hablar gracias a él. Que desde que se fueron a vivir en el mismo edificio, no pasó un solo día sin que se vieran...

Muevo la cabeza, disgustado conmigo mismo.

—Ese tal vez fue el error: no haber vivido

realmente como una familia. Si hubiésemos vivido juntos, ellos dos se hubiesen criado como hermanos y nunca...

—No lo sabés, Andrés —interrumpe Mariel. —No podés saberlo porque las cosas se dieron como se dieron, y sobre el pasado no se puede intervenir. Sólo podemos analizarlo para entender el presente y proyectar en el futuro...

Tiene razón. La verdad es que tiene razón.

—Bueno, hablemos del presente y el futuro, Mariel. El presente es así: tenemos dos adolescentes llenos de hormonas que en cualquier momento meten la pata. Si Ignacio la llega a tocar...

Y ahí ella me dice algo que casi me hace saltar de la silla.

—Si la llega a tocar, lo peor que podría pasar es que la embarazara y a vos se te cumpliría lo que estás deseando desde siempre: estar unido a Gabriela por un lazo indestructible. Por lo demás, van a vivir su amor como la pareja de jóvenes que son, te guste o no.

Mierda, mierda, mierda. Otra vez tengo que enfrentar mi miedo mayor: si la relación de los chicos no prospera, eso puede separarme de Gaby. Nacho lo intuyó el día en que le dieron el alta del hospital luego de que Malena lo atacó, y desde ese día hago lo posible por no enfrentar el verdadero origen de mis temores. Pero llegó el momento de hacerlo, creo.

—¿En qué pensás?

—En que tenés razón y lo que yo más temo es perder a Gaby. Ese es mi mayor miedo...

—Un miedo irracional, por supuesto. Y asociarlo a la relación de los chicos es lo que genera tus otros miedos.

—Que de irracionales no tienen nada, Mariel. Pau es muy chiquita para esto, y no me vengas con eso de que para el amor no hay edad. Son los miedos de cualquier padre... —me justifico.

—Y como todo padre vas a tener que superarlos. Tenés que dejarlos vivir, Andrés. Ellos deben cometer sus propios errores. El futuro es impredecible, así que todos deberíamos disfrutar el presente... —replica.

Esta mujer me acorrالا, no me deja escapatoria alguna pero yo sigo resistiendo.

—No me vas a convencer de que tengo que aceptar de buen grado que Ignacio se empiece a... proparar con Paulina.

Mariel larga la carcajada y luego me mira con pena.

—¡Ay, Andrés! Mirame, querido: te aseguro que tu hijo no se va a proparar con ella —afirma.

—¿No? —pregunto ilusionado.

—No, porque es un hecho que ya se “proparó”. Es hora que te baje de la nube, porque no tengo la más mínima duda de que esos dos ya empezaron su vida sexual activa hace rato —me dice como si tal cosa.

Me muevo en el asiento como un desquiciado.

—¿Qué decís? ¿Vos sabés algo? —inquiero, nervioso.

—Nada, y si lo supiera no te lo diría. Pero tienen la edad promedio de iniciación, están locos el uno por el otro, tienen muchas oportunidades que lo propician...

No puedo soportarlo más. Quedo completamente abatido por las palabras de Mariel. ¿No se supone que uno debería salir de una sesión mejor de lo que entró? Esto está muy mal, porque yo estoy en estado de shock. ¡Carajo! ¡Es una nena! Si esta mujer tiene razón, Ignacio me va a tener que escuchar...

—La verdad es que me voy bastante confundido —le confieso a Mariel al ver que estamos en la hora.

—Entonces vamos bien —replica.

Y mientras conduzco camino a casa, algo en mí comienza a cambiar. De pronto me encuentro imaginando a Pau vestida de novia, y luego embarazada, riendo feliz.

Entonces caigo en la cuenta de que si pudiese elegir al hombre perfecto para acompañarla en cada uno de esos acontecimientos inolvidables, no se me ocurre otro que mi hijo.

¡Por Dios! Ignacio la ama con locura. Cada vez que la mira su rostro se transforma. ¿Qué otra cosa puedo desear más que estén juntos? Ella es una princesa, y él es... Ah, ¡cuánto quiero a ese chico! Es mi obra más perfecta... Nacho es increíble y nadie podría amar a Paulina más que él. Y también estoy seguro de que

ninguna podría darle a mi hijo lo que sólo Pau puede darle.

Todavía sigo pensando que son demasiado jóvenes pero... Antes de llegar a casa compro una caja de condones, la pongo en un sobre, y lo dejo en el buzón de Nacho. También incluyo una nota más que breve: *“Usalos. Te quiero. Papá”*.

De pronto me doy cuenta de que esto es lo mejor que le pudo pasar a esta familia. Jamás el amor podrá destruirla, por el contrario, el amor nos potencia y nos hace crecer.

Y Gaby y yo somos el vivo ejemplo de eso. Por ese motivo, cuando llego a casa y ella me pregunta cómo me fue con Mariel, no puedo ser más sincero al responderle:

—De verdad es buena, Gaby.

—¡Te lo dije! —exclama, feliz. —Gracias por acceder a verla, Andrés. Sé cuánto te cuesta hablar de esto, y más con extraños así que valoro mucho tu esfuerzo.

La tomo en mis brazos y la beso en la boca.

—Gracias a vos, mi vida. No sé cómo pagarte el que me hayas obligado a esto —le digo poniendo énfasis en la palabra “obligado”.

Ella capta la indirecta, y su mano aferra mi entrepierna con más fuerza de la que debería.

—Ya se te va a ocurrir algo —susurra, igualmente irónica.

Esta noche, le daremos toda la atención a nuestros

cuerpos. Ya habrá tiempo luego para cuidarnos el alma....